

Quehacer editorial

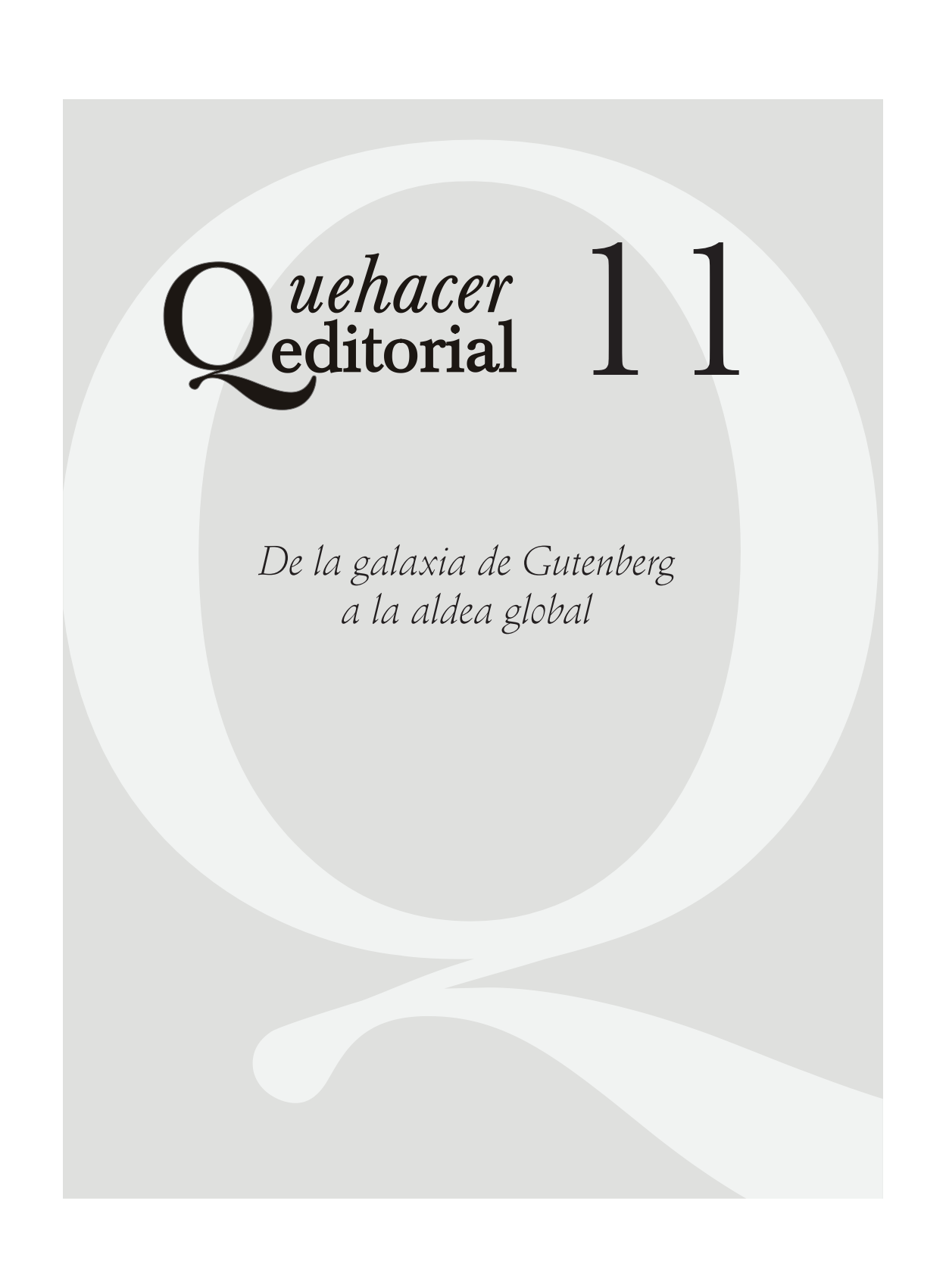
11

*De la galaxia Gutenberg
a la aldea global*



Laura Márquez Elenes • Jenny Teresita Guerra
Jesús Eduardo García • Adolfo Castañón
Alejandro Zenker • Stefanie Gerhold • Claudia Cabrera
Gonzalo Vélez • Carmen Gutiérrez • Raúl Bravo
Camilo Ayala Ochoa • Juan Domingo Argüelles

www.solareditores.com



Quehacer Editorial

11

*De la galaxia de Gutenberg
a la aldea global*

Quehacer editorial 11

Director general

Alejandro Zenker

alejandro.zenker@solareditores.com

Cuidado editorial

Elizabeth González

elizabeth.gonzalez@solareditores.com

Desarrollo creativo

Beatriz Hernández

beatriz.hernandez@solareditores.com

Coordinación editorial

Fatna Lazcano

Formación

Víctor Daniel Abarca H.

Las citas de las falsas de este número están tomadas de Ulises Carrión (1941-1989), "The New Art of Making Books", *Kontext*, núm. 6-7, 1975. Citamos de la versión en español de Edición de arte, *El nuevo arte de hacer libros*, <<http://www.ediciondearte.info/el-nuevo-arte-de-hacer-libros-ulises-carrion-publicado-en-second-thoughts-void-distributors-amsterdam-1980/>>.

Quehacer editorial es una publicación que surgió en 2002 y se propuso como un foro abierto de información, reflexión, análisis y debate en torno a la edición en una época de rápidos cambios. Desde entonces se ha publicado de manera totalmente independiente. Así pues, *Quehacer editorial*, la revista que es libro, busca llevar la palabra del autor al lector mediante una reflexión constante sobre las ciencias y artes del libro, así como la opinión del lector a los autores y editores para que la asimilen.

Quehacer editorial es una publicación abierta, de análisis y debate, por lo que las opiniones expresadas en sus páginas no reflejan forzosamente las de sus editores, sino las de los autores, únicos responsables de sus artículos. No respondemos por originales no solicitados, pero invitamos a todos los involucrados en el proceso de producción y en el ciclo del libro a enviarnos sus colaboraciones a la dirección quehacereditorial@edicionesdelermitano.com. La versión electrónica de la serie la encuentran en nuestra página www.quehacereditorial.com.

Visite también la página www.edicionesdelermitano.com para conocer nuestro catálogo.

Publicación realizada con el apoyo del Instituto del Libro y la Lectura, A.C. (ILLAC).

Primera edición, noviembre de 2012.

© 2012, Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.

ISBN: 978-607-7640-86-8

Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V., Calle 2 número 21, San Pedro de los Pinos, 03800 México, D.F.
Teléfono y fax: +52 (55) 5515-1657 con 12 líneas. www.solareditores.com

Hecho en México/Made in Mexico.

- 7 De la galaxia Gutenberg a la aldea global,
LAURA MÁRQUEZ ELENES
- 21 “El trabajo editorial en una universidad pública
es una práctica burocrática interminable”,
JENNY TERESITA GUERRA entrevista
a ALEXANDRA MELÉNDEZ
- 39 Observaciones sobre la corrección de textos
de ciencias sociales,
JESÚS EDUARDO GARCÍA
- 49 La misión del librero en el siglo XXI,
ADOLFO CASTAÑÓN
- 61 Paradigma digital y nuevos modelos de negocio
para el libro,
ALEJANDRO ZENKER
- 69 La singularidad de los ahuehuetes mexicanos,
STEFANIE GERHOLD/CLAUDIA CABRERA
- 75 Crónica de un taller anunciado,
GONZALO VÉLEZ
- 91 El Edén de los Novelistas Brutos,
CARMEN GUTIÉRREZ

- 94** Malestar de la lectura,
RAÚL BRAVO
- 132** ¿Qué es la lectura sino mar?,
CAMILO AYALA OCHOA
- 144** Piedra, papel y pantalla,
JUAN DOMINGO ARGÜELLES

¿Qué es un libro?

Un libro es una secuencia de espacios. Cada uno de estos espacios es percibido en un momento diferente; un libro es también una secuencia de momentos. Un libro no es una caja de palabras, ni una bolsa de palabras, ni un portador de palabras.



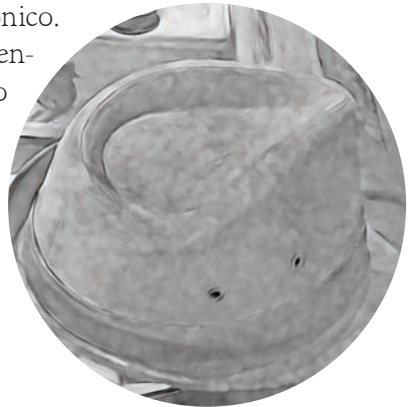
Un escritor, contrariamente a la opinión popular, no escribe libros. Un escritor escribe textos. El hecho de que un texto esté contenido en un libro, procede sólo de las dimensiones de este texto; o, en el caso de una serie de textos cortos (poemas, por ejemplo), de su cantidad.

De la galaxia Gutenberg a la aldea global*

Herbert Marshall McLuhan (1911-1980), profesor y pensador canadiense, es uno de los personajes más polémicos dentro del área de la comunicación debido a sus afirmaciones respecto a los medios de comunicación, de la tecnología y del futuro de las comunicaciones. El texto que presentamos a continuación es un recuento de análisis realizados por diversos autores sobre su obra. De esta manera planteamos las ideas del autor para la discusión sobre el presente y futuro del libro impreso, y para tratar de entender otros formatos innovadores, como el libro electrónico.

McLuhan fue un escritor combativo con un encanto especial para cautivar con sus conceptos, pero al mismo tiempo controvertido por sus afirmaciones y criticado por su falta de objetividad, ya que no tenía ningún rigor metodológico científico. Adoptó ciertos procedimientos de análisis de la literatura para sus deliberaciones y propuestas, y fue un provocador de la imaginación. Es difícil valorar su contribución sin leerlo y leer sobre él.

Introducción



Herbert Marshall McLuhan nació en Edmonton, Alberta, el 21 de julio de 1911, y murió en Toronto el 30 de diciembre de 1980. Fue hijo de un vendedor de seguros y de una actriz

**Marshall
McLuhan,
estudioso
y provocador**

* Conferencia pronunciada en el contexto del Congreso de Libres Mexicanos, San Cristóbal de Las Casas, marzo de 2011.



bautista. Primero ingresó a la Universidad de Manitoba en 1928 para estudiar ingeniería, pero no fue realmente su vocación y se decidió por la literatura inglesa. En 1932 viajó a Inglaterra, y durante su estancia en ese país leyó por casualidad un libro que cambiaría su vida: *What's Wrong with the World*, de Gilbert Keith Chesterton (1834-1936), una colección de 49 reflexiones con cierto tono religioso sobre la sociedad. La argumentación de Chesterton es que, al someternos a la tiranía de la máquina y depositar nuestra confianza en el racionalismo, hemos coronado la cabeza y derrotado al corazón y, al hacerlo, hemos perdido el hábito de la perfección. Esta ruptura entre corazón y cabeza caracterizará las posteriores obras de McLuhan,¹ cuya carrera puede dividirse en tres periodos:² sus primeros años como crítico literario tradicional, que culminan con la publicación de su primer libro, *The Mechanical Bride* [*La novia mecánica*, 1951]; una fase de transición en la década de 1950, durante la cual adoptó la obra de Harold Innis, se impregnó de antropología histórica y editó la revista *Explorations*; posteriormente vino una etapa de madurez en la década de 1960, cuando publicó sus teorías en *The Gutenberg Galaxy* [*La galaxia Gutenberg*, 1962] y *Understanding media* [*Comprender los medios*, 1964].

Particularmente en *La galaxia Gutenberg*, consideró el pensamiento de Chesterton como analógico y no dialéctico, distinción que después se convirtió en algo central para él. McLuhan argumentó siempre que Chesterton no desarrollaba sus ideas con conceptos, sino con “preceptos”, es decir, mediante el juego libre de una mente creativa que está por encima de clichés o lugares comunes. Otro autor que marcaría sus obras fue I. A. Richards (1893-1979), su maestro en Cambridge durante sus estudios de doctorado. Richards, lingüista, fue el creador de la Nueva Crítica, análisis práctico por medio del cual se examina la manera en que

¹ Carlos Fernández Collado y Roberto Hernández Samperi, *Marshall McLuhan, el explorador solitario*, México, Universidad Iberoamericana/Grijalbo, 1995.

² J. Daniel Czitrom, *De Morse a McLuhan*, México, Publigráficos, 1985.

la literatura produce ciertos estados psicológicos. McLuhan adoptó ese método analítico para estudiar los medios de comunicación y afirmó:³ “Si las palabras son ambiguas, la mejor manera de estudiarlas no es mediante su contenido, sino por sus efectos en determinado contexto, que muy a menudo es subliminal”. A esto se añade una influencia más importante todavía, la de W. Empson, también alumno de Richards, que señala que el proceso para entender a un poeta ocurre cuando su poema es reproducido en la mente del lector. De aquí tomó McLuhan la noción de que el contenido de cualquier poema es el lector del poema, luego entonces, el contenido de cualquier medio o tecnología es el usuario.



McLuhan enseñó literatura en las universidades de Wisconsin en 1936-1937 y de Saint Louis durante 1937-1944. Se doctoró en Cambridge, Inglaterra, en 1942, con la tesis “The Place of Thomas Nashe in the Learning of this Time”. El tema de la tesis indica su predilección por los escritores que reprodujeron las discontinuidades imaginativas del pensamiento prelógico.

Trabajó como maestro de literatura en la Universidad de Toronto en 1946. Desde 1953 y hasta 1955, McLuhan presidió ahí mismo un seminario interdisciplinario sobre la cultura y la comunicación patrocinado por la Fundación Ford. Junto con el antropólogo Edmund Carpenter publicó, entre 1953 y 1959, la revista *Explorations*, donde estudiaba

Los nuevos medios de comunicación

³ C. Fernández Collado, *Marshall McLuhan...*, op. cit.

la técnica de lenguajes como la imprenta, el formato de los periódicos y la televisión; sostenía que una revolución en la elaboración y distribución de ideas y sentimientos modifica no solamente las relaciones interpersonales, sino también la sensibilidad humana.

Daniel J. Czitrom apunta que, durante el periodo de la revista *Explorations*, McLuhan avanzó hacia una analogía explícita entre las culturas preletradas y posletradas. Parecía que las nuevas formas de los medios electrónicos habían invertido la fragmentación sensorial del espacio visual, preasignando así un retorno psíquico a la situación tribal. En 1955 escribió: “Los nuevos medios de comunicación no son puentes entre el hombre y la naturaleza: son la naturaleza”. Posteriormente, en 1963, se fundó el Centro de Cultura y Tecnología, del cual fue director.

El libro clave que le dio la fama fue *La comprensión de los medios como extensiones del hombre*, editado en 1964,⁴ en el que expone su punto de vista respecto a la nueva era electrónica y, de esta manera, toma como base la historia



de la humanidad con sus conmociones, su estructuración de lenguajes, técnicas, inventos, artes y ciencias.

Presenta la historia de manera interpolada, con tajantes etapas e influencias de unos hombres en otros, como si fueran producidas por una máquina del tiempo. McLuhan llama *mosaico* a esta clase de acercamiento a la historia y la vincula con las técnicas de la televisión.

La imagen del cinescopio —dice— es una serie de puntos que el vidiente activa simultáneamente, como si fuera un mosaico. De acuerdo con esto, él ha escrito un mosaico histórico y ha abandonado la visión acartonada de lo lineal o

⁴ Sidney Finkelstein, *Pros y contras de McLuhan*, México, Grijalbo, 1973.

la lógica de los eventos. Para McLuhan no hay ninguna necesidad de estudio o pensamiento racional, eso está pasado de moda y pertenece a la era de Gutenberg. Además señala que todo cambio en los medios de comunicación modifica nuestra percepción de las cosas,⁵ pues nos encontramos en la confluencia de dos épocas: la de la imprenta y la de la televisión. Agrega que, en términos generales, la literatura se ha ocupado de las emociones, acciones y pensamientos del hombre, es decir, de la condición humana tal como el hombre la experimenta; la ciencia, por su parte, ha intentado descubrir las causas reales de su condición.

Daniel J. Czitrom hace un análisis de McLuhan y comenta la influencia de Harold Innis, historiador y economista canadiense, en su trabajo. Señala que ambos abordaron los estudios sobre la comunicación en una época avanzada de sus carreras y, fundamentalmente, trajeron consigo nuevas formas de analizar los medios.

Por su parte Innis, y McLuhan en los primeros años de estudios, escribe que los medios de comunicación y la sociedad norteamericanos se vislumbran como amenazas para la cultura canadiense. Ambos adoptaron variedades del determinismo tecnológico de Charles Horton Cooley y Robert Park y buscaron en los estudios de los medios los instrumentos para abordar los problemas concurrentes del consumo, la diversión y la industrialización de la mente.

McLuhan tomó de Innis las herramientas con las cuales podía ampliar una doctrina estética hasta convertirla en una teoría exhaustiva del cambio social.

Los estudios históricos y económicos de Innis proporcionaron legitimidad intelectual para el gran salto que dio McLuhan de la investigación de las formas de los mensajes transmitidos a sus formas de transmisión.

Sus influencias

*Todo cambio en los
medios de comunicación
modifica nuestra
percepción de las cosas.*

⁵ David Riesman, "Del hombre tipográfico al hombre electrónico", en Kattan, Baudrillard *et al.*, *Análisis de Marshall McLuhan*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1972.

*En una obra de arte
la forma es el contenido
y el único criterio válido
para juzgarla.*

*El libro impreso convirtió
la lectura en una
actividad más privada
y silenciosa; el carácter
portátil del libro también
contribuyó al nuevo culto
al individualismo.*

Del libro impreso al libro electrónico

La extensión de Innis del análisis de bienes primarios a una exploración de las formas de comunicación y la propensión de los medios era paralela al método de la Nueva Crítica que McLuhan aprendió en Cambridge: “En una obra de arte la forma es el contenido y el único criterio válido para juzgarla”. Así McLuhan, en *La galaxia Gutenberg*, declaró que Harold Innis fue la primera persona que acertó al ver en el proceso de cambio algo implícito en las formas de la tecnología de medios.

Daniel J. Czitrom señala que, a diferencia de Innis que se interesaba primordialmente en la relación entre la comunicación y la organización social, el razonamiento de McLuhan se centraba en el impacto de la tecnología de los medios de comunicación en lo sensorial humano. *La galaxia Gutenberg* exponía una prolija meditación sobre los resultados sensoriales y culturales de la alfabetización fonética y de la imprenta. El invento del tipo móvil terminó el proceso de alejar al hombre de su original estado tribal, de un modo de vida participante “audio-táctil”: “El invento de la tipografía confirmó y amplió el nuevo énfasis visual del conocimiento aplicado y proporcionó el primer producto repetible, la primera línea de ensamble y la primera producción masiva”. Como tal, la imprenta difería notablemente de las letras fonéticas expresadas en los manuscritos medievales que eran poco claros; por lo común, se leían en voz alta y, por lo tanto, requerían cierta interacción de los sentidos. El libro impreso intensificó mecánicamente los efectos del alfabeto fonético. De esta manera se fue fragmentando aún más la vida sensorial al incrementar las propensiones visuales. Convirtió la lectura en una actividad más privada y silenciosa; el carácter portátil del libro también contribuyó al nuevo culto al individualismo.

La imprenta fue posible gracias al desarrollo tecnológico de la era mecánica. Posteriormente, el desarrollo científico técnico es importante para ubicar el lugar que ocupan los medios de comunicación en el siglo XXI; pasamos de

una era mecánica a una era electrónica. La coexistencia de diferentes innovaciones tecnológicas es una realidad, pero es indispensable para la humanidad la transmisión del conocimiento a las futuras generaciones.

La difusión a gran escala que ha logrado el libro impreso, a pesar de individualizar la lectura, pero con la posibilidad de ser leído por grandes sectores de la población, ha sido una de las más importantes desde su invención. La preocupación ahora es cómo asegurarse lectores en cualquier formato, ya que se han desarrollado tecnologías digitales para su difusión y consumo.

McLuhan escribió en el artículo “El aula sin muros”:⁶

antes de que apareciera la imprenta, los jóvenes aprendían escuchando, mirando, actuando. De este modo aprendían también, hasta hace poco tiempo, los niños campesinos de nuestros países el lenguaje y los conocimientos de sus mayores. La enseñanza tenía lugar fuera de las aulas. Solamente aquellos que querían hacer una carrera profesional iban a la escuela. Hoy, en nuestras ciudades, la mayor parte de la enseñanza tiene lugar fuera de la escuela. La cantidad de información comunicada por la prensa, las revistas, las películas, la televisión y la radio, exceden en gran medida la cantidad de información comunicada por la instrucción y los textos en la escuela. Este desafío ha destruido el monopolio del libro como ayuda a la enseñanza y ha derribado los propios muros de las aulas de modo tan repentino que estamos confundidos, desconcertados [...] La imprenta cambió no solamente el volumen de la escritura, sino también el carácter del lenguaje y las relaciones entre el autor y el público [...] Cuando apareció el libro impreso, amenazó los procedimientos orales de la enseñanza y nació la escuela tal como la conocemos.



⁶ Edmund Carpenter y Marshall McLuhan, *El aula sin muros*, Barcelona, Laia, 1974.

*Harold Innis señalaba
que los materiales sobre
los que se escribían las
palabras contaban a
menudo más que las
palabras mismas.*

*El libro, como la puerta,
sirve para fomentar el
aislamiento: el lector
quiere estar solo, lejos del
ruido de los demás.*

*El avance de las
tecnología audiovisuales
cobra importancia frente
a la de la palabra
impresa.*

David Riesman, en el artículo “Tradición oral, tradición escrita”,⁷ anota: “Harold Innis (1894-1952) señalaba que los materiales sobre los que se escribían las palabras contaban a menudo más que las palabras mismas. Decía, por ejemplo, que el papiro, que es ligero y se puede almacenar fácilmente en un país de desiertos, dio a los sacerdotes de Egipto el dominio del calendario y de los recuerdos sociales”. Escribe también que el libro ha sido uno de los primeros, y posiblemente el más importante, de los productos fabricados en masa, y su huella demuestra la falsedad de la idea común de que la producción masiva trae consigo, por su propio carácter, la masificación de los hombres.

La imprenta, al sustituir el manuscrito iluminado, creó al lector silencioso cuyos ojos se mueven a derecha e izquierda a lo largo de las líneas, como una lanzadera, fusionando con monotonía de color y con movimiento acompasado, como un mecanismo semiautomático [...] Este tipo de lectura aparece en la perspectiva histórica como fase de transición entre la palabra hablada y la palabra silenciosa, mientras que las películas y la televisión han traído consigo algunas de las cualidades y estados emocionales ligados a la época de los manuscritos.

El libro, como la puerta, sirve para fomentar el aislamiento: el lector quiere estar solo, lejos del ruido de los demás.

Realmente perturban las afirmaciones tal y como se presentan, pero si tomamos en consideración la dificultad para alfabetizar y el auge que ha tenido la televisión, desde su nacimiento hasta la fecha, en el sentido de fascinación de grandes teleaudiencias, y la preocupación por la lectura comprensiva de textos, inquieta vernos ante la realidad contundente de que el avance de las tecnologías audiovisuales cobra importancia frente al de la palabra impresa.

⁷ D. Riesman, “Tradición oral y tradición escrita”, en E. Carpenter y M. McLuhan, *El aula sin muros*, op. cit.

Cabe mencionar que hemos de tener un aprendizaje como usuarios de las tecnologías innovadoras, así como de sus contenidos, ya sea de la televisión, cine, internet, celulares o *e-books*, entre otros. Sin embargo, la coexistencia de las tecnologías nos hace reflexionar y plantear como hipótesis que se abandonará la lectura de los libros impresos paulatinamente: “La imprenta cambió no solamente el volumen de la escritura, sino también el carácter del lenguaje y las relaciones entre el autor y el público”.⁸

En el libro póstumo de McLuhan, escrito con B. R. Powers, *La aldea global*,⁹ expone un modelo que surgió del descubrimiento de que todos los medios de comunicación y las tecnologías poseen una estructura lingüística fundamental. No solamente son como el lenguaje, sino que en su forma esencial son lenguaje, su origen proviene de la capacidad del hombre de extenderse a sí mismo a través de los sentidos hacia el medio que lo rodea. Powers señala en el prólogo: “Llegamos a la conclusión de que las tecnologías relacionadas con el video podrían llegar a producir una forma de muerte psicológica para toda la humanidad al separarla en forma permanente del orden natural, libre de la naturaleza, a través de un envolvimiento en sí mismo tipo Narciso”, una conclusión a la que McLuhan llegó al operar tres niveles analíticos al mismo tiempo: perceptivo, histórico y analógico.

McLuhan y Powers escriben:

Todos los medios de comunicación son una reconstrucción, un modelo de alguna capacidad biológica acelerada más allá de la capacidad humana de llevarla a cabo: la rueda es una extensión del pie, el libro es una extensión del ojo, la ropa una extensión de la piel y el sistema de circuitos electrónicos es una extensión de nuestro sistema nervioso

La aldea global

La imprenta cambió no solamente el volumen de la escritura, sino también el carácter del lenguaje y las relaciones entre el autor y el público.

⁸ Marshall McLuhan, *El aula sin muros*, op. cit.

⁹ M. McLuhan y B. R. Powers, *La aldea global*, México, Gedisa, 1991.

central [...] Las audiencias de televisión orientadas hacia una mentalidad de videojuegos, que deja de lado libros y diarios, podrían recibir con agrado, por un periodo de tiempo determinado, noticias estilo cápsulas que, llevadas a su límite extremo, se vuelven tipo ideograma.

En *La aldea global* escriben respecto a los avances tecnológicos en las grandes corporaciones y cómo la industria del entretenimiento está totalmente relacionada con ellos, además de incluir un concepto muy interesante: cómo el sentido del tiempo se irá modificando debido a la rapidez de las comunicaciones electrónicas y de la era de la información:

*La naturaleza
fundamentalmente
interactiva de
algunas tecnologías
relacionadas con
el video producirán
las normas sociales
dominantes del
hemisferio derecho
del cerebro durante el
próximo siglo.*

Sin embargo, en la era de la información veremos regiones enteras dedicadas a una combinación de industrias, en el mismo sentido que Silicon Valley, al sur de San Francisco, está dedicado a todos los productos de microelectrónica, y la zona de Orlando gira alrededor del complejo del transporte, viajes, turismo de Disney World. La industria del siglo XXI estará afiliada en forma horizontal. El ordenador que trabaja a la velocidad de la luz, a través de una miríada de aparatos de comunicación, producirá nuevos productos y servicios hechos a medida para potenciales compradores que han señalado con anterioridad su preferencia a través de bases de datos.

Si bien es cierto que tenemos claro que el libro impreso nace en la llamada era de Gutenberg, ahora tenemos una era de la Información, con ordenadores que almacenan grandes cantidades de datos y que, a su vez, pueden estar disponibles y viajar a la velocidad de la luz.

A partir de lo dicho, tenemos una lista enorme de preguntas respecto al lugar que ocupa el libro impreso y el futuro del libro, en especial el electrónico. Derrick de Kerckhove, alumno y colaborador de McLuhan, en el libro *Inteligencias en conexión*¹⁰ escribe sobre el futuro del libro y

¹⁰ Derrick de Kerckhove, *Inteligencias en conexión. Hacia una sociedad de la web*, Barcelona, Gedisa, 1999.



Foto: Guadalupe Solís

de las bibliotecas. Comienza por una definición breve, pero que apela a una realidad que nos reconduce al sentido del tiempo y de la reflexión: “El libro es el lugar de reposo de las palabras”. Señala que el libro ha sido eclipsado como formato de almacenamiento, pero que continúa existiendo debido a la interfaz del usuario. Agrega que las palabras pronunciadas vuelan, además de que la segmentación de la información textual ha cambiado. La velocidad a la que procesamos la información en la actualidad ha aumentado porque las unidades de procesamiento se han reducido también. Por ejemplo, las palabras y las imágenes empaquetadas con significado se encuentran en todas partes como eslogan, titulares, portadas, logos.

Continúa Kerckhove: la hipertextualidad convierte el contenido de los libros en bits de sonido. El poder de las palabras en un programa informático con hiperenlaces, o la fluidez de las escrituras en las paredes electrónicas, convierten el procesamiento de la información en una labor casi mítica (utilizada como en la antigua Grecia, mitos igual a palabra). Gran parte del flujo mundial de las palabras e imágenes sin reposo termina en vehículos menos formales para la impresión, o en video, en CD u en bases de datos electrónicas.

El poder de las palabras en un programa informático con hiperenlaces, o la fluidez de las escrituras en las paredes electrónicas, convierten el procesamiento de la información en una labor casi mítica



Cuando toda la información está disponible todo el tiempo, en todas partes, es el proceso de selección y análisis lo que le da valor.

La tecnología de las computadoras, el internet y la digitalización permiten que, como decía McLuhan, el contenido de cualquier medio sea el usuario.

En la era de la hipertextualidad necesitamos los libros porque el hipertexto no es un libro. El libro es algo fijo, la información viaja a la velocidad de la luz. Lo que necesitamos en la actualidad es ralentizarla para que tenga sentido; es necesario controlar el tiempo para reflexionar.

La credibilidad estará íntimamente ligada al fenómeno del acceso y la producción mundial de datos vía internet. Así lo relacionamos directamente con el factor credibilidad, de esta manera el libro puede ser llamado a poseer mayor credibilidad debido a sus editores.

McLuhan señaló que, en la era de la electrónica, “los rumores son lo real”. La ficción, la opinión, la crítica, el comentario y las observaciones, entre otros, requieren de formas fijas adecuadas para la nueva autoridad que transmiten. Esto quiere decir que cuando toda la información está disponible todo el tiempo, en todas partes, es el proceso de selección y análisis lo que le da valor.

El libro impreso como formato de almacenamiento, dice Robert Cook,¹¹ ya ha sido rebasado; el fin del libro no está cerca pero es imaginable.

En la medida en que avance la tecnología, se irán adaptando formatos de libros, los llamados *e-books*, la lectura por computadora hará evolucionar el formato del libro impreso que es indispensable para estudiar, también para reflexionar, para la escritura literaria y para la difusión de la cultura y la ciencia. Es necesario que toda la producción mundial de conocimiento sea revisada para difundirla. Sin embargo, es un hecho que la tecnología de las computadoras, el internet y la digitalización permiten que, como decía McLuhan, el contenido de cualquier medio sea el usuario.

¹¹ D. Kerckhove, *op. cit.*

*Prosa y
poesía*

Cuando escribe un texto,
el escritor sigue sólo las leyes
secuenciales del lenguaje, estas
no son las leyes secuenciales de los
libros. Las palabras podrían ser dife-
rentes en cada página; pero cada página
es, como tal, idéntica a la precedente y a
la siguiente.



Un libro de 500 páginas, o de 100 pági-
nas, o incluso uno de 25, donde todas
las páginas son similares, es un libro
aburrido considerado como tal libro,
no importa lo emocionante que
pueda ser el contenido de las
palabras del texto impre-
so en las páginas.

“El trabajo editorial en una universidad pública es una práctica burocrática interminable”

Entrevista de Jenny Teresita Guerra González

Con una trayectoria de 30 años en la edición, aprendiz del oficio durante la adolescencia en el taller litográfico de su padre, becaria en varias ocasiones del Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (Cerlalc), miembro de la Junta Directiva de la editorial Costa Rica, hoy Alexandra Meléndez Calderón se encuentra al frente de la producción de una de las editoriales universitarias en Centroamérica con mayor trayectoria y reconocimiento: la Editorial de la Universidad Nacional de Costa Rica. No obstante su posición, habla crítica y, en ocasiones, duramente sobre los problemas y retos a los que se enfrenta un editor en una institución pública en la que la legislación interna y aspectos políticos y personales condicionan su labor y capacidad de acción; las relaciones difíciles con los académicos, la falta de colaboración interinstitucional y el desconocimiento del mercado lector que impide balancear el catálogo editorial, sin olvidar los retos que suponen los derechos de autor y los avances tecnológicos en el momento actual.

JENNY TERESITA: ¿Por qué no existe la denominación de editor en la Editorial de la Universidad Nacional de Costa Rica (Euna) y sí el de encargado de producción? ¿Es lo mismo a partir de las funciones y atribuciones que tiene?

ALEXANDRA MELÉNDEZ: En la Universidad Nacional existía el cargo de editor. De hecho, entré como editora. Si se analiza el reglamento de la editorial, ahí están las funciones del editor, pero con el tiempo se cambió. Hablando



No hay licenciaturas ni maestrías en edición en Costa Rica, y aunque se estudie fuera, no puede validarse en el país porque no hay una equivalencia en el sistema educativo.

sinceramente, las envidias profesionales de la gente que no conoce y que tiene poder han demeritado la figura del editor. Hubo un director que se molestaba porque los autores venían y conversaban conmigo y no con él. Decidió, entonces, que aquí no tenía por qué haber editor, que lo que se necesitaba era un encargado de producción, y cambió toda la nomenclatura. No obstante, las funciones siguen siendo las mismas. De hecho, en Recursos Humanos el cargo que tengo aparece como asistente profesional en artes gráficas, y con igual nombre nos designan a mí y al jefe de Artes del Departamento de Publicaciones, porque esta dependencia no tiene ni la menor idea de qué es un editor. Para ellos lo que yo hago y lo que hace el de Artes es igual.

Cuando se creó el puesto de editor, la universidad necesitaba uno. Un editor que en Costa Rica, por certificación, sólo podía ser yo, los demás son licenciados en diseño gráfico; Daniel Villalobos (coordinador de la Editorial de la Universidad Estatal a Distancia, Euned) es ilustrador; mi colega de la Universidad de Costa Rica y el del Instituto Tecnológico son también diseñadores gráficos. No hay licenciaturas ni maestrías en edición en Costa Rica, y aunque se estudie fuera, no puede validarse en el país porque no hay una equivalencia en el sistema educativo. Si renuncio al cargo, la universidad busca algo afín, un filólogo, pero no alguien con carrera de editor. He dicho muchas veces que el editor no puede ser filólogo porque debe tener una formación muy completa en todas las áreas. Tenemos que conocer de todo para tener un criterio más amplio. El editor en la Euna asesora al Consejo Editorial (Coeuna), de ahí la necesidad de tener una formación integral.

En la editorial trabajo sola en mi departamento. Ahora está la filóloga que entró el año pasado. Como atribuciones puedo decir que manejo, según mi criterio profesional, la producción de la editorial. Decido formatos, creo políticas, establezco criterios profesionales. El Consejo Editorial normalmente los acepta luego de una revisión.

El catálogo editorial de la Euna, más que estar organizado por colecciones está estructurado por áreas de conocimiento, a diferencia de otras editoriales universitarias. ¿A qué se debe que no cuenten con un director por cada área del catálogo?

En primera instancia, el que elige el material que se publica en la Euna es el Consejo Editorial.¹ Muchas veces no he estado de acuerdo porque, aunque sean materiales muy interesantes, tienen cinco lectores en todo el país, ya que son temas muy específicos. El criterio es que deben publicarse las investigaciones académicas. Ése fue el objetivo de la creación de la editorial. Yo misma he dicho que tenemos áreas en el catálogo en las que casi no hay producción.² ¿Por qué no solicitamos material?, ¿por qué no encargamos una obra?, pero para ellos eso no es viable. Aquí no puede haber negocio de ninguna forma.

En el área de educación, por ejemplo, esta universidad es la casa materna de la educación en Costa Rica. Primero nació como Normal y luego se hizo universidad. Así que debería haber mucho material y nada se produce en esa área. El Centro de Investigación y Docencia en Educación (CIDE) es muy importante en la universidad, pero no en sus publicaciones. Ahora recorreré todas las facultades y sedes externas para pedir material e incentivar a los académicos a publicar sus investigaciones.

El problema es que el catálogo está inclinado hacia la literatura y ciencias sociales. Esto se debe a que los miembros del Consejo Editorial siempre han sido de esas áreas.



¹ Actualmente el Coeuna se encuentra integrado por una académica del área de biología, una de inglés, otra de educación, y la presidenta, que pertenece al área de historia.

² En el catálogo 2011-2012 de la Euna se reseñan un total de 143 obras publicadas entre 1994 y 2010, distribuidas de la siguiente forma: Arte, 1 título; Ciencias Naturales, 15; Ciencias Sociales, 48; Educación, 19; Filosofía, 1; Apoyo a la docencia, 4; Literatura, 53, y Literatura Infantil, 2. También se incluyen las portadas de 15 publicaciones periódicas, de las cuales 11 pertenecen al área de las Ciencias Sociales y Humanidades; 3, a las Ciencias Naturales y de la Salud, y 1 a la Educación. Véase la versión impresa del Catálogo 2011-2012 o la digital en <<http://www.una.ac.cr/euna/>>.

Ha variado poco esta situación, antes no había libros de teatro, pero como la presidenta del Consejo proviene de esa área, ahora tenemos como seis, de los cuales no se ha vendido ninguno. No hay estudio de mercado. Igual he propuesto que hagamos del conocimiento público que este año recibiremos libros solamente en las áreas de Ciencias Naturales, por decir algo, ya que hay muy pocos. Hasta ahora se han publicado libros de veterinaria, cuando por muchos años la nuestra era la única escuela de veterinaria centroamericana. Sólo tenemos dos libros publicados en esa área, que no son libros, sino manuales. ¿Por qué no aprovechar esa enseñanza de tantos años, de tanta práctica? Esos libros se venderían en cualquier país. Pero no hay visión. Como editora, balancearía nuestro catálogo.

Durante años se publicaba lo que los miembros del consejo decidían. Había un banco de evaluadores³ como lo hay ahora, pero con la diferencia de que eran los mismos. De ahí se creó la imagen de que aquí era difícil publicar, de que el proceso tardaba mucho y la gente se desmotivó; quizá también haya temor de los posibles autores. Después los del Consejo empezaron a traer muchas cosas de fuera, sobre todo de literatura; cuando la editorial se creó para publicar lo que se produce en la universidad prioritariamente.

Considerando que la función de la Euna es publicar la investigación de los académicos de la Una; en el catálogo actual, ¿hay académicos de otras universidades de Costa Rica y de fuera del país?

De vez en cuando, algún académico de la Universidad de Costa Rica (UCR) publica con nosotros; del Tec (Instituto

³ La Euna cuenta con un banco de evaluadores por cada área. Los requisitos para ser evaluador son: 1) entregar el currículum en las oficinas de la editorial; 2) disponibilidad de tiempo y 3) contar con facturas timbradas (recibos de honorarios). Al momento de esta entrevista (julio de 2012), el banco de evaluadores se componía de 16 académicos, que reciben un pago de 75 000 colones (150 dólares, aproximadamente), sin importar el tipo de dictamen que emitan.

Tecnológico de Costa Rica) y de la Uned nunca he visto nada por aquí. Con un académico de la UCR hubo una controversia y, a raíz de ésta, se cerró el espacio para ellos porque los miembros del Coeuna están recelosos. Esto derivó en el cuestionamiento de la Rectoría y del Consejo de por qué se publicaban textos externos si había tanta gente en la Una esperando sacar un libro; que le estaban quitando espacio a un académico de la universidad para dárselo a ellos. Antes de ese hecho, la apertura era mayor. Si era una buena producción, se valoraba igual que la de aquí; si pasaba el procedimiento, se publicaba. En este momento lo único que se publica oficialmente, que no sea de la academia, es el ganador del certamen Una-Palabra,⁴ porque el premio del concurso consiste en un estímulo económico y la publicación de la obra.



¿Han hecho algún intento reciente por abrir el catálogo de la editorial a nuevas temáticas?

El director de Extensión y una servidora asistimos a la Feria Internacional del Libro de La Habana para firmar convenios para publicar textos de carácter latinoamericano, y el Coeuna ya aprobó tres de una colección que se abrirá y que tentativamente lleva por nombre Libros Necesarios. Son libros de grandes autores latinoamericanos que ya han sido publicados, todos en el área de ciencias sociales. Los miembros del Consejo dijeron que estaba bien abrir la línea con estos libros, pero que busquemos un científico importante o un maestro. El problema es que el director de Extensión es quien comanda la iniciativa, y cuando él deje el cargo, en 2013, la colección puede quedar relegada si a su sucesor no le interesa. Anteriormente, el decano del CIDE creó una colección llamada Nuestros Pensadores,

⁴ El certamen Una-Palabra se creó en 1978 en el seno de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Costa Rica con la finalidad de propiciar la creación del pensamiento científico y la creación literaria costarricense o en español, con el reconocimiento y premiación a personas e instituciones mediante concursos.

que eran libros muy interesantes de grandes pensadores costarricenses, pero cuando él abandonó el cargo, la nueva decana dijo que no tenía tiempo para esas cosas y la colección murió.

¿La Euna ha realizado o tiene proyectos de coedición? ¿Cómo operan estas iniciativas en términos de derechos de autor, gastos de impresión, distribución, repartición de ganancias, etcétera?

Tenemos uno en progreso en el área de ciencias biológicas con México. A veces coeditamos con la Editorial Costa Rica y con la Universidad de Costa Rica; con las últimas hemos hecho varias coediciones, pero ahora no hay nada pendiente. En el contexto nacional, los costos de producción se dividen 50% a cada institución, y el tiraje de los libros, también 50% a cada institución. Se establece un precio en el que estén de acuerdo ambas instituciones y se venden los ejemplares por igual cantidad. El pago de derechos de autor varía. En el caso de la UCR, ellos pagan menos que nosotros. De los libros que se le entregan al autor, las dos instituciones le damos la mitad de los que le corresponden. La edición con México será diferente porque es una coedición, pero dos ediciones por separado. Una edición la hará la editorial Ítaca con su formato, y nosotros la nuestra, con los formatos que tenemos. En la versión de Ítaca aparecerán nuestros créditos y nuestro sello editorial, y en la de nosotros también, pero la producción de ellos es para México y la nuestra para Centroamérica y Costa Rica. Los costos los pagará cada editorial. En lo concerniente a los derechos de autor, la Euna pagará a la autora, como se hace en Costa Rica, e Ítaca como lo marca la legislación en México.

¿En algún momento han tenido cofinanciación de otras instituciones públicas o privadas para la publicación de libros y revistas?

Sí, hay mucha cofinanciación de libros, varios proyectos de la Una tienen ya su financiamiento desde el principio,

y éste incluye un porcentaje para la publicación de una obra que resuma los resultados de la investigación. Los coordinadores de proyectos dicen: “Nosotros tenemos 2000 dólares”, y lo depositan en las cuentas de la editorial, y si el libro sale más caro, la editorial cubre el resto. En revistas, de momento no hay ningún cofinanciamiento, sólo una revista, de historia, que es una coedición entre la UCR y la Una. Los costos de reproducción de la revista se alternan cada vez entre ambas.

En lo del financiamiento externo tenemos restricciones porque no puede provenir ni de entidades privadas ni personales. Solamente pueden ser ONG, instituciones públicas u organismos internacionales, de lo contrario se entiende como la venta del sello editorial.

¿Qué procesos editoriales se llevan a cabo de manera interna en la Euna: preparación de originales, corrección, fotografía, diseño, negativos, diagramación, etcétera?

En la Euna no; en la Una se hace todo el procedimiento. Hay departamentos separados. La editorial contrata al Departamento de Publicaciones de la universidad esos procesos, de corrección, diagramación, negativos, impresión. Ellos nos cobran; el costo es muy bajo, casi lo de los materiales; la mano de obra no, porque está financiada por la universidad. La corrección, diagramación y diseño de portada se mandan a hacer externamente. El Departamento de Publicaciones tiene personal suficiente, pero deben publicar todo lo de la universidad, así es que muchos libros los mando a diagramar fuera. El diseño de portada siempre lo contrato externamente, abro una licitación y le asigno a una sola persona todas las portadas de un año, porque en Publicaciones no hay diseñadores buenos y contratar personas para eso implica hacer contratos diferentes, lo que dificulta los pagos.



¿Cómo percibe el precio del libro de la Euna respecto al de las otras tres editoriales universitarias que hay en el país y las académicas privadas?

El precio de nuestros libros es realmente muy bajo.⁵ No sacamos a veces ni los costos de producción. El Coeuna cree que el libro tiene que ser barato. Yo les he dicho: “Señores, no es posible que se paguen 60 000 colones o más por un libro de McGraw-Hill o de Medicina, y que los nuestros tengan que ser baratos”. El tema lo he planteado en las sesiones de Consejo, no se trata de lucrar como las editoriales privadas, pero tampoco de regalar el trabajo. Con esos precios se da la impresión de que, al ser muy barato, algo malo pasa con él. Tradicionalmente buscamos la relación precio-calidad. Si el libro vale 30 000 colones, hay que venderlo en ese precio, sin ganar nada. Pero al Consejo le da pánico.

El vendedor de la editorial tiene también esa mentalidad. Quiere que todos los libros sean baratos para vender. No somos una entidad de lucro, pero la producción que hacemos tiene calidad, lleva todo un proceso y controles de calidad, como para que el libro no se venda en lo que vale.

¿La editorial se ha planteado a corto plazo la incursión en el campo de los libros digitales o e-books?

A corto plazo hay un proyecto para hacer un libro digital, uno ya publicado que se subirá a la plataforma digital. Los primeros libros que subiremos son los que no generen derechos o los de los autores que nos den libertad, para evitar contratiempos. Hay una controversia muy grande

⁵ El Coeuna fija el precio del libro a partir de multiplicadores. No hay ganancias, pero se busca solventar los gastos de producción del libro considerando los costos de: 1) evaluación de la obra; 2) corrección filológica; 3) diagramación; 4) diseño de portada; 5) separaciones y pruebas de color; 6) costo de los materiales; 7) costos indirectos; 8) costo de mano de obra; 9) barnizado; 10) papel editorial; 11) gastos indirectos y 12) registro de la obra. Cuando hay ganancias por la venta de los libros, van a la Fundación de la Universidad Nacional (Fundaua).

en el ámbito universitario porque se supone que todo esto es patrimonio de la Una, y no debería generar ganancias a los autores porque la universidad les pagó un salario, los financió. El año pasado pregunté en la Feria del Libro de Guadalajara por esa parte del patrimonio de la investigación académica y no hubo respuesta. No estaba claro para nadie y era una reunión de editoriales universitarias de Latinoamérica.

¿Cree que los textos que se publican en la línea de Material de Apoyo a la Docencia⁶ tengan la oportunidad de trascender a los docentes y estudiantes de la Universidad Nacional y ser empleados en otras instituciones educativas públicas y privadas del país?

Sí, hay algunos, como *El arte de escribir*, que el autor usa en cursos en otras universidades. El de matemáticas (*Ejercicios*

⁶ Material de Apoyo a la Docencia es una línea editorial que publica documentos producto de la construcción pedagógica de los profesores en las diferentes áreas y disciplinas, que son utilizados para el desarrollo de un curso en particular. Se aprobó mediante el acuerdo núm. 04-26-2007, en la sesión ordinaria del Consejo Editorial de la Universidad Nacional el 7 de octubre de 2007.

El “material de apoyo a la docencia” se entiende como el elaborado por especialistas en un campo específico del conocimiento, con el fin de desarrollar una temática en particular mediada pedagógicamente para facilitar la construcción de contenidos por parte de estudiantes y usuarios. Se consideran como tales los documentos elaborados en las siguientes categorías: textos didácticos, manuales para el trabajo en laboratorio, manuales de prácticas, guías de estudio, guiones científicos y antologías, entre otros.

El documento impreso bajo esta modalidad debe cumplir con estos requerimientos: 1) abordar de manera innovadora una temática (que defina el campo del conocimiento en que el especialista tiene formación); 2) diversificar las oportunidades para el aprendizaje de los estudiantes acordes con un modelo pedagógico específico; 3) respetar en todos sus alcances los derechos de autor de cualquier material utilizado en la construcción del material de apoyo a la docencia, según se establece en la Ley 6683; 4) la estructura organizativa, además de obedecer los lineamientos definidos por la Editorial para este tipo de material, debe

y problemas de matemática introductoria) también sé que lo están utilizando en la Universidad de Costa Rica. Hay varios libros que han salido poco a poco, pero como no hay promoción, no hay divulgación. Muchos de estos textos serían muy útiles en los colegios profesionales. Tenemos libros de secretariado que serían excelentes para esos estudiantes, pero como no se divulgan, no han trascendido la universidad. Creo que se venderían muy bien por fuera.

La calidad de los libros de la Euna está garantizada hasta cierto punto por el banco de evaluadores, pero ¿manejan alguna certificación?

No tenemos ninguna hasta la fecha. De momento, en la universidad no hay ningún proyecto encaminado a buscar la excelencia en la producción editorial. Para llegar a estándares de calidad sería necesario remplazar casi en su totalidad la maquinaria con la que cuenta el Departamento de Publicaciones. A estas alturas, siguen utilizando planchas de cartón. Difícilmente alcanzaremos altos estándares porque el personal no está capacitado, no son profesionales. Siguen compaginando manualmente. Puedo garantizar la calidad del proceso hasta la diagramación, el resto no. Para obtener una certificación de calidad se debe garantizar el proceso completo, desde el original hasta que se entregue el libro impreso al autor.

¿Cómo es la participación de la editorial como miembro del Seduca (Sistema Editorial Universitario Centroamericano)?

La presidenta de la editorial va una vez al año a la reunión general del Sistema. No hay una participación mayor de

considerar como elementos básicos: objetivos generales y específicos acordes al programa definido para el curso e incluir ejercicios y prácticas que permitan la verificación parcial del aprendizaje, entre otros. Véase Heredia, Euna, *Normas para la publicación de material de apoyo a la docencia* (Tríptico informativo).

nosotros porque no están bien organizados, y la toma de decisiones es en extremo lenta. No funciona Seduca, en parte porque son muy cambiantes las direcciones de las editoriales que lo conforman.

¿Cómo funciona la iniciativa de Edupuc (Editoriales de las Universidades Públicas Costarricenses)? La presencia en ferias como la de Santo Domingo y Guadalajara ¿es sólo para la distribución y comercialización de títulos o una colaboración más integral?

El proyecto de Edupuc tiene cuatro años. En ese periodo sólo se han publicado dos libros bajo este sello. Cada título es elegido por los miembros, que son los cuatro directores de las editoriales de la Uned, el Tecnológico, la UCR y la Una. No tienen ninguna difusión y el sello no es abierto al público, es decir, no puede llegar una persona con un original para que se lo publiquen. El primer libro que salió con el sello de Edupuc, *Sellos cerámicos*, era uno que teníamos en la editorial para publicar. La entonces presidenta de la Euna se lo presentó a los demás miembros y ellos decidieron publicarlo. Fue hace tres años. El año pasado la Euned tenía otro libro, *El álbum de Figueroa*, lo iba a publicar con su sello, pero entonces decidió dárselo a Edupuc y lo publicaron. Así es como funciona.

Edupuc no tiene presupuesto propio, sino que hay uno como Comisión Editorial de Conare (Consejo Nacional de Rectores) que les da un monto muy alto que supera al de las editoriales en lo individual. No ha sido productivo el proyecto porque las ferias que se organizan son poco efectivas y porque deberían publicar al menos dos libros anuales. El catálogo salió en 2009 y hasta ahora se hizo una versión nueva. Ese catálogo no es de lo que produce Edupuc porque sólo tiene dos libros, es una suma de las publicaciones de las cuatro universidades organizadas por áreas.

Otro aspecto importante es que Edupuc no existe legalmente. No está registrado ni puede hacerse porque

no es una empresa, es una comisión institucional. El presupuesto para ir a la Feria de Guadalajara, por ejemplo, es de Conare. Es una cuestión fantasma. Si usted quiere saber qué, quién organiza, cómo es; se dará cuenta de que no hay una estructura ni nada, simplemente lo que los cuatro directores acordaron. La edición (tiraje) de los libros que se han hecho se divide entre las cuatro editoriales y cada una vende sus ejemplares. El dinero que obtienen con las ventas es para cada editorial, cuando en realidad tendría que ir a la Comisión de Conare para que con ese dinero generaran otros proyectos.

¿La Euna lleva a cabo el registro de sus títulos en el Catálogo de la Producción Editorial Universitaria⁷ y en el Catálogo de la Producción Editorial Centroamericana que forman parte del Repertorio Integrado del Libro en Venta en Iberoamérica (RILV) del Cerlalc?

Fui contactada por el Cerlalc y envié nuestro catálogo para el RILV. No me especificaron para cuál de los dos catálogos solicitaban la información y tampoco me corroboraron si la habían recibido. En la FIL Bogotá del año pasado, cuando

⁷ El proyecto Catálogo de Producción Editorial Universitaria de América Latina y el Caribe forma parte del RILVI (Repertorio Integrado de Libros en Venta en Iberoamérica); desarrollado por el Centro Regional para el Fomento del Libro y la Lectura en América Latina, el Caribe, España y Portugal (Cerlalc) y las Agencias ISBN de los países miembros, las cuales proporcionan la información de nuevos títulos cada seis meses. El Cerlalc publica los registros en <<http://www.cerlalc.org/rilvi/index.php>> con los datos de América Latina, provee un *link* al Ministerio de Cultura de España, donde se pueden consultar los datos de ese país. Adicionalmente, una versión de la oferta editorial Iberoamericana (en DVD) se realiza entre el Cerlalc y el Ministerio de Cultura de España.

El proyecto fue aprobado dentro del programa técnico 2008 del Cerlalc y se presentó durante el VII Congreso Internacional de Publicaciones Universitarias de Iberoamérica organizado por la Asociación de Editoriales Universitarias de Colombia (Aseuc), que tuvo lugar en la ciudad de Bogotá entre el 12 y 14 de agosto de 2009. Mesografía: <http://www.cerlalc.org/rilvi/que_es.htm>.

don Richard Uribe aún vivía, nos reunimos y le volví a entregar una copia en CD del catálogo de la Euna actualizado. Lo cierto es que el Cerlalc lanza muchas iniciativas, pero no concreta nada. Hace poco les pedí información porque ellos nos solicitaron libros para un Salón Centroamericano del Libro que harían en Brasil, España y Alemania, y nunca nos informaron qué pasó con los libros, a quién se los donaron. Nada de nada. No hubo ninguna respuesta, ni una nota de agradecimiento de su parte.

*¿Han recibido apoyo técnico o económico del Cerlalc y de la Eulac (Asociación de Editoriales Universitarias de América Latina y el Caribe)?
En caso de ser afirmativo, ¿en qué consistió?*

Individualmente he recibido muchas de las capacitaciones del Cerlalc, pero esto ha sido más de carácter personal que como editorial, porque como editora las he gestionado. De la Eulac no hemos recibido ningún curso o capacitación.

¿Qué mecanismos se emplean para la divulgación de los textos de la Euna?

Cuando se publica la obra, incluye la presentación del libro, que se difunde en el periódico *La Nación*, que es el de mayor circulación. También publicamos en *Campus*.⁸ Enviamos ejemplares de los libros a ciertos periodistas que hacen comentarios en *La Nación* y *La Prensa Libre*. Tenemos la página *web* donde están expuestos todos los libros y en la que se señalan las novedades, noticias y eventos, esto gracias a que se asignó a un compañero de medio tiempo que

⁸ *Campus* es el semanario de la Oficina de Comunicación de la Universidad Nacional de Costa Rica (Una), de éste hay una versión impresa que se distribuye en facultades y espacios de la institución y una versión digital que puede consultarse en <<http://www.una.ac.cr/campus/>>.

se dedica exclusivamente a actualizar la página. Además participamos en todas las ferias a las que nos invitan por medio del promotor de ventas. Y contamos con un catálogo impreso. Anteriormente se hacían reseñas de nuestros libros en el programa de televisión *Una Mirada*.

¿Considera que es suficiente el presupuesto anual que se le asigna a la Editorial?

La Euna tiene un presupuesto bueno y aumenta cada año, lo que ocurre es que está mal distribuido. No se planifican los puntos clave a los que tenemos que darles mayor contenido económico, como la promoción y la divulgación. Hay mucho dinero, incluso me he visto presionada para gastar millones de colones que quedan ahí y que uno se cuestiona cómo es eso posible. Los rubros a los que se les asigna ese presupuesto tienen que modificarse ya. En personal se pueden asignar fondos para contratar a otro promotor para que mientras uno esté en ferias, el otro pueda visitar librerías. Nosotros tenemos dos libros en la lista de los recomendados por el Ministerio de Educación, pero como en esa lista hay alrededor de 200 títulos y el maestro decide cuál es el que les pide a sus alumnos, es necesaria una labor de promoción; ir a escuelas a platicar con el maestro, obsequiarle el libro y sugerirle que lo use en clase. De momento no podemos hacer esto por falta de tiempo del promotor de ventas. Creo que el dinero debe enfocarse menos en la producción de libros y más a la comercialización.

¿Qué apreciación tiene en general de los planes de marketing editorial en las editoriales universitarias?

En el caso de Costa Rica, todas las editoriales tienen el mismo problema. Hay unas más grandes que tienen un departamento que me parece muy bueno, que es el de Ventas, separado del de Producción, porque es otra gestión totalmente diferente, aunque ligado, por supuesto. La Uned es

un caso de esos, porque tiene una oficina de ventas y distribución separada con bastante personal y un especialista en ventas. Esto ayuda mucho. De la Uned seguiría la Editorial de la Universidad de Costa Rica, que también tiene una Unidad de Distribución y Ventas, aunque aquí sí está dentro de la misma estructura de la editorial. En la nuestra y en la del Tecnológico no hay ningún proyecto de ampliación o mejoramiento en este aspecto. Con todo y que la Euned cuenta con oficina de ventas, tiene gran cantidad de material en bodega. Por estos factores es mejor trabajar la producción bajo demanda con ediciones pequeñas que nos eviten tener libros embodegados hasta por 10 años.

¿Cómo es su participación en la Feria Internacional del Libro de la Antigua Aduana⁹ (presentación de novedades, ventas, programa cultural)?

En ese programa cultural, lo único que hace la Euna son presentaciones de libros. Este año sólo haremos dos, junto con la exposición y venta de obras. Siempre ha sido la misma dinámica. La Feria de la Aduana que organiza la Cámara del Libro es una feria de ventas, no cultural como la de Guadalajara. Su mayor problema es que, aunque está enfocada a las ventas, no hay promoción, de ahí que en los dos últimos años la iniciativa haya fracasado.

¿Considera que la legislación sobre el libro y los derechos de autor en Costa Rica favorecen las publicaciones universitarias en general, y en particular a las editadas por la Euna, sean éstas impresas o digitales?

No. En este momento las legislaciones sobre la materia en el país están cambiando. Ya fue aprobada la Ley de

⁹ La Feria Internacional del Libro de la Antigua Aduana es la feria nacional más grande de Costa Rica. La organiza anualmente la Cámara Costarricense del Libro en las instalaciones de la Antigua Aduana en San José.



Fotocopiado¹⁰ que permite a los estudiantes copiar textos con derechos de autor con fines académicos. Esto afectará mucho a las editoriales, sean universitarias o no. Además, están en proceso una Ley del Libro y una Ley General de Cultura, que se enviarán a la Asamblea Legislativa buscando que sean más actuales, funcionales y acordes con las legislaciones internacionales.

El mundo digital hacia el cual vamos, en Costa Rica no está bien definido en la parte legal. Así es que he estado trabajando y leyendo mucho; en Guadalajara y en Colombia estuve en talleres editoriales y digitales. La universidad también trabaja con una plataforma para ver si se digitalizan los libros de la editorial, pero hay muchos huecos legales. En las revistas que tenemos en línea, en <http://www.revistas.una.ac.cr/>, esto no ha sido tan conflictivo porque están libres de derechos; los artículos se suben y si usted tiene un acuerdo con el autor, no hay ningún problema, no hay que pagarle a nadie nada, pero cuando hay

¹⁰ Para conocer más sobre esta ley, véase <http://es.scribd.com/doc/97834114/Ley-17342-Fotocopiado>.

derechos de autor sí, porque los autores reciben un pago. Ese pago no está claro ni tampoco están bien definidos los mecanismos con los que se trabajará. Aunque esto no es sólo en el ámbito nacional, sino también en el internacional. He preguntado si hay una legislación, cuánto se paga por derechos de autor, cómo se cubren, y todo el mundo alza los hombros porque no saben o no quieren saber.

La editorial tiene que encaminarse al mundo digital porque es un mercado que ya existe y debemos actualizarlos, pero los autores tienen mucho recelo: “¿Cómo me van a pagar”, “¿Y si lo suben y lo copian?”, “¿Usted cómo me asegura que nadie lo va a copiar?”, etc. En ese sentido, hay que estructurar muy claramente cómo será este proceso, porque los perjudicados pueden ser los autores. La Euna paga 15% de derechos al autor, pero con esta modalidad sólo se les da 3 o 4% de derechos. El pago baja más de 50% y el autor casi no recibirá nada; además, el que lo baja puede hacer 50 copias y regalarlas y al autor sólo se le paga la primera descarga y no las restantes. Para mí no está claro y nadie ha sabido, en todos los talleres internacionales a los que he asistido, cómo controlar el plagio.

Para finalizar, ¿cuáles son los mayores desafíos que enfrenta la editorial en la actualidad?

Para mí, la prioridad es que la Euna establezca políticas editoriales formales. Hay acuerdos que el Comité toma en las reuniones, pero que no se respetan, precisamente por no tener el peso que tiene una política. Creo que también sería importante incorporar al fondo editorial investigaciones de áreas del conocimiento de la Una, como agronomía, ciencias veterinarias y educación, y dejar de recibir por un tiempo material de ciencias sociales y humanidades porque tenemos demasiado. También es necesario que se encarguen obras de temas específicos, hacer estudios de mercado y ver con el autor la posibilidad de que su texto sea un artículo, un documento digital y no forzosamente



un libro que tenga, cuando mucho, en todo el territorio nacional, diez lectores.

Creo que en esta editorial y en todas las que quieran llevar a cabo un trabajo eficiente, es necesario planificar adecuadamente. Hacer planes a cinco años, con metas muy precisas, porque si uno se entusiasma con realizar veinte cosas, termina sin hacer ninguna bien. La falta de definición respecto a lo que quiere una editorial suele ser fatal. Es indispensable que estudiemos la oferta y la demanda de nuestras publicaciones, de otra manera no habrá diferencia sustancial entre que se publiquen o permanezcan inéditas.

Observaciones sobre la corrección de textos de ciencias sociales

Los textos de ciencias sociales se caracterizan por ser informativos: otros pueden estar concebidos para la recreación o para la consulta, pero éstos se distinguen por su intención de ofrecer datos de la realidad; por lo tanto, la dominante es argumentativo-descriptiva (en contraste, por ejemplo, los textos de poesía tienen dominante expresiva porque importa tanto lo que se dice cuanto cómo se dice). Por eso, debe tomarse en cuenta una condición doble: por un lado, lo que importa sobre todas las demás circunstancias es la claridad de la información que estos textos ofrecen y, para obtenerla, es preciso utilizar un español formal (de uso generalizado pero tendiente a la norma culta), así como el establecimiento de criterios uniformes en su aplicación (de lengua, de notación, de abreviaturas, de signos, etcétera).

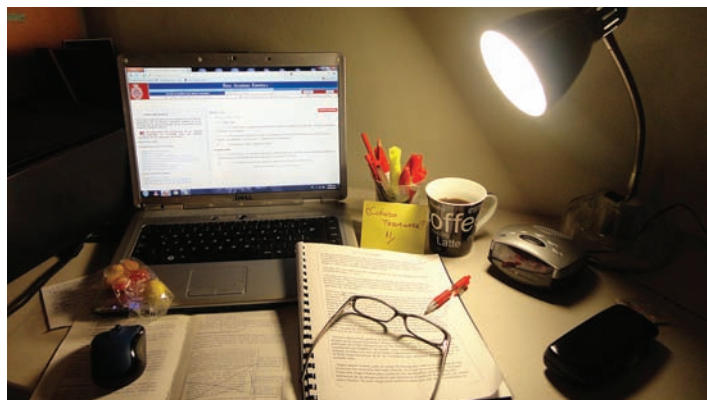


Foto: Ximena Maytorena



*Habrá que procurar
que los textos sean
argumentativos y, en
lo posible, verificar
que los argumentos
estén completos y bien
organizados.*

Por otro lado, en un ámbito más profundo, debido a que la argumentación pretende que el otro (el que lee) cambie su opinión sobre algún tema particular, habrá que procurar que los textos de ciencias sociales sean verdaderamente argumentativos (no sólo descriptivos); además, en lo posible, deberá verificarse que los argumentos estén completos y bien organizados (arreglo de premisas y conclusión, conectadas de modo lógico y económico).

Todas estas características hacen difícil la corrección de estos textos, porque debe encontrarse un equilibrio entre lo correcto y el estilo del autor (si es que lo tiene). Muchos autores tienen el prejuicio de

que el estilo consiste en innovaciones irreflexivas (eliminar verbos, alterar inútilmente la sintaxis, usar abundantes neologismos), y en su búsqueda de individualidad oscurecen el sentido de su discurso. En todo caso, el trabajo del corrector debe ser efectivo y sutil: su tarea principal es sustraer peso, aclarar lo oscuro, enderezar lo torcido, sin que el autor sienta que se le está aleccionando o que se desdén su estilo. El reto es hacer las correcciones mínimas necesarias para eliminar ambigüedades, acortar oraciones demasiado largas, suprimir palabras superfluas, pero siempre dejando sonar la voz del autor. Ha de tenerse en cuenta que si en el trabajo de corrección se añade más de lo que se quita, se corre el riesgo de incluir nuevos errores, enemistarse con el autor, imponer un estilo propio..., en suma, insertar más de lo que se elimina puede ser una indicación muy clara de que algo anda mal.

También debe tomarse en cuenta que en el área de ciencias sociales y humanidades hay dos tipos de texto: los de divulgación y los académicos. Como se hace evidente

desde su clasificación, los primeros están dirigidos a un público no especializado y no requieren los mismos cuidados que los textos académicos. Las diferencias se encuentran, por ejemplo, en el uso de un vocabulario menos erudito y en que muy probablemente no requieran un aparato crítico; puede ocurrir también que la bibliografía, si se incluye, sea menos abundante y que contenga textos más asequibles para el público no especialista.

Por lo que respecta al otro grupo, y en el sentido de su realización práctica, los textos académicos de ciencias sociales, por argumentativos, requieren un aparato crítico suficiente, coherente y uniforme. Existe entre los autores una tendencia (casi siempre muy justificada) a dar referencias y evidencias de cada una de sus aseveraciones. Para el editor, esto se traduce en un texto secundario formado por notas a pie de página, bibliografía y referencias. Algunas investigaciones son tan complejas que incluyen doble o triple sistema de notación, lo que obliga a formar el libro de modo casi artesanal. Por otro lado, aunque los criterios sean claros y estén a disposición de los autores, la realidad es que suele dársele poca importancia a la congruencia en el método de citación: en una misma bibliografía conviven sistemas de sintaxis contradictoria, hacen falta datos, se consignan países en vez de ciudades, se equivocan apellidos, se juntan comillas con cursivas y otras calamidades. En el mejor de los casos, la bibliografía de los manuscritos que el corrector recibe es una copia automática de las notas al pie, por lo que siempre se necesita hacer, por lo menos, algunas adaptaciones. Sin embargo, en casi todos los casos las bibliografías constituyen un texto proclive a la errata, por largas, complejas y abundantes en datos y detalles que, si de origen fueron desdeñados, provocan muchos dolores de cabeza al corrector.

En esencia, el método y la técnica de corrección de textos de ciencias sociales es el mismo para cualquier tipo de texto: sustraer peso. Como en todos los casos, cada área de nuestra disciplina exige por lo menos un conocimiento básico de la materia a la que pertenece el manuscrito. Cuan-

Suele darse poca importancia a la congruencia en el método de citación: en una misma bibliografía conviven sistemas de sintaxis contradictoria, hacen falta datos, se consignan países en vez de ciudades, se equivocan apellidos, se juntan comillas con cursivas y otras calamidades.

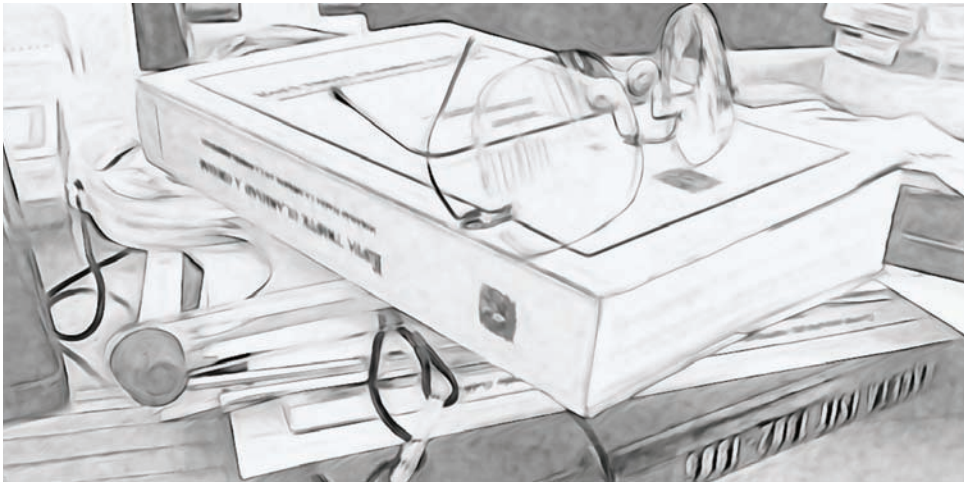
Las bibliografías constituyen un texto proclive a la errata.

La frecuente rotación de personal de casi todas las editoriales y la necesidad de múltiples empleos de los freelancers dificultan cada vez más que un individuo conozca en su totalidad uno o, más difícilmente, varios manuales de estilo.

to más familiarizado se sienta el corrector con el ámbito de los textos con que trabaja, más seguro estará de sus propias correcciones y podrá hacer su trabajo más eficaz y rápidamente. Esta familiarización también es doble: inicialmente, el corrector debe conocer tan profundamente como pueda el manual de la casa con la que trabaja, para estar seguro de que domina los criterios editoriales que dan uniformidad e imagen a un libro, a una colección, a un departamento de publicaciones, a una casa editorial comercial. Es cierto que la frecuente rotación de personal de casi todas las editoriales y la necesidad de múltiples empleos de los *freelancers* dificultan cada vez más que un individuo conozca en su totalidad uno o, más difícilmente, varios manuales de estilo. Sin embargo, también es verdad que en el campo de las ciencias sociales estos manuales suelen tener fluctuaciones mínimas, y el corrector experimentado sabe en qué áreas pueden presentarse esas diferencias; así, el problema de trabajar simultáneamente para varios patrones se resuelve (aunque de modo parcial), con la consulta previa de esas áreas problemáticas.

Con lo anterior me refiero, por ejemplo, a verificar de antemano si en tal o cual casa editorial para la que se trabaja, en el sintagma “Ciudad de México” se utiliza la primera palabra con alta o baja inicial, si se juntan o se separan palabras como “enseguida/en seguida” y “así mismo/asimismo”, si se conservan los acentos en los demostrativos o se acatan las nuevas reglas de la RAE, si se desatan los “etcétera” dentro del párrafo o sólo si ocurren al final de éste, si se sigue un criterio de puntuación restringida o desplegada... En fin, una serie de minucias que suelen variar de manual en manual y que, juntas, constituyen una manera de expresar la personalidad de la editorial.

La segunda familiaridad a la que debe aspirar el corrector es a la del área de conocimiento en la que esté inmerso. Los textos de derecho, por ejemplo, tienen un sistema de citación particular, para el que se recomienda tener a la mano un manual autorizado en la materia, como podría ser en este caso el *Bluebook Uniform System Citation*, de Har-



vard. En esta área habrá que considerar, por citar algunos ejemplos básicos, cómo se cita la jurisprudencia, si se abrevian o no palabras como “artículo”, si los sinónimos de las constituciones van con altas iniciales, etc. El inconveniente principal de este manual es que toda su información está en inglés, y haría falta unificar criterios para su traducción al español. Una manera de evitar estos problemas, en el caso de México, es utilizar los datos que requieren los sistemas o bases de datos de la Suprema Corte de Justicia, de manera que las tesis jurisprudenciales puedan recuperarse, pues, al final, ése es el propósito de las referencias.

A mayor familiaridad con el área de conocimiento, más confiable será el trabajo de enmienda y limpieza, y el corrector trabajará con más seguridad, rapidez y satisfacción. Vale la pena poner el hipotético ejemplo del corrector que, diestro en el manejo de textos literarios, se enfrenta por primera vez a un texto de ciencias sociales y, en su afán de privilegiar la faceta estética del lenguaje, cambia vocabulario sin tomar en cuenta que esas palabras “indeseables” pueden ser parte de una jerga especializada particular. Por mencionar un par de casos, la palabra “rol” para describir la función o el papel de un individuo en un grupo es casi inaceptable en literatura, pero inamovible

*No hay que confundir
las reglas gramaticales
con las normas
editoriales.*

*¿Quiénes acatan
las nuevas reglas
ortográficas de la Real
Academia de la Lengua
Española?*

*Lo que afirme un autor
y su manera de decirlo
es responsabilidad suya.*

*Ayudemos a que se
entienda con claridad.*

en psicología o en sociología. La palabra “implementar”, de reciente ingreso al *DRAE*, es repudiada en algunas disciplinas, pero es incluso el título de libros y de asignaturas en materia de políticas públicas. Un corrector purista que, como Álex Grijelmo, quisiera defender apasionadamente la lengua española, correría el riesgo de confundir a quienes se dedican a las disciplinas en las que esas palabras tienen un sentido cabal y reconocido.

En general, una buena práctica de corrección en este caso (en todos, sea literatura, sea medicina) es establecer con claridad y precisión los criterios editoriales más convenientes (por lógicos y económicos) a los que se atenderá toda la cadena editorial, idealmente desde el autor, hasta el lector de pruebas.

Además, el corrector debe recordar en todo momento que está interviniendo un texto ajeno que, cuando se publique, ostentará el nombre del autor, y a éste corresponderán el prestigio o el descrédito. Con esto quiero subrayar el respeto que todo corrector debe a las palabras, las preferencias y las manías del autor (siempre que éstas no traicionen su pensamiento o no impidan la comunicación). Por citar un par de ejemplos sencillos, me parece que todo



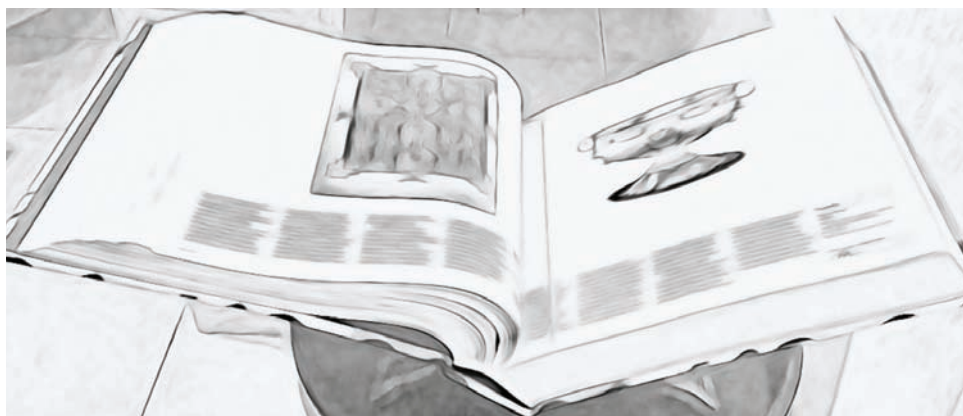
corrector respetable debe, sin duda, eliminar los solecismos como “jugar un papel” o “en base a”, pero no habrá de molestarse en modificar los plurales mayestáticos, aunque le parezcan anticuados, cursis o hipócritas, si la voluntad del autor es que sus intervenciones aparezcan en plural.

Otra mala práctica de algunos correctores es pensar que su trabajo se mide en la tinta gastada durante una jornada. Hay autores muy prolijos que entregan manuscritos casi perfectos, a los que sólo hace falta enmendar, de vez en cuando, algunos errores mecanográficos mínimos. Esto puede provocar en algunos correctores la ansiedad de sentirse innecesarios, que se compensa con la tentación de corregir lo que ya estaba bien en el original. El resultado es una serie de cambios caprichosos en el vocabulario, en el uso de tiempos verbales, en la sintaxis o en cualquier otro de los componentes del discurso, lo que lleva a la deformación del estilo original, sin que hubiera necesidad de alteración alguna. Cuando el corrector es incapaz de trabajar sin imponer su estilo o de pontificar sobre la pertinencia de sus elecciones lingüísticas, ha llegado el momento de que ese corrector renuncie a su trabajo y se convierta en autor de sus propios textos.

Por otro lado, una responsabilidad primordial de todo corrector, no sólo de quien se dedica a las ciencias sociales, es distinguir si un problema en particular es su responsabilidad o si tiene que consultar al autor para aclarar el sentido de lo que se va a publicar. En la convivencia cotidiana con colegas más inexpertos que yo, he encontrado, en textos que se ocupan de investigaciones históricas, anotaciones marginales irresueltas como “¿‘antiguo’ no debería llevar diéresis?”, o “preguntar al autor si ‘esposica’ debe ir en cursivas o resaltada de algún modo, por ser neologismo”, cuando una búsqueda rápida en el diccionario podría haber resuelto lo primero, mientras que el diminutivo andaluz de “esposa” podría haberse deducido simplemente de una lectura atenta del texto que se estaba corrigiendo. En ambos casos, el corrector debería haber sido capaz de solucionar sus dudas sin necesidad de enviar notas al editor de contenido

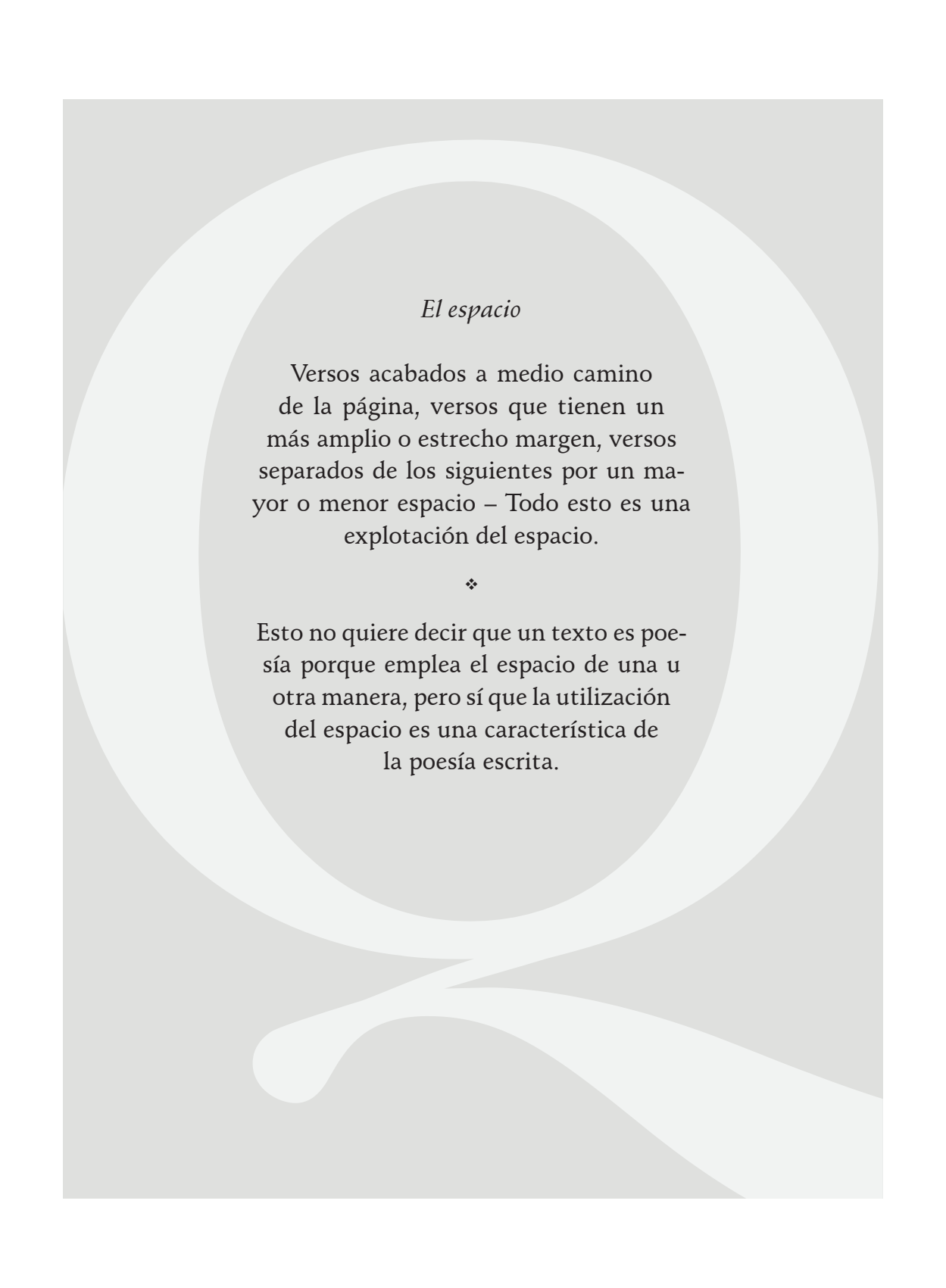
Hay autores muy prolijos que entregan manuscritos casi perfectos, a los que sólo hace falta enmendar, de vez en cuando, algunos errores mecanográficos mínimos.

El corrector debe aplicar la duda sistemática, empezando por sus propios conocimientos; debe estar dispuesto a cuestionar lo escrito, a no dar por hecho nada y a investigar lo que ignora.



y, mucho menos, de consultar al autor. Y no se trata aquí de suponer que el autor es un ente inalcanzable, sino de reducir tiempos en los procesos editoriales básicos.

Por último, me permito citar un par de fuentes que considero referencias obligatorias al corregir este tipo de textos, cuya consulta y difusión puede contribuir a la construcción de una autoridad en este campo: Mauricio López Valdés, *Guía de estilo editorial para obras académicas*, México, Ediciones el Ermitaño-Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la UNAM, 2009, y Susana Rodríguez-Vida, *Curso práctico de corrección de estilo*, Barcelona, Octaedro, 1999.



El espacio

Versos acabados a medio camino de la página, versos que tienen un más amplio o estrecho margen, versos separados de los siguientes por un mayor o menor espacio – Todo esto es una explotación del espacio.



Esto no quiere decir que un texto es poesía porque emplea el espacio de una u otra manera, pero sí que la utilización del espacio es una característica de la poesía escrita.

La misión del librero en el siglo xxi*

La voz *librero* se usa para referirse a una persona y a un mueble. El mueble está compuesto de estanterías para libros y suele estar hecho de madera. La persona debe tener, como se dice, buena madera: ser persona atenta hacia el otro e individuo conocedor del libro y de su mundo.

El librero ha tenido a lo largo de la historia una doble figura: la de noble benefactor y la de comerciante, no siempre honesto. Ya en Cervantes y en Quevedo encontramos esta imagen adversa. Una de las *Novelas ejemplares*, la de “El licenciado Vidriera”, retoma el tema clásico del librero deshonesto que engaña al autor vendiendo más ejemplares de los permitidos. Quevedo también aborda el asunto: “Y es verdad Dios que yo siempre lo sospeché, porque era su tienda el burdel de los libros, pues todos los cuerpos que tenía eran de gente de la vida, escandalosos y burlones”, y sigue así lamentándose.

Cuando se escuchan las trompetas apocalípticas que anuncian el fin de la humanidad y de la vida en el planeta, no se suele reflexionar en lo que esto realmente significa o puede significar. Sin embargo, quisiera detenerme en el

Antecedentes

La misión del librero a principios del siglo xxi

* Discurso pronunciado en la clausura del XVI Congreso de Libreros Mexicanos y del IV Congreso Iberoamericano de Libreros organizados por el Instituto de Desarrollo Profesional para Libreros y el Cerlalc, en Morelia, Michoacán.



hecho de que si el fin de las historias nacionales y regionales es algo ya consumado por el inicio de esta envolvente era global regida por lo impredecible y por el llamado efecto mariposa —que es ubicuo por definición—, estos inicios que vivimos irradian una lección generalizada: todo está cambiando y todo está en proceso de transformación; el mundo del libro no es ajeno a este cambio. El libro, es cierto, no ha desaparecido, pero sí ha visto alterado su lugar central en el universo de la comunicación y ha sido objeto de una revolución como la astronómica de Copérnico, que puso al sol fuera del centro de la creación

convirtiéndolo en apenas un astro más. Al libro le ha sucedido algo semejante: ya no está en el centro del sistema de la comunicación. Tanto en el bolsillo como en la mente, tiene muchos competidores: televisión, videojuegos, prensa por internet, nuevos sistemas de distribución, etc. Vamos aprendiendo que lo que parece perdurable y permanente puede ser efímero y, al revés, lo efímero, permanente. Quienes advierten, aunque sea un poco, esta situación, ven despierta su inteligencia y su responsabilidad, sobre todo cuando se vive en un país como México y se dedica uno al libro cuyo entorno y entraña se encuentran ahora mismo en proceso de transformación. En ese paisaje, en ese horizonte, la frase “la misión del librero” cubre un significado profundo y comprometedor. Cuando Ortega y Gasset hablaba de “la misión del bibliotecario” como un agente esencial de la construcción de la sociedad y de la

comunicación de la ciudad (*polis*) con la ciudad del saber, estaba valorando el papel práctico y docente, pragmático y didáctico de esos especialistas de la no especialización que son los bibliotecarios y hacía hincapié en la necesidad de fortalecer su juicio, su criterio, sus valores.

El librero tiene posiblemente una misión, pero ya no es como la del bibliotecario que pone en comunicación a los especialistas de cada saber. En el librero, además de tener algo de bibliotecario, se activa la dimensión del mercado, del público que expresa sus gustos y preferencias por medio del intercambio económico. Aunque el mundo esté cada vez más globalizado y uniformado, el librero —quizá más que nadie— está o ha de estar consciente del momento —en el sentido de la teoría física— en que vive y de las fuerzas que arman, conforman, impulsan, sostienen y contrarrestan esa encrucijada de tiempo y espacio que le ha tocado vivir. Aquí debe decirse que no se puede olvidar que estamos en México, no sólo en un país-frontera, sino que ha sabido hacer, en términos culturales y sociales, de la frontera un espacio político y cultural.

Esto tiene, desde luego, consecuencias en el ámbito del libro en el país y del posible significado de la expresión “la misión del librero a principios del siglo XXI”. Quien dice frontera dice convivencia, y quizás el sello característico de muchas prácticas culturales y educativas entre nosotros sea precisamente la diversidad promiscua —porosa— de actores y conductas, la heterogeneidad de factores —modernísimos unos y arcaicos los otros— que obligan a ese anfibio de intelectual y comerciante que es el librero a encontrar una posición maleable capaz de conciliar unos y otros ingredientes. Esa maleabilidad es, puede y debe ser sinónimo de capacidad de adaptación para ir satisfaciendo las demandas del mercado del cual el libro es autor y artífice, agente y paciente. Vivir en un país-frontera como el nuestro obliga a los ciudadanos a ser ellos mismos un poco o un mucho como una frontera: somos naturalmente anfibios, impuros, multiculturales, y el reconocimiento de esta diversidad, de esta pluralidad, es quizás una de las

*El libro no ha
desaparecido, pero
sí ha visto alterado
su lugar central
en el universo
de la comunicación
y ha sido objeto
de una revolución como
la astronómica de
Copérnico.*

*Aunque el mundo
esté cada vez más
globalizado, el librero ha
de estar consciente de las
fuerzas que conforman
y contrarrestan esa
encrucijada de tiempo y
espacio que le ha tocado
vivir.*

claves de la vitalidad de la cultura mexicana, de la cual el libro es agente y estandarte.

En un país como México, el librero puede ser muchas cosas: comerciante, empresario, consejero, maestro, mediador, constructor de espacios, vendedor de discos o de artesanías, actor, animador, vendedor de revistas, comunicador y publicista. No debe, no puede olvidar que es ante todo librero y que se debe ante todo al libro y a la comunidad en que éste se inscribe.

Se dice que en este país se lee poco, pero ese decir, creo, debe ser relativizado por los números duros de la producción de periódicos, revistas y, desde luego, libros —por los números duros de la piratería que, si es negocio, quiere decir que la gente lee más de lo que se admite y que se las arregla como puede a espaldas de los libreros.

A esos números hay que añadir otros: las cifras de la importación de textos tanto como los de la exportación. En todo ello debe haber una regla de oro: el equilibrio, la proporción, la armonía entre ganancia y pérdida, entre esfuerzo y recompensa, el “momento”, en el sentido de la física o sea en el encuentro de fuerzas, en el encuentro entre palabra y acción, entre palabra y silencio. De todo esto somos responsables. Para todo esto debemos tener inteligencia, es decir *ganas* de entretener —de producir y de hacer perdurar y sobrevivir el tejido social de que somos prenda y juicio—. La misión del librero en México a principios del siglo XXI está, en mis ojos, en el reconocimiento honrado y crítico de esas condiciones.

*En México, el librero
puede ser muchas
cosas: comerciante,
empresario, consejero,
maestro, mediador,
constructor de espacios,
vendedor de discos o
de artesanías, actor,
animador, comunicador
y publicista.*

Familias del librero

En el panorama librero actual, distingo cuatro familias: 1) el librero individual, 2) el librero burócrata, 3) el librero corporativo, 4) el librero virtual. Estas cuatro familias se alimentan de distribuidores, editores, impresoras, importadores, etc. 1) El primer tipo, el que corresponde al librero individual, es desde luego el más emblemático y el más arriesgado. 2) Dentro del segundo caben tanto el funcionario que lleva muy bien puesta la camiseta y trabaja de

“sol a foco”, como el burócrata sindicalizado a quien le importa poco todo lo que no sea pitanza, sueño, faldas y fútbol. 3) El librero corporativo tiene afinidades con el librero individual, pero debe por fuerza tener una visión más amplia y empresarial. 4) El librero virtual tiende a ser más bien una figura colectiva.

El librero no está aislado: pertenece a una cadena y se inscribe en un paisaje. El librero no vende cualquier cosa: vende libros, y cada libro, cada tipo de libro presupone una clientela, dibuja un trecho de mercado.

Habría un quinto tipo de librero, si es que no se asimila a alguno de los otros: me refiero al humilde (a veces no tanto) vendedor de periódicos y de revistas que es cada vez más un distribuidor de libros y enciclopedias al que ni como cliente ni competidor se puede descartar.

El librero de oficio y vocación es una muy *rara avis*, un pájaro raro. No todos los que están cerca de una estantería llena de libros impresos son dignos del nombre de librero. Y hay libreros y libreros.

a) El librero-editor, como Manuel Porrúa y Miguel Ángel Porrúa, tiene taller y tienda, biblioteca, librería y, a ve-

El librero no vende cualquier cosa: vende libros, y cada libro encierra el espíritu de un autor y habrá de darlo a conocer a una clientela específica; su labor va más allá del mero negocio, también comparte conocimientos.



*Hay libreros-editores,
libreros-anticuarios,
libreros de línea y de
libros de texto, también
los hay institucionales.
Y no todos los que están
cerca de una estantería
llena de libros impresos
son dignos del nombre.*

*Un librero debe saber
muy bien qué dicen los
libros, cuánto pesan,
cuánto miden, cuánto
cuestan, cuánto espacio
ocupan, a qué clientes
van dirigidos y quiénes
los producen.*

- ces, tertulia. Puede ser un bibliófilo capaz de apreciar *El Quijote* de Cuesta o las *Décadas* de Herrera. Don Manuel en su librería de 5 de Mayo se rodeó de escritores e historiadores como Andrés Henestrosa, Arturo Arnaiz y Freg, Óscar Castañeda o Jesús Castañón.
- b) El librero-anticuario o librero de viejo. Compra libros por kilo y tonelada y los vende a precio de oro y de quilate. Debe estar muy bien organizado para saber qué tiene y qué vende. Ubaldo López es el fundador de esa dinastía que representan dignamente sus hijos Mercurio y Selva, dueños de algunas de las librerías de viejo que se encuentran en la calle de Donceles y de otras. Luego ha seguido gente más joven, como Agustín Jiménez, De la Torre de Lulio. Alrededor están aquellos libreros que no tienen puesto, pero que en cambio sí saben dónde está el cliente.
 - c) El librero de línea o de libro nuevo y de texto. Sólo vende lo que le compran; sólo compra lo que le venden.
 - d) El librero institucional: es el más sufrido de todos, pues tiene que dar la cara por los libros de la institución que no tiene o que no le llegan o responder por los libros del departamento de junto que no le surten a él. También tiene que responder por los libros discontinuados.

*

En México ser librero en serio —como tomarse en serio casi cualquier cosa— es tener vocación de héroe o de santo. Los prestigios y oropeles del oficio no bastan para comer. Los llamados *best-sellers* no siempre se venden —y eso lo sabe muy bien el librero—. “El hombre es un príncipe cuando sueña y un pordiosero cuando trata de actuar y dar realidad a sus sueños.” Esto es algo que sabe muy bien un librero que, además de leer los libros, tiene que saber cuánto pesan, cuánto miden, cuánto cuestan, cuánto espacio ocupan, a qué clientes van dirigidos y quiénes los producen. A quiénes hay que

dar cuenta por vender los libros. Además de eso, tiene que estar preparado para ser adivino del cliente que no recuerda ni el autor ni la editorial y apenas —si acaso— vagamente el título. Debe tener, como escribe Gabriel Zaid en *Adivinos y libreros*, paciencia para responder por centésima vez en el día que no se venden ahí libros de texto o libros en inglés.

Astucia y buen ojo para detectar al primer movimiento al cliente ladrón o al empleado bobo. Debe, por supuesto, ser educado, civilizado, tener buen oído y buen ojo para recordar nombres, caras, títulos, portadas, tramas y temas. Debe tener todo eso, pero también sentido del humor; debe saber, desde luego, convivir con clientes y proveedores sin perder en el camino el sentido del humor, el sentido de las propuestas, pues un librero debe saber, además de cómo saber, saber reír y hacer reír, saber escuchar al libro y al que lo compra.

Así pues, ser librero es un oficio arriesgado y heroico, y tan delicado como el del médico, el sacerdote o el boticario, quienes suelen saber los secretos y vergüenzas en clave de sus clientes.

Es cierto que el oficio ha conocido mucho, pero la librería sigue siendo un espacio que mide su valor por la diversidad. Sorpresas, riquezas y cosas previsibles que guarda.

El buen librero sabe que el espacio que ocupa ha de ser dinámico y que hay que cambiar de tiempo en tiempo la mercancía de lugar para despertar un poco el ojo o la mirada del cliente. La conciencia del espacio es, para el libro, algo más que necesario: por dónde entra, por dónde sale, por dónde paga, en dónde puede detenerse a descansar el cliente. Esto imprime en el librero algo de urbanista y de arquitecto.

*El buen librero conjuga
en una misma persona
al héroe y al santo, al
príncipe y al
pordiosero, al lector
y al comerciante, al
adivino y al sabio, al
detective y al maestro,
al conversador y al
humorista.*

Una de las fantasías que suele tener un escritor es la de poner una editorial o una librería, fantasía parecida a la del glotón o *gourmet* al que de pronto lo asalta el sueño de poner un restaurante. Estas fantasías forman parte del impulso humano de querer ser otro o, como decía Baude-

La misión del librero

laire: la humanidad se puede comparar con un pabellón de enfermos donde cada uno se imagina que estaría mejor con la enfermedad del otro.

Pero el hecho real es que hay libreros, que ser librero es más que un oficio como profesión y, en algunos casos, una vocación. Como en todo, hay libreros y libreros, zapateros y zapatos: hay quienes pertenecen a la infantería, a la intendencia y quienes están en el alto mando.

Conozco a algunos libreros, soy amigo de varios y la figura del librero cobra en algunos casos una silueta angélica. En un cuento breve que escribí hace muchos años, se evoca a un librero de viejo de La Lagunilla. Helo aquí.

El vendedor¹

*Los que venden libros en los puestos
abiertos saben de unos señores que meten
tanto la cabeza entre los libros que llegan
a parecer una portada más del conjunto.*

Ramón Gómez de la Serna

El librero de viejo —admitámoslo— no es una especie aparte de la humana. Dista de ser un buen hombre —oficinista o padre de familia— que cada siete días muda algunas cajas de un lugar a otro desperezado por la vaga promesa de un comercio que lo equilibre en la cuerda floja del presupuesto. Este individuo tiene tratos singularísimos con los libros y reduce las vanguardias a su genuina y trasnochada proporción. De sobra conoce la reverencia servil de los hombres por las encuadernaciones en cuero y los colofones abombados. Esos sarcófagos, esos capullos humanos que son las bibliotecas particulares llegan a él para irse dispersando con ritmo equinoccial entre las nuevas y olvidadizas manos de una oscura juventud. Es sabido que muchos libros pasan por este medio de generación en generación y que, como las

¹ Adolfo Castañón, “El vendedor”, en *El pabellón de la límpida soledad*, México, Ediciones del Equilibrista, 1988.

almas se bañan en el Leteo, cada cincuenta años ellos salen a tomar el aire lagunillero entre una y otra residencia, entre cada nueva encarnación en una colección particular. Por lo demás, el librero de viejo, al igual que cualquier otra especie zoológica, crece y muere según un estricto ciclo. Cuando es joven y animoso, tiende un puesto de precios altaneros que nadie le hará rebajar. Con todo, a fuerza de tomar el sol y el polvo de los domingos, termina por entrar en razón y accede, no sin reticencias, al regateo. Paulatinamente, se familiariza con la economía de esta práctica que participa del baile y de la esgrima y que es en realidad un ejercicio de seducción al cual prácticamente ningún comprador resulta inmune. Sabe por intuición que las ciudades de los difuntos acabarán malbaratándole los libros que ellos compraban con rezongos y regateos. La perseverancia en su comercio lo ablanda sin hacerlo renunciar a ese aire roedor que lo distingue de otros gremios: los ojillos inquietos, los bigotes, las antenas hipersensibles para atinar al libro raro y olfatear el precio a que puede llegar el cliente, la venerable obesidad del que no ignora que los gordos son los benefactores secretos de la humanidad. Un buen día, pasados los años y los libros, las viudas y el polvo, descubrirá ante el espejo que los seres humanos no sólo tienen alma de papel. También, a veces, como en su caso, la piel se les apergamina, amarilla como una página expuesta al sol; los ojos antes vivos se van apagando como los colores de una revista antigua, sueltan lágrimas que se cristalizan en un polvillo legñoso similar a la cola reseca de las encuadernaciones baratas, la memoria se desencuaderna y se confunden los recuerdos. A veces con alguna dignidad, a veces en aceptarlo del todo, se va preparando para el último remate. Se fuma un cigarro a escondidas de su mujer que lo vigila y una mañana rescata de una caja de cartón un modesto lote de libros antiguos que lo han acompañado y que son en verdad su único secreto, la última avaricia que lo retiene en el tendido. Le angustia no encontrar al cliente adecuado y, cuando por fin logra venderlos a quien los aprecia, respira aliviado. De entre el montón, los ángeles elegirán algunas almas raras y

*El librero de viejo,
al igual que cualquier
otra especie zoológica,
crece y muere según
un estricto ciclo.*

*El regateo participa
del baile y de la
esgrima; es en realidad
un ejercicio de seducción.*

*Pasados los años
y los libros, la memoria
se desencuaderna y se
confunden los recuerdos.*

se las llevarán contentos bajo el brazo. Nadie ignora que al morir los hombres virtuosos suben al cielo transformados en libros.

Las antiguas librerías

Mi padre me llevó por primera vez a una librería; recuerdo tres: la librería de don Rafael Porrúa en la esquina —ahora inexistente— de Guatemala y Argentina. Don Rafael y su hermano llevaban esa librería, que a mí me parecía enorme, donde convivían libros viejos y libros, muchos libros, nuevos, que se iban haciendo viejos: de esa casa salieron los libritos de la serie “México y lo mexicano” que se publicó a principio de los años cincuenta: Alfonso Reyes, *La X en la frente*; Leopoldo Zea, Mariano Picón-Salas, María Elvira Bermúdez, César Garizurieta —el autor de la frase “Vivir fuera del presupuesto, es vivir en el error”.

La segunda librería que recuerdo es la inmensa Librería Zaplana atendida por los Zaplana y por don Fernando Villanueva, un poco parecida en su calculado desorden a las mesas y bancos de la librería El Sótano, que primero estuvo en avenida Juárez. Había otros lugares donde se podían adquirir libros de segunda mano, como el mercado de La Lagunilla. Ese espacio al aire libre que se pone los domingos cerca de Tlatelolco. *El Chacharitas*, *Don Ubaldo*, *Don Amado* y el licenciado Fernando Rodríguez se distinguían de los libreros de nuevo por su idioma (más picaresco) y su apariencia (menos severa).

Me tocó conocer la Librería de Cristal, que era en efecto de cristal y estaba en la Alameda, la Librería Francesa, que estaba junto al edificio de *Excélsior*, la Británica —próxima al monumento a la Madre— y luego en Serapio Rendón, la Italiana en la plaza Río de Janeiro. Siempre —así me parece— hubo librerías en la ciudad de México para todos los gustos: librerías de libros de texto, de libros de leyes —todavía hay varias—, de libros esotéricos: la legendaria Yug, que tenía casi todo el fondo de la editorial Kier o la gran Librería Parroquial, que se encuentra cerca de Azcapotzalco, por la glorieta de Clavería. Los libros y

*Siempre hubo librerías
en la ciudad de México
para todos los gustos:
de libros de texto, de
libros de leyes, de libros
esotéricos, parroquiales,
en inglés...*

revistas en inglés había que ir a buscarlos hasta las Lomas, aún existente *Libros, labros, libros*, en Monte Ararat.

Cada una de estas librerías tenía su clientela, sus visitantes asiduos y esporádicos. No siempre se le permitía al lector entrar a ver y tocar los libros. Los hermanos Zaplana y luego Gandhi abrieron la posibilidad de que la gente conviviera en la librería con los fondos editoriales, y sólo sería hasta hace muy poco que los libreros se decidirían a poner sillones y sillas para comodidad de los lectores.

¿Tiene una misión? ¿Será la de hacer en lo posible felices a los demás y sabios por vía del conocimiento encarnado en el libro? El librero sería un custodio del libro. El libro, como se sabe, es, además de un objeto edificante, un agente subversivo que encierra en sus páginas subversión y memoria, seducción, deseo, experiencia de lo otro. Por eso el librero ha sido a lo largo de la historia una suerte de agente sedicioso, de conjurado y de conspirador, como lo fueron los libreros y editores en la Revolución francesa, en la Independencia o aun en la Revolución mexicana.

Por artesanal que pueda ser su oficio, el librero es en realidad el vendedor o mediador de un objeto industrial. El libro fue uno de los primeros objetos producidos por la Revolución industrial y su existencia entra de lleno en lo que Walter Benjamin ha llamado la “era de la reproducción técnica”. La distribución del libro es cosa muy sofisticada y tecnificada: no hablo ni siquiera del libro electrónico, sino de la industria tradicional cuyo desarrollo no ha sido ajeno a la evolución y la tecnología. Así vemos, por ejemplo, que es muy rara ya la librería que no cuenta con aparatos electrónicos de comunicación, así sólo sea para llevar los inventarios y aplicar los cobros. Esto implica una capacitación, una enseñanza ad hoc de la cual no se puede prescindir. A su vez, esta enseñanza presupone una disposición para recibirla, un deseo, unas ganas. Toco un punto incómodo: el deseo de trabajar, el deseo de participar de algún modo en el mundo del libro. No siempre se tiene y no sólo eso. No

El librero, el vendedor de libros

La distribución del libro es cosa muy sofisticada y tecnificada: no hablo ni siquiera del libro electrónico, sino de la industria tradicional cuyo desarrollo no ha sido ajeno a la evolución y la tecnología.

siempre se está consciente de que se tienen o no esos deseos. Tampoco se admite siempre que incluso el oficio, en apariencia modesto, de atender a un cliente o atender una caja de cobro impone un conocimiento. ¡Cuántas veces no he ido a una librería a pedir un libro que se me decía que no estaba cuando ahí se encontraba! Otro dato impertinente: el librero debe saber leer y saber escribir, saber expresarse y saber —no encuentro otra expresión— *situarse*, saber dónde está, qué hora es, qué día es...

*El librero, desde luego,
debe tener memoria y
retentiva, pero también
debe saber olvidar las
novedades del año
pasado, los números
y los temas caducos, y
por poco que tenga
responsabilidad ha de
estar atento a lo que
viene, a lo que está por
llegar y advenir.*

Un librero no puede no leer el periódico, no puede ser ajeno a lo que va diciendo el mundo a través de la prensa. No sólo debe ir vestido correctamente en la apariencia exterior: también debe estarlo interiormente y saber de qué le hablan cuando se le menciona un tema o un autor. Todo esto puede sonar muy elemental, pero el mundo en que vivimos tiende a ser elemental cada día, más complejo, y cada día más elemental, cada día más violento y más frío y también más olvidadizo. El librero, desde luego, debe tener memoria y retentiva, pero también debe saber olvidar las novedades del año pasado, los números y los temas caducos, y por poco que tenga responsabilidad ha de estar atento a lo que viene, a lo que está por llegar y advenir. Tiene, pues, el librero que tener olfato y también sensibilidad para recordar a su cliente, su mercado, a su familia, a su tribu. El librero, en algunos negocios, se desdobra en disquero o disquera. Es él quien sabe qué le van a pedir y el que sabe distinguir a un cliente de otro, al cliente que traerá detrás a otros buscando lo mismo, y siempre estará la suerte de por medio, pues aun entre los libreros se puede decir que unos nacen con estrella y otros nacen estrellados.

Paradigma digital y nuevos modelos de negocio para el libro*

Nos encontramos sin duda en una compleja época de transición en la que aún conviven múltiples soportes de eso que llamamos “libro”. Podemos, sin duda, esbozar diversos escenarios viables que permitirán que quienes nos dedicamos al libro sigamos viviendo de él. No obstante, a diferencia de los siglos anteriores, hoy no hay certidumbre porque las variables son muchas.

Quizá primero habría que segmentar el mercado del libro. No es lo mismo vislumbrar el futuro para el libro técnico que para el científico, para el de texto que para el literario, por mencionar algunos. El libro de texto, por ejemplo, ha comenzado a migrar hacia los soportes electrónicos. Es más útil, fácilmente actualizable, puede ser mucho más didáctico al incorporar elementos interactivos y, sobre todo, infinitamente más económico.

Muestra de esto es lo que hace Apple con su proyecto de iTunes U. En mi opinión, la migración del libro de texto de



* Texto leído en el Congreso de Libreros Mexicanos (Colime 18), el 23 de marzo de 2012, en Puebla.

Cuando el libro de texto pase del soporte de papel al electrónico, el mercado entero se volcará hacia los nuevos dispositivos y hacia las nuevas formas de generar y divulgar contenidos.

La adopción masiva de los dispositivos electrónicos de lectura dependerá de que bajen de precio sustancialmente y de que el gobierno impulse políticas públicas que propicien su uso tanto en el ámbito educativo como cultural.

todos los niveles, particularmente en preescolar, primaria y secundaria, revolucionará no sólo la educación, sino también la manera de concebir, producir y distribuir los libros. Cuando el libro de texto pase del soporte de papel al electrónico, el mercado entero se volcará hacia los nuevos dispositivos y hacia las nuevas formas de generar y divulgar contenidos.

Los estudiantes armados de iPads, Kindles, o cualquier otro dispositivo electrónico interactivo, se convertirán en usuarios que preferirán, generacional y progresivamente, los contenidos en formatos digitales a los que se ofrecen en papel. Eso influirá en toda la cadena inevitablemente. La renovación generacional sólo toma unos cuantos lustros. De allí que podamos intuir que dicho cambio tendrá lugar en relativamente pocos años.

No obstante, al ser una época de transición, habrá que satisfacer necesidades muy diversas. La crisis histórica de la industria editorial basada en papel se convertirá, o más bien ya se convirtió, en una gran oportunidad. Oportunidad que sólo podrán aprovechar, a la larga, entidades flexibles, rápidamente adaptables a circunstancias nuevas y cambiantes. Porque si bien globalmente el movimiento hacia lo digital es una tendencia, me atrevería a decir, irreversible, la velocidad a la que se darán los cambios variará en cada país.

Algunos países ya están abrazando proactivamente el cambio. Ése es un elemento importante que hay que considerar. Nada podría ser más nefasto que el desarrollo de políticas proteccionistas para una industria editorial anquilosada y aferrada al viejo soporte. Sin embargo, es algo que se dará indudablemente en algunas regiones. En México, intuyo que los cambios se darán progresivamente, dependiendo de diversos factores. Es decir, la adopción masiva de los dispositivos electrónicos de lectura dependerá, por un lado, de que bajen de precio sustancialmente y, por el otro, de que el gobierno impulse políticas públicas que propicien su uso tanto en el ámbito educativo como cultural (en las bibliotecas o como sustituto de éstas, por ejemplo). Mientras eso ocurre, se tendrá que seguir satisfaciendo las múltiples necesidades de la población. Y esa satisfacción

tendrá que darse, primordialmente, en el soporte de papel por lo pronto.

Sería, sin embargo, un grave error confiar en que la continuidad del negocio actual sea perenne. Ya hemos visto numerosos ejemplos históricos recientes de cómo una equivocada apreciación de las tendencias puede conducir al fracaso comercial y a la quiebra de grandes corporaciones.

El ejemplo más reciente quizá sea el de Kodak, inventor de la fotografía digital que no previó la rapidez con que la fotografía analógica perdería terreno ante las nuevas tecnologías. La consecuencia fue que otros actores de la industria fotográfica, como Canon, Nikon, Fuji, etc., se comieron el emergente mercado al que le apostaron, de tal suerte que cuando Kodak volvió la vista, ya había perdido un terreno prácticamente irrecuperable. Lo mismo puede pasar con la industria editorial.

El gran negocio de hoy puede dejar de serlo en pocos años. La tecnología se abarata rápidamente. Hoy prácticamente cualquier consumidor puede adquirir una cámara fotográfica digital. Es decir, cualquiera que habría adquirido antes una analógica.

En el terreno editorial, las grandes corporaciones de la tecnología de la información se están comiendo el mercado. Amazon, Apple, Google lideran los cambios a los que los editores tradicionales tendrán que plegarse. Pero no sólo los editores, toda la cadena del libro, incluyendo distribuidores, libreros y promotores. Que no nos sorprenda si en poco tiempo esos gigantes devoran lo que hoy constituye la gran industria editorial del mundo. Quedarán, si acaso, los proyectos independientes que tienen grandes oportunidades de consolidación, si bien son más vulnerables que nunca ante su falta de profesionalización.

*

Trabajar para el presente con miras estratégicas hacia el futuro pareciera la gran lección de estos últimos años. Aprovechar el presente implica un amplio conocimiento



Kodak, inventor de la fotografía digital, no previó la rapidez con que la fotografía analógica perdería terreno ante las nuevas tecnologías.

de los recursos disponibles. Por ejemplo, la empresa donde trabajo, Solar, brinda hoy servicios editoriales integrales que van desde la revisión de originales, pasando por el diseño, la tipografía y formación, hasta la impresión y encuadernación en tiros convencionales y particularmente tiros cortos. Pero cada vez más entidades nos solicitan presupuestos para la producción de ePubs y libros interactivos.

El uso de la impresión digital, la comprensión de las ventajas y del potencial de la producción de libros en tiros cortos de sólo 100 ejemplares, por ejemplo, va en aumento. Se trata de una curva ascendente que levantó vuelo particularmente desde el 2010 en adelante. En conversaciones con colegas del medio, coincidíamos en prever que el uso de la impresión digital mantendrá una curva ascendente a lo largo de los próximos cinco a siete años, probablemente, para luego decaer lentamente. Hay quienes le apuestan a las máquinas productoras de libros bajo demanda de un solo ejemplar, es decir, máquinas productoras y expendedoras de libros en los puntos de venta. Es algo similar a lo que ocurre ya con los *Photobooks* o álbumes fotográficos. Para todo hay mercado hoy en día. Pero un mercado relativamente efímero en mi opinión.

*



El gran tema de este Congreso pone de manifiesto la enorme preocupación en torno al cambio que se está dando. Sin embargo, una cosa es la preocupación y otra la capacidad real de hacerle frente a los retos. Los editores son conservadores por naturaleza, lo mismo que los demás componentes de la cadena que hacen llegar la palabra del autor al lector. Cuando introduje, a finales de 1994, la impresión digital para la producción de libros, en el medio se dijo por mucho tiempo que lo que ofrecíamos era la solución a un problema inexistente. Tardamos más de diez años en lograr que segmentos de la industria comenzaran a percatarse de las ventajas de esas nuevas tecnologías que hoy, 18 años después, finalmente gozan de reconocimiento y son cada vez más utilizadas. Pero el paradigma de cambio al que

hoy nos enfrentamos es distinto y... mucho más rápido. En esta ocasión, la existencia o subsistencia de la propia industria está, sin lugar a dudas, en riesgo.

Sobre el libro electrónico y sus implicaciones hablábamos, especulábamos, hace ya más de 30 años, por ejemplo en los primeros seminarios para la formación de editores que impulsé con diversas entidades, como el Fondo de Cultura Económica y el Instituto Nacional de Bellas Artes. Imagínense el desdén con que la idea misma era recibida. Y sí, uno y otro intento por ofrecer alternativas al libro con soporte de papel nomás no cuajaban.

La situación es hoy distinta. El Kindle de Amazon dio un vuelco a las cosas y cambió el rumbo de la historia del libro. Luego vino la iPad. Podríamos pensar que eso en sí ya es un elemento que hace viable considerar la urgencia de un reacomodo de la industria. Pero hay que añadir un elemento adicional: la transfiguración del lector y, por lo tanto, de la lectura.

No todos los lectores son los mismos que antaño. Hay una nueva legión emergente que, poco a poco, se está convirtiendo en mayoría y que es conocida como “nativos digitales”. Se trata de aquellos que han nacido y crecido en medio de las nuevas tecnologías, cuyos cerebros han estado viviendo un *recableado* que hace que procesen las cosas de manera distinta. Son ellos, los lectores, quienes demandarán no sólo acceso a los nuevos dispositivos, sino también contenidos interactivos. Por lo tanto, ese mercado cambiante será el que determine cómo habrá de reconfigurarse el medio editorial y, por ende, también el de la distribución y venta. De allí la previsible transfiguración del libro, de ser un contenido estático a transformarse en uno interactivo, dinámico a tal grado que nos sugiere la necesidad de redefinirlo, de rebautizarlo, porque lo que está emergiendo como aplicaciones interactivas, aún llamadas libros, quizá distan de serlo. Esa nueva forma de ofrecer contenidos es lo que los consumidores activos, que ya no pasivos, buscarán cada vez más.

El mercado forjado por las exigencias del consumidor es un nuevo fenómeno que no habíamos visto en el marco

Son los lectores quienes demandarán no sólo acceso a los nuevos dispositivos, sino también contenidos interactivos. Por lo tanto, ese mercado cambiante será el que determine cómo habrá de reconfigurarse el medio editorial.

de la industria del libro. Ya no habrá, o al menos habrá cada vez menos, cabida para la tradicional prepotencia de los medios, que han sido quienes han dictado lo que se publica y, por lo tanto, lo que llega a manos, ojos y oídos de los consumidores, y qué no.

Hoy son cada vez más los consumidores los que determinan qué y cómo quieren leer. De igual manera, se están convirtiendo en productores de contenidos. Ya lo vemos en materia de fotoperiodismo. Esta misma semana, tras el temblor que aterró a México, fueron los ciudadanos quienes celular en mano hicieron fluir la información en textos y videos a través de Twitter, Facebook y YouTube, entre otros. Los medios se comienzan a convertir en replicadores de esa información. Como sucedió en los países árabes a lo largo de los movimientos sociales que tumbaron regímenes dictatoriales, o en Japón, después del terremoto y del tsunami.

En unos días se celebrará un seminario multidisciplinario sobre derechos de autor en el ámbito editorial. Un tema que deberá ser abordado es precisamente el del futuro del derecho de autor y los contenidos generados por los usuarios en la *web 2.0*.

Hoy son cada vez más los consumidores los que determinan qué y cómo quieren leer. De igual manera, se están convirtiendo en productores de contenidos.

Recientemente se publicó, por cierto, un estudio al respecto que mandó hacer Google. ¿Por qué? Porque son los usuarios quienes están generando nuevos contenidos que, a su vez, permiten a Google, Facebook y Twitter hacer esos gigantescos negocios que los enriquecen, a tal grado que se están comiendo el mundo. Por otro lado, los autores ya no dependen enteramente de un editor para producir y difundir sus obras. Emerge un paradigma nuevo que rompe con lo que la industria estaba acostumbrada a manejar. El negocio se le sale de las manos.

Riesgos y oportunidades se desprenden de los cambios que estamos viviendo. Nuestra editorial, Ediciones del Ermitaño, está viendo hoy más oportunidades que riesgos. También lo hace Solar, como empresa que brinda servicios editoriales. Sin duda, oportunidades son las que hoy afloran en todos los ámbitos, incluyendo el librero, si hay capacidad de reinversión, adaptación e innovación.

Estructuras

Nadie ni nada existe aislada-
mente: todo es un elemento de una
estructura. Cada estructura es a la vez
un elemento de una u otra estructura. Todo
aquello que existe es una estructura.



Comprender alguna cosa es comprender la
estructura de la cual es una parte y/o los ele-
mentos que forman la estructura aquella que
es alguna cosa. Un libro consiste en diver-
sos elementos, uno de los cuales puede
ser un texto. Un texto que es parte de
un libro no es necesariamente la
parte más esencial o impor-
tante de este libro.

La singularidad de los ahuehuetes mexicanos

Del 27 de noviembre al 3 de diciembre de 2011, en el marco de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, se reunieron 12 traductores de literatura mexicanos y alemanes para participar en un intercambio de experiencias que habría de durar varios días. Desde entonces, Stefanie Gerhold, una de las participantes, ve la literatura latinoamericana con otros ojos.

Mantenga la calma —es la primera recomendación que hace el letrero colocado en un lugar bien visible en mi cuarto de hotel— en caso de sismos. ¿Será eso posible? Sigo leyendo con gran interés. El hecho de que haya que protegerse de objetos cayendo alrededor me parece obvio, y para las inexpertas como yo, al lado de la indicación se ilustra a una persona acucillada debajo de una mesa y un armario cayéndole encima. Veo a mi alrededor: en mi habitación no hay ni una sola mesa, así que en caso de emergencia sólo me queda, como sugiere el punto número tres, buscar el camino hacia afuera.

Todavía falta para que sea de noche, hora en que he de reunirme con los otros participantes del taller mexicano-alemán, y decido dar un paseo por la ciudad. Quiero conocer el Instituto Cultural Cabañas, el museo más importante de Guadalajara, y ver lo más posible de la cotidianidad mexicana en las calles, que hasta ahora conozco sólo por la literatura que traduzco. Con la bolsa de mano bien agarrada, me lanzo al gentío que abarrota las calles. De inmediato, lo único que se alcanza a ver son

*El Instituto Cultural
Cabañas es una
edificación colonial
típica, bien arraigada,
con muros fuertes, casi
sin ventanas hacia el
exterior.*

personas que, con bolsas de plástico y niños pequeños tomados de la mano, se empujan unas a otras. Me dejo arrastrar por la marea y espero el siguiente crucero en el que me pueda detener y orientar. Ya no tengo ojos para las edificaciones a cuyo lado paso, para la iglesia frente a la cual están erigiendo un árbol de Navidad de Coca-Cola, la multitud me absorbe. La enorme pobreza. Donde queda un lugarcito, una mujer, un hombre, un niño han extendido su pequeña manta y ofrecen algo para vender, chicles, pañuelos desechables, sobre todo baratijas que les ha impuesto algún intermediario, supongo, broches para el pelo, perritos de plástico que brillan intermitentemente, cosas que nadie necesita. Le compro a un hombre un avioncito de juguete hecho con dos vasos desechables color azul cielo, un palito y una corcholata, porque me gusta que él mismo haya inventado algo. Ayuda para la autoayuda, me digo con complacencia, pero ya mientras guardo con cuidado la pequeña obra de arte en mi bolsa de mano, mi ánimo pedagógico me parece arrogante, qué sé yo de las leyes de este mundo. Para mi gran alivio, el Museo aparece frente a mí. El ex hospicio es una edificación colonial típica, bien arraigada, con muros fuertes, casi sin ventanas hacia el exterior. Adentro me espera un paraíso: patios interiores llenos de plantas, fuentes, arcadas a la sombra. Me siento protegida.

El museo alberga frescos de José Clemente Orozco, uno de los grandes muralistas mexicanos e hijo predilecto de Guadalajara. Y no es que me gusten estas representaciones de conquista y revolución que llenan la cúpula entera de la parte central del edificio y las arcadas que de ella surgen, pero su ímpetu me impresiona. Sus fuertes colores, su lenguaje simbólico directo y sin rodeos, su dinámica, su grandeza pura. ¿Cómo puede la literatura hacerse oír en una cultura que le apuesta tanto a los colores, a lo llamativo?, me pregunto con la cabeza echada para atrás y sobre mí enormes cascos de caballos que galopan por una tierra salpicada de calaveras. ¿Cómo logra introducirse aquí la sutileza de la palabra?

Y, en efecto, en los siguientes seis días de nuestro taller, en el que cada uno de nosotros (seis traductores alemanes, seis mexicanos) puso a discusión una traducción en la que estuviera trabajando, tuvimos que vérnoslas más bien con colores estridentes. Empezando con mi propia contribución, una novela del salvadoreño Horacio Castellanos Moya, que retoma el genocidio contra la población autóctona de Guatemala. Era de esperarse que los relatos de testigos oculares no calaran hondo sólo en el ánimo del protagonista, pero no fue sino hasta el encendido debate en nuestra ronda cuando se me reveló toda la fuerza explosiva de este texto.

Al principio hablamos, a petición mía, sobre las particularidades del español entre los indígenas socializados en las lenguas mayas. Entonces, los primeros compañeros comunicaron sus primeras dudas acerca de la calidad literaria del propio texto, hasta que mi traducción acabó por hacerse jirones. Las palabras se desmoronan, la construcción de las frases se tambalea. En la mesa de enfrente se atiza una discusión acerca de si la formulación más concisa “palpitantes trozos de carne” no tendría un efecto más fuerte que mi propuesta “palpitantes trozos de carne humana”. Pues se sobreentiende que en la novela se está hablando de personas. Yo siento cómo el suelo se hunde bajo mis pies. Mantén la calma, me digo, y no lo logro. Después de la sesión pienso que a lo mejor debería sacarle la vuelta a ese libro, cuando una compañera de nuestro grupo, cuyo padre es guatemalteco, me abraza efusivamente y me da las gracias por mi trabajo.





Una novela del escritor mexicano Yuri Herrera que discutimos en nuestra ronda —ya más compenetrada— comienza con un temblor. Una chica presencia cómo la calle se abre ante ella y se traga a un hombre, un coche y a un perro. Para no sufrir el mismo destino, jala los pies hacia atrás. ¿O cómo se le podría llamar a lo que hizo? Para empezar, ¿cómo hay que imaginarse la situación? La pregunta todavía no ha sido formulada por completo, cuando algunos de nuestros colegas mexicanos ya saltaron de sus asientos y brincan, dan pasitos cortos y rápidos y

corren hacia atrás sobre la alfombra de nuestro salón en el hotel Hilton. Nos hablan de superficies de pasto que hacen olas como si fueran de agua, de movimientos rotatorios y oscilatorios, de tazas de café que vuelan sobre la mesa, y pasa un buen rato antes de que la agitación ceda y podamos regresar al texto. En la madrugada, en mi cuarto de hotel, me parece sentir de pronto que mi cama se sacude. Me incorporo de inmediato. Aguzo el oído. Y escucho el rugido de un tráiler que pasa frente al hotel.

Comandos suicidas, pezones cortados, hombres jóvenes que vacían de un jalón el cargador de su revólver, el último día ya estamos lo suficientemente curtidos como para destacar con una objetividad surgida de la distan-

cia las diferencias entre la forma de hablar de los narcos mexicanos y los gamberros españoles que aparecen en la novela policiaca de Elmer Mendoza. Tomo notas con avidez. Pues los bajos fondos sociales y lingüísticos son muy poco frecuentados por los diccionarios. Cuando después caminamos al restaurante durante el receso de mediodía, de pronto ya no sé si sentirme protegida o amenazada por los policías militares de rostro cubierto y armados con metralletas que montan guardia a la entrada de la FIL. Miro a mi compañera mexicana, quien me cuenta que en México ya nadie manda solos a sus hijos a la escuela. La entiendo.

Para mí la realidad y la literatura mexicanas se han esclarecido mutuamente en estos seis días tan desbordantes, y aun cuando sólo puedo hablar por mí y por la parte alemana, creo que también la mirada que nuestros colegas mexicanos tienen sobre la lengua y la literatura alemanas se ha enriquecido. Y no sólo porque en nuestros análisis acerca de sus traducciones (entre ellos, una narración de Franz Fühmann, una novela de Ulla Hahn, poemas de Rolf Dieter Brinkmann y Erich Fried) hayamos podido revelar significados ocultos a los que sólo se tiene difícil acceso cuando se observa desde afuera. Ya fuera a partir de los textos originales o de nuestras traducciones, siempre dilucidamos y cuestionamos la lengua alemana. Cuando alguno de nuestros colegas traductores mexicanos se vuelva a encontrar frente a un texto alemán, seguramente podrá sacarle algún provecho a nuestras batallas verbales. Y quién sabe, quizá también llegue a algunas conclusiones sobre la literatura alemana a partir de nuestro gusto por el rigor lingüístico en sí.

Cuando no estábamos hablando acerca de textos, escuchábamos a otros que participaban en mesas redondas. Una tarde dos autores alemanes y sus traductores al español (ambos, miembros de nuestro taller) hablaron acerca de su trabajo conjunto. Lo particular es que ambos autores, el bosnio Sasa Stanisic y el alemán Stefan Kiesbye, establecido en California, escriben en un idioma que no es su lengua materna, es decir, que hasta cierto punto ellos mismos

*Cuando alguno de
nuestros colegas
traductores mexicanos se
vuelva a encontrar frente
a un texto alemán,
seguramente podrá
sacarle algún provecho
a nuestras batallas
verbales.*



*Al traducir, siempre hay
algo que cae y se pierde
debajo de la mesa.*

realizan como escritores procesos de traducción. Y por esta circunstancia especial no ven en la traducción sólo un vehículo necesario para la comercialización internacional de sus libros, sino que la consideran un acto de creación en sí misma. Y nos cuentan del encanto de los desfases mínimos de sentido, y que los modismos a veces cobran vida propia en el entorno de una lengua ajena. Los autores hablaron de estos fenómenos como de una riqueza, pues no es sino a la luz de otra lengua como se hacen conscientes de la propia.

Un pensamiento hermoso. Y, sin embargo, sólo una verdad a medias. Me vienen a la mente los muchos momentos de perplejidad en los que, en nuestra ronda del taller, nos ganaba la desesperación frente a los ahuehuetes mexicanos o el dialecto de Colonia, tan arraigados a su lugar de origen que, con la mejor de las voluntades, no se dejan trasplantar a ninguna otra parte. Pues también eso me lo volvió a mostrar claramente el contacto directo con el otro mundo: que al traducir, siempre hay algo que cae y se pierde debajo de la mesa. Siempre y cuando haya una.

Traducción: CLAUDIA CABRERA

Crónica de un taller anunciado

Ahora que repaso de nuevo las fotografías que tomé hace poco en Guadalajara, me veo a mí mismo en un extraño lapso de incertidumbre: me cuesta trabajo creer que hace tan solo algunas semanas tuvo lugar nuestro encuentro de traductores, que a los colegas con los que entablé relaciones apenas los conocí ahí, y que haya sido capaz de sobrevivir librando, entre otras cosas, a una fenomenal gastritis, a la intensidad de esos días con los que, en lo personal, culminaba un periodo prolongado de mucha tensión y exigencias laborales con miras, precisamente, a participar en el Primer Taller Mexicano-Alemán de Traductores Literarios, que correría paralelo a la Feria Internacional del Libro (FIL), en esa hermosa y amable ciudad del occidente de México.

El primer Taller Mexicano-Alemán de Traductores Literarios tuvo lugar en la FIL Guadalajara en 2011.

Las evidencias parecen afirmativas. Si estoy escribiendo esto, significa que en efecto sobreviví, aunque desde que regresé a la cotidianidad me sienta alguien distinto en mi interior: una versión más actualizada de mi persona, por así decir, con múltiples ajustes de perspectiva y nuevos enfoques profesionales gracias a la experiencia del Taller. Las fotos deben ser testimonio de que también la reunión efectivamente sucedió, sobre todo considerando que los correspondientes archivos digitales llevan inscritos la fecha, la hora, los minutos y los segundos en que se oprimió el obturador de la cámara, lo cual, en mi caso, suele ocurrir decenas de veces al día cuando estoy ante sucesos que lo ameritan. Y en cuanto a los colegas traductores, la sensación en muchos casos de que se trata de personas que uno



ha conocido de toda la vida, y no únicamente por estrictos siete días de convivencia, es un enigma que quizá se aclare un poco a lo largo de este escrito.

Alemania, como sabemos, fue en 2011 el país invitado especial en la Feria del Libro de Guadalajara, que estaba de gala celebrando su aniversario 25. En México, la FIL es el magno acontecimiento en torno al cual giran las actividades medulares del ramo editorial cada año, así como también la agenda de muchos escritores, o “autores”, como se dice en la actualidad (de hecho, quizá la diferencia esté en que los *autores* sean los que acuden religiosamente a las ferias

como ésta, y los *escritores* los que simplemente escriben, sin moverse mucho más). En general los países invitados a la FIL pertenecen al subcontinente hispanoparlante, por lo que la participación alemana suscitó, por un lado, cierta inquietud entre medios literarios e informativos mexicanos, ya que el contacto cultural con Alemania no es el más inmediato (de hecho, el alemán es considerado como “lengua exótica”); pero por otra parte generó también, en consecuencia, el rescate y un efímero *boom* de cierta rama de la creación literaria que, al menos en México, suele pasar más o menos inadvertida: la *traducción de literatura*, y dentro de ella, en especial la de un idioma un poco para exotistas, como fue el caso.

En términos prácticos, y felizmente, lo anterior significó no poca actividad para los no muchos traductores del alemán en México que además están involucrados con la literatura, entre ellos quien esto escribe. En cierta forma, la participación de Alemania en la FIL nos conjuntó igual que un enorme magneto; sé que algunas revistas literarias, suplementos culturales y otros actores realizaron un sondeo más o menos exhaustivo para dar con nosotros. Un primer acercamiento lo tuve en lo personal en la primera mitad del año, a través de una propuesta, que al final no pudo concretarse, de asesorar una especie de “traducción bilateral” de poetas emergentes de ambos países, que se publicaría con motivo de la FIL. Más adelante, sin embargo, una invitación de la revista *Punto de Partida* (UNAM, ciudad de México) para traducir una carpeta similar de poetas jóvenes de Alemania para su número de diciembre me sumergió de lleno en la materia.

Al mismo tiempo, me encontraba concluyendo un proyecto propio de traducción literaria (aforismos de Karl Kraus) y recientemente había encontrado uno nuevo: poesía de Rolf Dieter Brinkmann. De modo que la convocatoria para el Taller de Traductores Literarios México-Alemania apareció para mí en el mejor momento. Tuve la suerte y la satisfacción de que mi proyecto sobre Brinkmann fuera aceptado, y decidí trabajar para el Taller dos poemas exten-

La participación de Alemania en la FIL conjuntó a traductores literarios, mexicanos y alemanes.

*La comisión de la Feria
del Libro de Frankfurt
organizó el Pabellón de
Alemania en la FIL
de Guadalajara.*

sos, cuyas versiones me propuse cuidar con esmero para, en su momento, presentar algo decoroso ante mis colegas binacionales. Por otro lado, un nuevo encargo llegó, por parte de *Luvina*, prestigiosa revista literaria de Guadalajara, para formar parte de sus traductores en el grueso ejemplar que estaría dedicado por completo a la literatura alemana contemporánea. Y justo sólo dos semanas antes del Taller, a través de un contacto que agradezco, acepté también la traducción de los intrincados poemas de Dalibor para el *poetry-slam* que este artista presentaría en Guadalajara, por parte de la comisión de la Feria del Libro de Frankfurt que organizó el Pabellón de Alemania en la FIL.

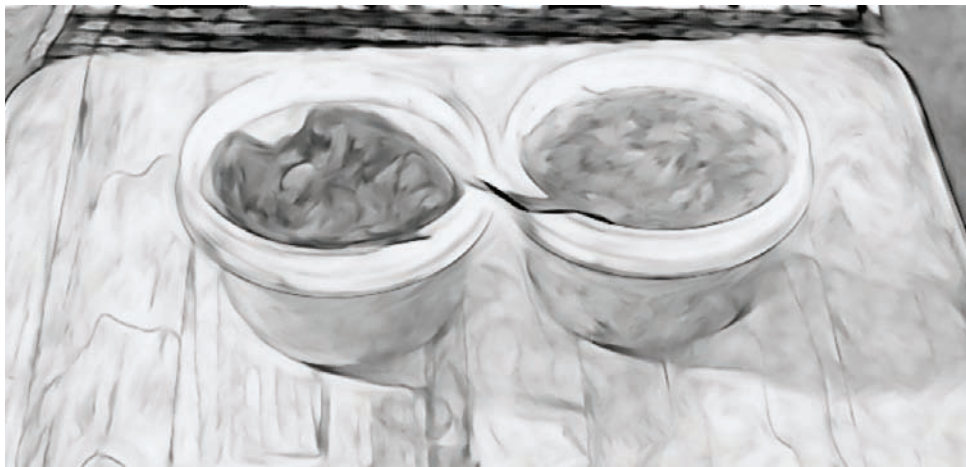
Quien esto escribe ofrece una disculpa por tanto preámbulo en primera persona: la intención ha sido mostrar la manera en que la presencia de Alemania en la Feria del Libro influyó en las actividades ordinarias de un traductor como éste, así como tratar de referir el estado de fatiga, de culminación y de vértigo con el que uno llegó aquel domingo por la tarde al *lobby* del hotel, casi directamente desde el avión, a conocer nada más de vista a los compañeros —seis traductores de Alemania, seis de México, más dos coordinadores, una de aquí y uno de allá, en total ocho mujeres y seis varones—, pues en media hora había el compromiso personal de participar, dentro de las actividades de la FIL, ya que el traductor había sido yo, en la mesa de presentación de *Punto de Partida*, donde habría de estar también Timo Berger, el antologador de los poetas publicados por esta revista, con quien el miércoles estaríamos compartiendo otra vez mesa en un acto público de nuestro Taller.

El lunes temprano pensé que el desayuno en el restaurante del hotel me parecía horrible, no porque en efecto así fuera, sino a causa de que la noche anterior, después de la presentación, los editores de *Luvina* nos habían llevado a cenar comida típica, tan sabrosa como pesada. Mi estómago producía extraños ruidos de protesta ante el café ácido y el pan humedecido, de modo que los hice a un lado. Había que darse prisa, además, para llegar con puntualidad

germana a la primera de las sesiones de trabajo, nuestro primer encuentro oficial, en una sala de negocios del hotel Hilton, justo enfrente de la Feria del Libro, a unos diez minutos a pie desde el hotel donde nos hospedábamos. Por fin, luego de meses de preparación, nos enteraríamos de la mecánica de nuestro encuentro y conoceríamos en persona, *tête-à-tête*, a nuestros colegas.

Mi experiencia previa en encuentros literarios equiparables había sido solamente en residencias para escritores, donde la convivencia con los compañeros era más bien circunstancial. El Taller de Traductores, sin embargo, demostró tener una mecánica muy distinta. Desde la primera sesión supimos que el método de trabajo que seguiríamos había sido probado ya con éxito en similares *dual-meets* en otras partes del mundo, y se hizo evidente que exigía una participación intensa y comprometida. En dos rondas por la mañana y una por la tarde (con pausas para el café, la comida y el evento subsecuente), a lo largo de la semana, cada uno de los participantes habría de exponer su proyecto de trabajo y de plantear sus principales problemas concretos de traducción; por su parte los colegas, que para entonces habrían leído ya el material del ponente, aportarían críticas constructivas y comentarios. La agenda de trabajo era bastante apretada, ya que además se intercalaron encuen-

En cada sesión del Taller los participantes debían exponer su proyecto de trabajo y plantear sus principales problemas de traducción.



tros con profesionales del medio, tales como editores de obra traducida y representantes de fundaciones de apoyo a traductores literarios, con quienes podríamos establecer contactos profesionales provechosos. Asimismo, algunos fuimos incluidos en alguna de las mesas redondas sobre traducción abiertas al público que se programaron como parte de los eventos de la FIL.

El plan de actividades ciertamente era ambicioso, pero desde el primer momento mostró sus bondades y alcances. La moderación de las sesiones, que no siempre fue sencilla, corrió a cargo de Claudia Cabrera (traductora de Robert Musil y de Monika Maron) y Thomas Brovot (traductor de Mario Vargas Llosa y Reinaldo Arenas), quienes hicieron un trabajo sumamente atinado, aunque es obvio que detrás de ellos también otras varias personas que nunca vimos ni conocimos, o que conocimos sólo de manera eventual, fueron igualmente responsables de que se efectuara con tanto éxito nuestro Taller de Traductores. Aprovecho para expresar aquí, a título personal y gremial, mi agradecimiento a estas personas y a las respectivas instituciones por permitirme ser copartícipe de esta experiencia, y por tantos esfuerzos que llevan a cabo para apoyar nuestro frágil pero valioso oficio.

La moderación de las sesiones corrió a cargo de Claudia Cabrera y de Thomas Brovot, cuya labor fue muy atinada.

Llegó, en fin, la hora de las presentaciones personales ante el grupo. Algo que desde ese momento me impresionó positivamente del Taller fue la calidad de los participantes, sobre todo los de nuestra contraparte alemana. La admiración proviene acaso en primer término del conocimiento de mi propio continente literario, y de intuir con conciencia de causa lo que implica haber traducido, por ejemplo, *El Quijote de La Mancha* al alemán, en el caso de uno de los currículos más destacados. De ahí también entender la delicada y económica selección de lenguaje requerida para verter a Augusto Monterroso a la lengua de Günter Grass y de Herta Müller; o lo intrincado de una narrativa como la de Roberto Bolaño; o las particularidades mexicanistas de los textos de Elena Poniatowska; o el cinismo contenido y la violencia social plasmados en lenguaje literario de au-

tores como Yuri Herrera, Elmer Mendoza o el hondureño Horacio Castellanos Moya.

En cuanto a los proyectos al español, los colegas participantes estaban trabajando obra de la novelista Ulla Hahn, galardonada en Alemania hace pocos años; relatos autobiográficos testimoniales de Franz Fühmann, quien en un campo de concentración en Rusia se volvió antifascista; un texto de carácter vivencial sobre México del escritor austriaco Christoph Janacs; y poesía lírica de Erich Fried, poeta vienés que padeció igualmente de las atrocidades de la segunda Guerra Mundial; así como un relato de Thomas Bernhard, autor peleado con el mundo; además, como ya he mencionado, de mi contribución con poemas de Rolf Dieter Brinkmann.

Desde un principio, la *lingua franca* fue abolida, y los participantes eran libres de expresarse anfibiamente en cualquiera de los dos idiomas, o incluso en un champurrado de ambos, fenómeno característico de la vida en las fronteras lingüísticas. Las sesiones de trabajo se desarrollaron en términos generales de manera muy cordial, sobre todo tomando en cuenta que una de las características del traductor de literatura es ser una persona sensible y amante del lenguaje. Y es que no se puede al mismo tiempo *sentir sensiblemente* y amar, si no se tiene pasión. Y cuando varias pasiones se colocan juntas para un asunto común, no es raro que surjan chispas o que se generen fuerzas que afecten las emociones de manera íntima, llevándolas incluso a un límite. Un ejemplo elocuente fue cuando uno de los participantes, que se había caracterizado por críticas muy crudas al trabajo de los demás, fue incapaz de recibir las críticas de los demás hacia su propio trabajo, lo cual le hizo adoptar una postura de defensa, intransigente y agresiva hacia el grupo, delatando su inseguridad como profesional y como persona.

Aunque ha sido mi primera experiencia en un taller de esta naturaleza, supongo que reacciones así no sean tan infrecuentes en estos encuentros. Creo que lo puedo entender porque, en lo personal, no me resultó nada fácil, al

*La lingua franca
fue abolida y los
participantes eran libres
de expresarse en alemán
y en español.*



*Al tratar de explicar
ciertos recursos
translativos, empecé
a hablar con faltas de
ortografía en ambos
idiomas.*

contrario de lo que había creído, mantener la ecuanimidad a la hora de exponer mi proyecto y mi trabajo ante pares tan ilustres. Lo primero que advertí, aparte del sudor de las manos y en la frente, fue que empecé a hablar con faltas de ortografía, y eso en ambos idiomas; luego, al tratar de explicar ciertos recursos translativos empleados o determinados hallazgos poéticos, recuerdo instantes en que todo lo que quería decir al mismo tiempo se me trababa en la garganta a causa tanto del desacostumbrado placer de compartir el proceso creativo de esta particular labor literaria (algo que sólo se puede hacer cabalmente entre colegas, con quienes prácticamente uno no tiene contacto, y menos tan estrecho) como por la precisión aguda y la calidad de la retroalimentación que estaba recibiendo simultáneamente por todas partes. Tuve entonces que hacer una pausa y que respirar profundo y pausado contando hasta diez mirando

al techo para evitar que de los ojos me brotaran lágrimas de una extraña emoción.

Me viene ahora a la mente de igual forma otro momento un tanto exaltado, en el que creo que me excedí un poco en mi defensa apasionada de la ortografía tradicional en lengua española. Como es sabido, reformas que se están implementando en el lenguaje escrito pretenden eliminar o hacer ambiguo el uso del acento ortográfico en casos que siempre se ha usado para distinguir por ejemplo entre un adjetivo y un pronombre que de otra forma se escribirían igual. Mi argumento era que un traductor, y especialmente el traductor de obras de literatura, debe, o debería, mantener una actitud conservadora y un tanto purista en lo que se refiere a la preservación del lenguaje como instrumento amplio de comunicación humana a través del tiempo y del espacio geográfico; y que la conciencia del lenguaje, en tanto aplicación intencionada de un tesoro cultural de la humanidad, debe estar presente en el traductor literario hasta en los detalles mínimos, como se podría pensar que es el uso de las tildes. Sólo espero que mi pasión no se haya desbordado tanto como para afectar la sensibilidad de alguien entre mis colegas, y que nadie se lo haya tomado personal.

Viene entonces al caso ahondar aquí brevemente en esa visión idealizada, un tanto exagerada, del perfil de un traductor literario. Entre sus características, pienso yo, tal persona debe, por ejemplo, tener tendencias a ser algo quisquilloso y anormalmente perfeccionista. El traductor es un tipo muy particular, rebuscado, de creador literario: es por lo general alguien más comprometido con la percepción del lenguaje y sus transmutaciones mágicas, que interesado en considerarse a sí mismo y en sí mismo creador de literatura. Hay algo de científico en esta postura, pero más bien de acuerdo con cierto cliché del científico loco, del alquimista esotérico que vive maravillado por los mecanismos que ha llegado a comprender del funcionamiento casi metafísico de su materia de estudio. La obra del traductor de literatura es siempre una recreación, una interpretación estética ceñida a

Un traductor de obras de literatura debería mantener una actitud conservadora en lo que se refiere a la preservación del lenguaje como instrumento de comunicación.

El traductor es quisquilloso, perfeccionista, un tipo muy particular de creador literario.

*Es común dar por hecho
que el libro siempre
estuvo ahí, como si el
traductor fuera un mero
autómata mecánico
políglota al que le entra
un idioma y le sale otro.*

*Traducir es una labor
discreta, invisible, que
muchas veces se nota
sólo y nada más cuando
la traducción resultó
fallida.*

rígido corsé: es una obra literaria que se niega a sí misma al negar su autonomía y afirmar su absoluto apego al modelo formal y espiritual del que partió, al cual pretendió recubrir con una nueva piel, lo más tersa, sedosa y lozana posible, en el lenguaje de destino, en donde, ¡oh paradoja!, entre más lo consiga (negar su autonomía, apegarse al espíritu del original), más autónoma y original será la traducción en tanto obra literaria en esa lengua receptora.

Con todo, el traductor de literatura parecería pertenecer a un territorio ubicado en ninguna parte, virtualmente, o más bien literariamente, en tierra de nadie. Existiendo autor y lector, aunque no medie lengua compartida entre ambos, es común dar por hecho que el libro siempre estuvo ahí, como si el traductor fuera un mero autómata mecánico políglota al que le entra un idioma y le sale otro o, en el mejor de los casos, una persona especializada en oprimir la tecla para activar un grotesco *software*, cuando, al contrario, nos gustaría que se contemplara al traductor, respecto al autor, de una manera parecida a como en música se relaciona a un director de orquesta con determinado compositor, del mismo modo en que es frecuente decir “el Mozart de Von Karajan” o “el Beethoven de Furtwängler”. Parte de tal incompreensión puede deberse a la manera, difícil de asimilar para el lego, en que este inadvertido creador literario, o sea el traductor de literatura, tiende a moverse a sus anchas en dos o más mundos, cuando buena parte de sus lectores apenas lo hace unidimensionalmente, y muchas veces sin las herramientas para apreciar de manera cabal lo que es el texto en la lengua de origen y en el contexto en que fue dado a luz y las vicisitudes de interpretarlo, cuanto menos para valorar como creación autónoma el libro transustanciado a la lengua receptora. De aquí que se trate de una labor discreta, evidentemente invisible, que muchas veces se nota sólo y nada más cuando la traducción resultó fallida.

Pienso que el traductor es, en efecto, un alquimista de la semántica. Una cosa así era lo que pretendía decirles a mis compañeros ese primer día del Taller, cuando llegó mi turno de presentarme. Debo haber mencionado algo sobre

la magia de las palabras o sobre las palabras mágicas, ya que, en mi humilde opinión (y es una idea en la que baso mi quehacer literario en términos amplios), todas las palabras poseen una cualidad sobrenatural, pues al ser nombradas le conceden existencia absolutamente a todas las cosas al interior de la percepción humana; sin embargo, al mismo tiempo, el hablar no es más que un conjunto ordenado de sonidos o ruidos que los seres humanos emitimos por la boca. Pero lo primero que las personas creemos es que nuestra lengua materna es el mundo entero, y así sobrentendemos que el ruido que somos capaces de comprender proviene de una persona afín a nosotros, mientras que el que no entendemos fue pronunciado por un extranjero. Esta cuestión de los ruidos se aprecia de manera más evidente cuando uno se mueve en varios idiomas: la idea del lenguaje como herramienta omnipotente y unívoca para captar y manipular lo real se va desvaneciendo en la medida en que se pueden apreciar de manera aislada como sonidos, y no como palabras, los ruidos que en verdad las personas hacemos al hablar. Desde esta perspectiva, el origen de cada cultura humana estaría en cada particular manera de codificar esos ruidos, a los cuales llamamos idioma, aunque acaso tal visión de animales emisores de sonidos peculiares exclusivos para cada manada cultural nos pudiera acercar incómodamente un poco más de lo que suele considerarse políticamente correcto a nuestros parientes darwinianos: gorilas, chimpancés, macacos, mandriles y demás primos primates.

En realidad, lo que pretendía era transmitirles a mis colegas traductores mi fascinación por nuestra humana capacidad de dotar de significado a los ruidos que hacemos, mi convicción de que en última instancia la comunicación hablada consiste básicamente en un milagroso acto de fe, de fe colectiva. Y que esta fascinación es lo que ha llevado mi vida a estudiar y perseguir las posibles formas para cargar de significados estéticos a las palabras. Y que el asombro ante las distintas facetas que ofrece una misma realidad según el idioma desde donde se le contemple (con todas

Las personas creemos que nuestra lengua materna es el mundo entero, y así sobrentendemos que el ruido que somos capaces de comprender proviene de una persona afín a nosotros, mientras que el que no entendemos fue pronunciado por un extranjero.

La comunicación hablada consiste en un milagroso acto de fe colectivo en que dotamos de significado los ruidos que emitimos.

las implicaciones ontológicas y epistemológicas que esto conlleva), es lo que en última instancia ha movido mi quehacer con las palabras hacia la traducción de literatura.

No sé si lo dije o no, no sé si lo expresé así, o si cada quien entendió lo que pudo, o lo que quiso, o lo que se le quedó, si acaso. Ahora el episodio es una estampa más. Igual que las fotografías. Por cierto que la mayor parte de ellas las tomé del jueves al domingo. Esto es un recordatorio de que lo más pesado de mi agenda transcurrió del domingo que llegamos al miércoles. Varias de las imágenes son de geometrías o reflejos: aproximaciones a una fotografía artística. Las demás son anclas para las estampas de la memoria.

Algunas estampas:

*El traductor de literatura
parecería pertenecer a
un territorio ubicado en
ninguna parte, en tierra
de nadie.*

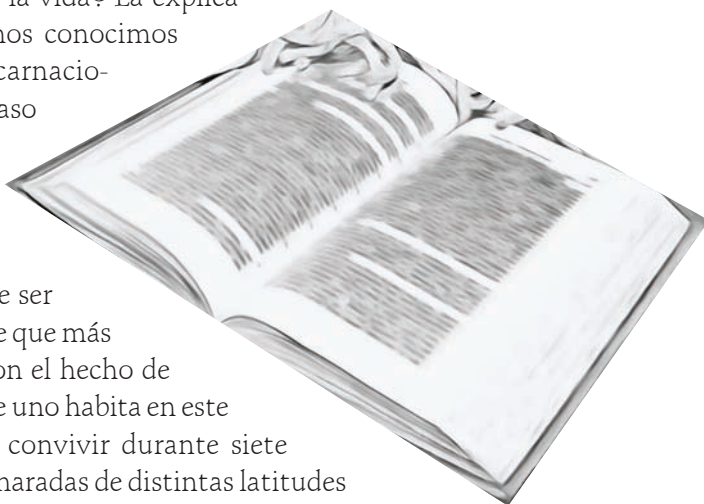
- La lectura en vivo de Herta Müller en un espacioso teatro de la ciudad, la noche de nuestra primera sesión de trabajo; me impresionó sobre todo la sencillez de la premio Nobel al moverse en el escenario. Aquí otra estampa espontánea: nos encontrábamos por casualidad en las puertas del Hilton cuando *frau* Müller salió para subirse al vehículo que la llevaría al aeropuerto: alguien del grupo venció pudores y se le acercó a pedirle un autógrafo.
- Todos los colegas agrupados como cardumen y moviéndonos de un extremo al otro del largo y tumultuoso frente de la FIL en busca del vehículo que supuestamente se nos había asignado para transportarnos hasta la sede del evento donde nos correspondía estar; el transporte nunca llegó, pero durante la incertidumbre creí percibir una verdadera sensación gremial de grupo unido.
- El patio o zotehuela donde salíamos durante la pausa del café a que nos pegara el sol y a respirar aire no tan puro. Todo el hotel donde sesionamos estaba forrado de espejos, siguiendo, me supongo, alguna vertiente arquitectónica texana, y el efecto de amplitud virtual y vertical cundía mejor ahí que en cualquier otro espacio del alto edificio. Ahora que cierro los ojos veo

la imagen especular de mis colegas en las reflejantes paredes de ese patio: conversando con toda calma, tomando café decente con galletitas, con una lata de refresco en la mano, fumando un cigarrillo en compañía.

- La banda rockera que nos puso a bailar a algunos de nuestro grupo en esa mansión de hace un siglo adaptada como restaurante o algo parecido donde la embajada alemana, creo, ofreció una fiesta el viernes por la noche para la extensa comitiva que participó en su delegación. La cantante de la banda local era una mujer de potente voz y presencia, y en la batería otra joven golpeaba con pujanza los tambores y platillos. Nos dedicaron una canción de Soda Stereo.
- La cena de despedida, en el restaurante de nuestro hotel. Los meseros juntaron para nosotros varias mesas para formar una sola mesa larga. Era una cena que en cierto modo antecedió a los festejos prenavideños, en los que se reúnen amigos y gente querida. “No es más que un hasta luego, no es más que un breve adiós...” Aquí fue tal vez donde más tuve esa sensación de que mis colegas eran amigos de toda la vida.

La idea del lenguaje como herramienta omnipotente y unívoca para captar y manipular lo real se desvanece cuando los ruidos que hacemos al hablar se aprecian como sonidos y no como palabras.

¿Por qué esa sensación de que mis colegas eran amigos de toda la vida? La explicación de que todos nos conocimos alguna vez en reencarnaciones anteriores, si acaso tal cosa existiera, suena por demás excesiva, así como melosamente romántica. No puede ser para tanto. Me parece que más bien tiene que ver con el hecho de salir de la burbuja que uno habita en este solitario oficio para convivir durante siete intensos días con camaradas de distintas latitudes



que se mueven en las mismas frecuencias cerebrales que uno mismo, que manejan cada quien a su modo los mismos tipos de intereses y de pasiones, y con quienes se comparte una residencia virtual similar en los recónditos territorios translingüísticos donde se llevan a cabo las metamorfosis de las obras de la literatura al atravesar fronteras. Algo así.

Cuando finalmente regresé el domingo por la tarde a mi hogar en la ciudad de México, me sentía como zombi. De hecho, la primera semana la pasé en estado catatónico, incapaz de pensar ni de leer ni de realizar ninguna clase de actividad productiva. Fue un contraste rotundo con la velocidad de la semana en Guadalajara. Quedaba el recuerdo de que allá las actividades del día anterior no parecían haber ocurrido horas, sino días atrás, como si el tiempo se hubiese condensado o comprimido en un einsteiniano efecto. Pero ya en mi casa, sin presiones de ningún tipo, el tiempo se dilataba, como si de pronto hubiera saltado yo hasta el extremo opuesto de la teoría de la relatividad. Y el único extraño ruido humano que oí durante días no provino de ninguna lengua extranjera, sino de mi estresado estómago que continuó quejándose, el cual poco a poco ha ido mejorando a base de medicamentos y de una dieta blanda. Qué le vamos a hacer.

Gracias a las bondades de la tecnología, los contactos entre los colegas traductores han quedado establecidos ya, y la comunicación fluye en tiempo real a través de los medios digitales. La distancia física queda reducida ahora a la inmediatez de oprimir una tecla. Las relaciones que hayan de establecerse en el futuro dependerán de cada quién. Pero los interlocutores no hubieran podido encontrarse de no haber sido por el Taller de Traductores Literarios. Esto es tan solo uno entre los numerosos aspectos positivos con los que nos hemos quedado luego de la experiencia. Sin embargo, creo que entre los principales logros de los organizadores se cuenta el loable mérito de conseguir que cada vez más traductores nos pongamos a dialogar en un mismo idioma.

*Gracias a las bondades
de la tecnología,
los contactos entre
colegas han quedado
establecidos y las
distancias se reducen.*

The background of the page is a light gray square. In the center, there is a large, light gray circle. Inside this circle, there is a smaller, medium gray circle. The text is centered within these circles. At the bottom of the page, there is a stylized, white, abstract figure that resembles a person or a bird, with its arms or wings spread out, partially overlapping the bottom of the circles.

La lectura

Para leer el viejo arte, es suficiente conocer el alfabeto. Para leer el nuevo arte se ha de entender el libro como una estructura, identificando sus elementos y entendiendo su función.



Se puede leer el viejo arte creyendo que se entiende y estar equivocado. Tal error es imposible en el nuevo arte. Puedes leer sólo si lo comprendes.

El Edén de los Novelistas Brutos

Mucho se ha hablado del modo en que las comunicaciones evolucionan desde que internet se ha instalado como herramienta de interacción en la vida doméstica y laboral. Empresas, instituciones y toda clase de proyectos se han valido de la magia de la comunicación para darse a conocer alrededor del mundo y ampliar el círculo de impacto.

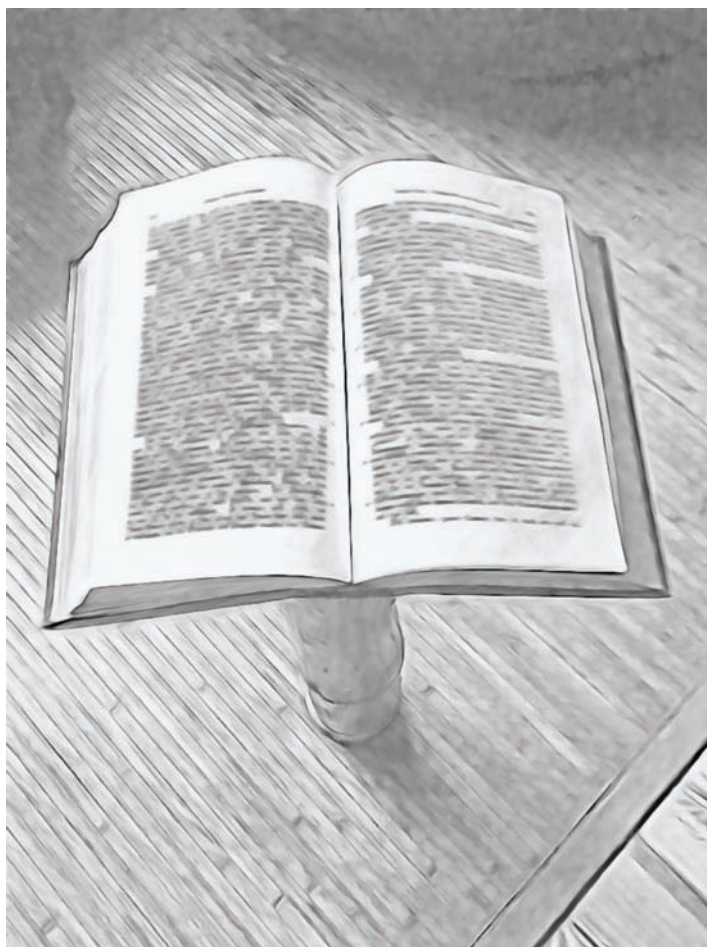
Las redes sociales han ampliado el resultado de la demanda de información y ayuda que día a día crece a medida que mayores opciones aparecen al alcance de todos. Hi5, Hipster, Google Plus y Facebook han mejorado sus aplicaciones para que los usuarios encuentren, fácil y rápido, las opciones que les permitan expresar lo que piensan o sienten y conectarse con personas en todo el mundo.

Dentro de estas redes han surgido proyectos variados y estructurados de tal manera que dejan de ser simples aspiraciones o propuestas. Ésta vez hablaremos de uno de ellos: El Edén de los Novelistas Brutos.

Tres personas de distintos países y con una diversidad cultural profundamente marcada se unieron para crear en Facebook un espacio creativo, en un principio para publicar su *opera prima*: *Opopónaco*. José Luis Martínez (México), Raúl Omar García (Argentina) y Luis del Val (España) crearon una novela que circula en *blogs* y páginas *web* como una muestra del intercambio que se puede conseguir a través de la red. La novela está tan bien enlazada que los estilos se mezclan capítulo a capítulo, sumergiendo al lector en una situación apocalíptica a través de una ciudad ficticia que

*Foro de expresión
donde varios autores
no profesionales
y de diferentes
nacionalidades se
reúnen para cambiar
impresiones y
experiencias.*

*Opopónaco, novela
de terror por entregas
escrita a varias manos
y publicada en la red
por José Luis Martínez,
Raúl Omar García y
Luis de Val.*



se ve envuelta en una lucha de carácter mitológico. Varios personajes influyen de una manera u otra en el desenlace de esta interesante narración. Una excelente propuesta literaria digna de mención.

Con el tiempo, y una vez terminada *Opopónaco*, la página se ha convertido en un foro de expresión donde varios autores no profesionales y de diferentes nacionalidades se reúnen para cambiar impresiones y experiencias. Ninguno de los participantes es un escritor reconocido y se definen como “escritores de cajón”. Personas que se han conocido para aprender y mejorar sus experiencias como

autores. Con la implementación de “el Taller Comunitario de Literatura”, han experimentado diversos retos y métodos para mejorar sus habilidades narrativas y elaboración de historias.

Según Raúl, creador y administrador: “El Edén es lo mejor que me ha pasado en años. Abrió las puertas de mi bloqueo de escritor y eso es mucho. El objetivo inicial era promocionar sólo lo que hacíamos nosotros (Luis, José Luis y Raúl), aunque era sabido que de esa manera no llegaríamos a nada, por eso se nos ocurrió publicar a otros. Pero los ejercicios del Taller le dieron jerarquía”.

Los mismos usuarios opinan que el Edén les ha abierto la creatividad: “Siempre estamos pensando en nuevas historias para escribir y, aunque esto no es un concurso, existe una suerte de competencia que nos impulsa a escribir cada vez mejor” (Mauricio Vargas, Colombia).

Los lectores también opinan que “Evolución es la palabra que define al Edén. Cuando se acabó de publicar *Opopónaco* parecía que estaba condenado a muerte. Luchando contra semejante destino, resurgió de sus cenizas y alzó el vuelo hacia el Taller Comunitario de Literatura y los relatos de los sábados. Ahora quien desee puede participar, el resultado es que he leído textos de gran calidad” (Marje Musa, España).

El Edén sigue creciendo. Ahora los administradores están buscando dar el salto de la *web* a convertirse en un contacto entre los autores elevando con variadas herramientas el nivel de cada uno. “En verdad quiero que crezca. Que más personas se apunten a los ejercicios del Taller en el que hemos aprendido tanto. Existe mucho talento en potencia, sólo hay que refinarlo”, dice José Luis Martínez, administrador y coautor de *Opopónaco*.

“El Edén ha crecido de una forma admirable, sumando cada vez nuevos talentos hasta convertirse en un referente para todos aquellos escritores que deseen exponer sus obras a la comunidad internauta”, comenta Luis del Val, coautor de *Opopónaco*. Y tiene razón.

La escritura colaborativa dio lugar al Taller Comunitario de Literatura, donde todos pueden participar, comentar y mejorar con los ejercicios que se proponen.

Malestar de la lectura

Cuando por fin las llamas lo alcanzaron,
se echó a reír a carcajadas
como jamás en su vida había reído.
Auto de fe, ELÍAS CANETTI

Allí donde queman libros,
acaban quemando hombres
Almanzor, HEINRICH HEINE

Si algo ha prevalecido a lo largo de la historia de la cultura escrita es esta verdad de Perogrullo: que en lo más profundo de ésta nunca ha dejado de habitar lo contradictorio de la naturaleza humana; los instintos de creación (Eros) y de destrucción (*Thanatos*).

Para muestra, un libro solo: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Obra con múltiples ediciones, desde las más populares hasta las que son en sí mismas verdaderas obras de arte; es un ejemplo de cómo una historia contenida en un libro a partir de 1605 (no pocos bibliógrafos cervantistas señalan como finales de 1604 la salida de la primera edición) se convirtió en la obra más traducida y más conocida en lengua castellana. Sólo en el mismo año de su aparición se hicieron tres ediciones más en Madrid, tres en Lisboa y otras tres en Valencia. De 1605 a 1700 fueron 28 ediciones en castellano; 12 en lengua inglesa; 22 en francés; seis en alemán; tres en italiano y cinco en holandés. Para 1900 sumaban 822. Está por demás hacer el intento de establecer una cifra de ediciones de 1901 a

la fecha, pero es por todos sabido que hay ediciones de El Quijote en chino y en hebreo.

No deja de ser curioso que este libro que tanto contiene y nunca pasa de moda, además de los 228 personajes inventados por Cervantes, las 142 referencias a igual número de personajes que no hablan en la historia, las 234 figuras históricas, 104 seres mitológicos y bíblicos, 115 referencias a personajes caballerescos, poéticos y pastoriles, y 18 populares y fantásticos, de lo que trata, al fin y al cabo, es de burlarse de manera ingeniosa de todo cuanto rodeaba a un género literario muy en boga en aquellos días: los libros de caballerías.

“Abrióse otro libro, y vieron que tenía por título El caballero de la Cruz. Por nombre tan santo como este libro tiene, se podía perdonar su ignorancia; mas también se suele decir tras la cruz está el diablo: vaya al fuego.”
Cervantes

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año) se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de la hacienda [...] En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio, y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio.

En efecto, lo que se aprecia a lo largo de esta célebre novela es la construcción de un personaje (Alonso Quijano) que deviene loco y a quien le parece conveniente y hasta necesario hacerse caballero andante e ir por el mundo en busca de aventuras. No obstante, desde el inicio de esta cruzada nuestro protagonista sufre “Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo”, debido a que se identifica a los libros como los autores del supuesto daño de esta “enfermedad incurable y pegadiza”, lo que amerita recibir la pena de echarles del mundo.

“Digo, en efecto, que este libro y todos los que se hallaren, que tratan de estas cosas de Francia, se echen y depositen en un pozo seco, hasta que con más acuerdo se vea lo que se ha de hacer de ellos...” Cervantes

Por lo que concierne al instinto de destrucción, no se requiere remontarnos siglos atrás para estar enterados de cómo se inició la hoguera donde desde aquel día arde allí la memoria de la humanidad. El fuego lleva ardiendo 55

siglos y ha consumido, de manera voluntaria o no, tablillas de arcilla, huesos, piedras, pedazos de cuero, planchas de bronce o hierro, papiros, códices, papeles, discos compactos y hasta complicados dispositivos electrónicos.

Tan sólo en abril de 2003 un millón de libros se quemaron o fueron destruidos por pillaje y saqueo, y cerca de diez millones de documentos —algunos del periodo otomano— desaparecieron de la Biblioteca y Archivo Nacional de Irak, durante los ataques a Bagdad.

Robert Fisk, periodista y testigo de los hechos, publicó en *The Independent* (15 de abril de 2003), una crónica que relata el grado de inconciencia del ser humano frente a su propia destrucción cultural:

*"¿Qué haremos de estos
pequeños libros que
quedan? Estos, dijo el
cura, no deben de ser
de caballerías, sino de
poesía; y abriendo uno,
vió que era la Diana, de
Jorge de Montemayor,
y dijo (creyendo que
todos los demás eran
del mismo género:)
estos no merecen ser
quemados como los
demás, porque no hacen
ni harán el daño que
los de caballerías..."*

CERVANTES

Ayer se produjo la quema de libros. Primero llegaron los saqueadores, después los incendiarios. Fue el último capítulo en el saqueo de Bagdad. La Biblioteca Nacional y el Archivo Nacional, un tesoro de valor incalculable de documentos históricos otomanos —incluyendo los archivos reales de Irak— se convirtió en cenizas a 3000 grados de temperatura [...] Vi a los saqueadores. Uno de ellos me maldijo cuando intenté reclamarle un libro de leyes islámicas que llevaba un niño de no más de 10 años.

[...] Y las tropas estadounidenses no hicieron nada. Todo volaba sobre el patio mugriento. Y las tropas estadounidenses no hicieron nada [...] Yo sostenía en las manos los últimos vestigios de la historia escrita de Irak. Pero para Irak éste es el Año Nacional Cero; con la destrucción de las antigüedades en el Museo Arqueológico Nacional el sábado y la quema del Archivo Nacional y después de la Biblioteca Coránica, la identidad cultural de Irak se ha borrado. ¿Por qué? ¿Quién prendió el fuego? ¿Con qué demente finalidad se ha destruido toda esta herencia?

Con otras palabras, el poeta Eliseo Diego dice en uno de sus textos (*Libro de quizás y de quién sabe*, 1993) que "leer es como vivir: corre uno el peligro de llegar al fin y no enterarse".

Lo curioso es que este hecho es un corolario perfecto de un crimen que inicia y continúa en Mesopotamia (hoy sur de Irak), lugar donde aparecieron, precisamente, los primeros libros. La paradoja, entonces, podría titularse: “De las tablillas sumerias a la desaparición del patrimonio cultural de Irak”. Esta destrucción sistemática de todo vínculo de memoria nos remite casi de manera obligada a la novela antiutópica *1984*, de George Orwell, en la que se presenta un Estado totalitario, en el que un departamento oficial se dedica a descubrir y borrar todo rastro del pasado.

¿Cuántos libros, entonces, han sido destruidos? O han desaparecido por accidentes, catástrofes, cambios culturales (¿cuántas lenguas se han extinguido?), o por causas naturales (los mismos materiales con los que se han fabricado libros).

Es difícil responder a estas preguntas, pero de lo que sí podemos estar ciertos es de esta triste verdad: nadie tendrá el privilegio de contemplar y leer en la Casa de las Tablillas de Ur (hoy *Mugay-yar*) ni los escritos prohibidos de Thot (divinidad que inventó la escritura entre los egipcios), ni 75% del total de la literatura, filosofía y ciencia de la Grecia antigua, así como tampoco las más de 2 000 obras teatrales de esa misma cultura desaparecidas entre el 500 y el 200 a.C.

Basten estos cuantos ejemplos del número de obras que hemos perdido de todos los periodos de Grecia: de las 120 obras incluidas en los catálogos de Sófocles, hoy sólo existen siete en estado completo y cientos de fragmentos. ¿Quién ha leído alguna comedia completa de Dífilo de Sinope, de Eubulo de Atenas, de Alexis de Turio, de Zenón de Citio, de Crisipo de Solos, de Arato de Sición, de Arctino de Mileto, de Práxinos de Fliunte, de Aristarco de Samos, de Espeusipo de Atenas, Duris de Samos, de Estrabón de Amasia, de Beroso de Belos, entre tantos otros?

Del propio Aristóteles, de cientos de sus obras desconocemos en la actualidad su paradero. Así como en la historia de la pérdida de los escritos griegos hay una ausencia de explicación, de similar manera ha sucedido en otras culturas en todos los tiempos. El auge y final de enormes



*En pleno siglo XX,
Adolfo Hitler era
considerado un lector
consumado (en la
Biblioteca del Congreso
de Estados Unidos están
a resguardo 1 200 obras
de lo que quedó de su
extensa biblioteca).*

*Un libro se destruye no
por lo que signifique
como objeto, sino por
lo que representa de
manera simbólica.*

bibliotecas es lo que ha marcado la fragilidad de los libros. Hoy en día no hay muestras de papiros griegos anteriores al siglo IV a.C., y no hay forma de cuantificar las pérdidas ocurridas entre los siglos II y VI d.C. Pero de igual manera se desconoce en la actualidad el número de libros que año tras año son destruidos por las propias editoriales que los produjeron.

En pleno siglo XX, Adolfo Hitler era considerado un lector consumado (en la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos están a resguardo 1 200 obras de lo que quedó de su extensa biblioteca). Empero, según expertos, en el periodo de su mayor influencia

se destruyeron las obras de más de 5 500 autores. Los principales textos de los más destacados representantes de inicios del siglo XX alemán recibieron vetos continuos y ardieron sin piedad: la Comisión para la Reconstrucción Cultural Judeo-europea estableció que en 1933 había 469 colecciones de libros judíos, con más de 3 307 000 volúmenes distribuidos de modo irregular. En Polonia, por ejemplo, había 251 bibliotecas con 1 650 000 libros; en Alemania, 55 bibliotecas con 422 000 libros; en la Unión Soviética, 7 bibliotecas con 332 000 libros; en Holanda, 17 bibliotecas con 74 000 libros; en Rumania había 25 bibliotecas con 69 000 libros; y en Checoslovaquia había 8 bibliotecas con 58 000 libros. Al finalizar la segunda Guerra Mundial, no quedaba ni la cuarta parte de estos textos.

Vale aclarar esta perspectiva: un libro se destruye no por lo que signifique como objeto, sino por lo que representa de manera simbólica, es decir, como parte del pensamiento de un ser humano en lo individual y, por lo tanto, del patrimonio de ideas de una determinada cultura que contiene.

En este sentido, el odio que despierta no es en contra del libro en sí, sino en contra del Otro. Sigmund Freud confirmó lo anterior en una conversación sostenida con un periodista, en la que se atrevió a señalar: “En la Edad Media

ellos [los nazis] me habrían quemado. Ahora se contentan con quemar mis libros”. Aquí cabe decir que millones de judíos no corrieron con la misma suerte.

¿Quiénes son los enemigos de los libros? Los mitos de destrucción habitan las teorías del instinto en todas las culturas. Proyectan la angustia humana por liberarse de la responsabilidad directa sobre nuestros impulsos destructivos. Destruir es un rito que reivindica nuestra permanencia al asumir el acto simbólico de dar muerte. Y en la medida en que se instala como rito, la reiteración obliga a que “cada tantos siglos hay que quemar la biblioteca de Alejandría” (Borges, *El libro de arena*, 1975).

Así las cosas, el hombre quiere ser feliz: compra, usa, vende, trabaja, estudia, come, conoce, desecha, explora, viste, baila, escucha, inventa, destruye, miente, lastima, ve, toca, duerme, corre, huye, alimenta, esconde, habla, encuentra, expresa, canta, sueña, lee, imagina, escribe... Empero, y a pesar del enorme esfuerzo que realiza por satisfacer sus necesidades básicas o de carácter cultural mediante sensaciones o impulsos placenteros, sean éstos de la índole que sea (nunca como antes la ciencia, la tecnología, la cultura y el bienestar social han estado tan de la mano del hombre), todo parece indicar que el hombre moderno no se siente cómodo. Existe un ambiente de desazón y pesadez en donde vive.

Pese a lo anterior, tal parece que en los tiempos actuales el dolor y el sufrimiento son considerados de mal gusto. Así pues, con tal de no sufrir, nos hemos acostumbrado a “bajar” nuestras pretensiones. Nos damos por satisfechos con casi cualquier cosa. Hemos dejado de ser exigentes.

A sus 74 años, y como epílogo de su obra entera, Freud publicó *El malestar en la cultura* (1930), libro en el que recoge sus preocupaciones en relación con el conjunto de normas restrictivas de los impulsos humanos exigidos para mantener el orden social. En este sentido, la cultura y sus manifestaciones o prácticas —como pasa con la lectura— conforman parte del aspecto regulador de la vida en común al restringir las posibilidades de satisfacción de cada uno

*¿Quiénes son los
enemigos de los libros?
Los mitos de destrucción
habitan las teorías del
instinto en todas las
culturas.*

*Tal parece que en los
tiempos actuales el
dolor y el sufrimiento
son considerados de mal
gusto. Así pues, con tal
de no sufrir, nos hemos
acostumbrado a “bajar”
nuestras pretensiones.*

en aras de los demás. Así, parafraseando a Francesc Gomà i Musté (1977), la cultura —en este caso la lectura— limita la libertad y es frustrante.

A medida que los individuos progresan en la lectura como proceso cultural, lo hace de igual manera la culpabilidad, y menos feliz es el hombre

De este modo, y desde la perspectiva psicoanalítica, es posible establecer de manera hipotética una relación entre el sentimiento de culpabilidad y el proceso de lectura, es decir, a medida que los individuos progresan en la lectura como proceso cultural, lo hace de igual manera la culpabilidad, y menos feliz es el hombre: es frecuente que al rehuir los obstáculos del mundo exterior, trate de conseguir la satisfacción de sus impulsos mediante la sublimación, recurriendo al universo de ilusiones o imágenes que, por ejemplo, despierta en su potencialidad el objeto llamado “libro”.

Sin embargo, no todos tenemos acceso a esos bienes culturales, y para aquellos pocos para los que son accesibles, el tipo de placer que van a conseguir es tan leve, que sólo puede servir de refugio fugaz ante el cúmulo de dificultades de la vida.

Desde la perspectiva psicoanalítica, es posible establecer de manera hipotética una relación entre el sentimiento de culpabilidad y el proceso de lectura.

Este “porvenir de una ilusión”, Romain Rolland (1927) lo lleva a su representación más fiel, al menos en lo que respecta al consuelo de saber que si bien el mundo exterior puede impedir la satisfacción natural de los instintos, la práctica cultural de la lectura extiende la función de la conciencia más allá del malestar. Porque el hombre no sólo aspira a la felicidad, sino que no quiere dejar de aspirar a ella. Por el contrario, desea experimentar cada vez más intensas y recurrentes sensaciones placenteras. Sin embargo, la realidad no es fiable. De ahí la tendencia recurrente a disociarse del mundo exterior. Buscar refugio en los procesos internos psíquicos. Territorio otrora de las ilusiones, el ensueño y la imaginación. La felicidad entonces deviene una cuestión exclusiva de cada individuo en el sentido más limitado: cada uno debe buscar por sí mismo la manera en que pueda ser feliz.

Por qué, entonces, al hombre le resulta tan difícil ser feliz. No es fácil evocar la respuesta. Cual *dios con prótesis* (idea freudiana que nos remite a un dios que requiere de sustentos científicos, religiosos y sociales), el hombre ha construido

realidades paralelas (lo virtual es un claro ejemplo de lo anterior) que han modificado no sólo su manera de pensar sino de situarnos en el mundo. Las nuevas tecnologías no son sólo instrumentos de comunicación, son también medios de conocimiento, es decir, de construcción de significados que generan a la vez una impronta educacional en las nuevas generaciones. Y si el hombre, como sentencia Sartori (2006), es lenguaje —se construye en lenguaje y con lenguaje—, el vacío del medio con su incesante flujo mediático ha desmontado la cultura escrita por una cultura de lo inmediato que, en lugar de la reflexión, imita; en lugar de concentración, divierte.

Ferrarotti (1997) describe al nuevo ciudadano que, gracias a los avances de la tecnología audiovisual, se mantiene “informado” mediante la televisión, la telefonía celular, el internet y demás medios electrónicos:

La lectura le cansa [...] Intuye. Prefiere el significado resumido y fulminante de la imagen sintética. Ésta le fascina y lo seduce. Renuncia al vínculo lógico, a la secuencia razonada, a la *reflexión* que necesariamente implica el regreso a sí mismo [...] Cede ante el impulso inmediato, cálido, emotivamente envolvente. Elige el *living on self-demand*, ese modo de vida típico del infante que come cuando quiere, llora si siente alguna incomodidad, duerme, se despierta y satisface todas sus necesidades en el momento.

El fin de la cultura escrita, en este sentido, no implica el simple acto de la destrucción de los libros. De hecho, un personaje literario en 1953 (el bombero jefe, Beatty, en la novela *Fahrenheit 451*, de Ray Bradbury) nos advierte del peligro de quemar libros sin necesidad de una cerilla ni fuego: cuando el mundo empiece a llenarse de gente que no lee debido a que el bombardeo mediático las ha transformado en seres apáticos e indiferentes.

Es preciso recordar —si es que no se ha intuido ya— que la indiferencia puede venir disfrazada de un sinnúmero de formas entretenidas o divertidas, desde un anuncio

Las nuevas tecnologías no son sólo instrumentos de comunicación, son también medios de conocimiento, es decir, de construcción de significados.

Ray Bradbury nos advierte del peligro de quemar libros sin necesidad de una cerilla ni fuego: cuando el mundo empiece a llenarse de gente que no lee.

"La televisión, esa bestia insidiosa, esa medusa que convierte en piedra a millones de personas todas las noches mirándola fijamente, esa sirena que llama y canta, que promete mucho y en realidad da muy poco."
Bradbury

"Fahrenheit 451: temperatura a la que el papel de los libros se enciende y arde..."
Bradbury

La lectura es un modo de vida, en el entendido de que a través de ella es posible vivir lo que por nuestra condición de seres humanos, no podemos.

televisivo, un corte noticioso, un partido de fútbol o de una sección de videoclips musicales en MTV. No importa la forma sino el contenido.

Si uno llega a escuchar y comprender lo que esto quiere decir: que no se necesita prender fuego a una biblioteca o perseguir a los autores o lectores cuando la gente deja de aprender, de saber, de tener curiosidad, entonces uno —como el caso del legendario personaje Montag (del mismo clásico de ciencia ficción)— sabe lo que tiene que hacer: ir a sentarse con su hijo, abrir un libro y volver la página.

Entrevista 2

De profesión ingeniero en alimentos con grado de maestría, Eugenio tiene 52 años y reside en el municipio de Salamanca, Guanajuato. Desde hace ya varios años es maestro de videobachillerato, en alguna comunidad cercana a la cabecera municipal. A pesar de ser reacio a compartir su biografía como lector, sí deja en claro que para él la lectura es un modo de vida, en el entendido de que a través de ella es posible vivir lo que por nuestra condición de seres humanos, no podemos. No obstante, prevalece en él una visión que podríamos señalar como práctica sobre lo que entendemos como proceso lector: "El que quiera aprender, tome un libro y resuelva el problema".

El caos es lo que domina en lo que respecta a la distribución de su biblioteca personal. Su catálogo, sin definir por rubro temático, disciplina o autor, se compone actualmente de aproximadamente 2 000 volúmenes, cuya procedencia es de varia índole: libros recibidos como regalo, adquiridos en librerías de viejo o de reciente salida editorial. De carácter desprendido, el único método que maneja de descarte es el de regalar aquellos libros que ya no le interesan.

Eugenio no sabe a ciencia cierta si la lectura hace más felices a las personas, pero de lo que sí está seguro es de que puede hacer más conscientes a los individuos. Su visión de la cultura escrita en el futuro inmediato es alentadora, pero

un poco ingenua. Si bien el libro como objeto tecnológico ha reinado por varios siglos sin necesidad de electricidad, pantallas o la instalación de un *software*, aún lo considera como el medio de formación por excelencia, cuando sabemos que este papel ha sido suplantado por los medios audiovisuales de consumo masivo (léase la televisión e internet).

El hilo del Minotauro

Nota del director de la Administración penitenciaria dirigida el 28 de julio de 1949 a los señores directores de las circunscripciones penitenciarias:

Ha quedado prescrito, mediante una circular anterior, que el papel higiénico deberá colocarse en cantidad suficiente a disposición de los presidiarios, con objeto de evitar el deterioro de los volúmenes de la biblioteca.

Creo que es mi deber recordar estas instrucciones, a las que parece hacerse caso omiso en algunos establecimientos donde su aplicación se enfrenta a inconvenientes de orden financiero.

Por ello, en caso de que la compra de papel higiénico implicara gastos demasiados elevados, deberán repartir periódicos viejos que no tengan ya ningún carácter actual.

L'Eclou, núm. 12, agosto-septiembre de 1984.

Ovidio nos relata en *Las metamorfosis* la trágica historia del Minotauro y el laberinto: con motivo de haber descubierto un horrible adulterio, Minos decide encerrar al extraño monstruo —mitad humano, mitad toro— en los pasadizos de una construcción ideada por el más célebre arquitecto de la época, Dédalo, quien, a su vez, recurrió a la imagen del río de Frigia con su curso ambiguo y ondulante (“tanto fluye, tanto refluye”), con la intención de llenar de confusión los innumerables pasillos y encrucijadas que había edificado, y así volver imposible la salida.

El libro como objeto tecnológico ha reinado por varios siglos sin necesidad de electricidad, pantallas o la instalación de un software.

Por su cuenta, Michel de Montaigne, con la pretensión de huir de la vanidad del mundo, así como de la fugacidad del tiempo, al cumplir 38 años (el 28 de febrero de 1571) abandonó por voluntad propia los cargos públicos que en aquel entonces ostentaba y todas sus demás ocupaciones, y en un intento de autoapropiación se dirigió a la biblioteca de su castillo para pasar en ella el resto de su vida.

Al igual que Dédalo, dibujó una serie de círculos concéntricos que corresponden a los límites de su propiedad: los muros de su castillo, la torre donde se eleva la biblioteca, los libros alineados en cinco estanterías circulares, la mesa de trabajo, su propia figura cual Minotauro custodio, y como el núcleo vivo que absorbe todas las energías, la punta de la pluma deslizándose sobre una superficie en blanco.

Esta imagen de la biblioteca a semejanza de un laberinto, así como del bibliotecario como custodio de la misma, se repite una y otra vez a lo largo de la historia de la cultura escrita en Occidente. No hace falta recordar —en uno de tantos pasajes— que en la novela de Umberto Eco, *El nombre de la rosa*, como en su posterior adaptación cinematográfica, se resalta de manera singular el aspecto laberíntico de la biblioteca eclesiástica típica del medioevo.

Ser custodio de los códices en aquella época tenía una carga sagrada.

La imagen de la biblioteca a semejanza de un laberinto, así como del bibliotecario como custodio de la misma, se repite una y otra vez a lo largo de la historia de la cultura escrita en Occidente.

El cuidado que requería su guarda y conservación ya estaba previsto en las canónicas de la época visigótica. El que guardaba los códices y las reliquias era el funcionario encargado de su custodia, y su nombramiento se hacía con una ceremonia solemne para realzar a los ojos de las gentes el valor de la ciencia. La comunidad se reunía en uno de los ángulos de la iglesia. El monje elegido dejaba las filas de los hermanos y se postraba delante del abad. Éste, tomando el anillo de los estantes, se lo entregaba al monje diciendo: “Sé custodio de los libros y jefe de los escribanos”. Tras esta breve ceremonia, el nuevo bibliotecario besaba el pie del abad y se retiraba a ocupar su puesto. En adelante la vigilancia de la librería y el escritorio estaban a su cargo.

Esta encomienda (ser custodio de los libros y jefe de los escribanos) prevalece hasta nuestros días. El bibliotecario no sólo es “depositario” de lo que se considera un bien patrimonial de la nación (el acervo bibliográfico), sino proveedor de un servicio público si partimos del hecho —como afirma Silvia Castrillón (2004)— de que leer y escribir son un derecho ciudadano, frente al cual el bibliotecario desempeña un papel de agente promotor de la lectura. Esto se complica cuando retomamos la imagen del laberinto, porque éste, al igual que la biblioteca, se define no sólo por lo que la contiene, sino por todo lo que se deja afuera (la comunidad, las figuras asociativas del sector social, el centro de trabajo, etc.). Este doble gesto le otorga una multiplicidad de sentidos. Un laberinto dentro de otro laberinto.

El bibliotecario no sólo es “depositario” de lo que se considera un bien patrimonial de la nación (el acervo bibliográfico), sino proveedor de un servicio público

Ahora bien, sabedores del perfil profesional del bibliotecario, su quehacer se restringe al espacio privilegiado donde se reúnen libros y lectores. En esa medida, independientemente de sus funciones, lo limitado de sus recursos, colecciones, programas, en lo que concierne a la circulación y consumo pasivo de información en apoyo, sobre todo, del sistema escolar, se pierde buena parte de su capacidad de influencia en la formación de nuevos lectores, así como de la vocación del bibliotecario como lector crítico y reflexivo, curioso y bien informado que, a través de la escritura, piense y comunique su experiencia. Un bibliotecario en la concepción que aspira Freire (1999) capaz de comparar, valorar, intervenir, escoger y decidir.

La tarea tiene toda la traza de parecer descomunal, en especial cuando hablamos de miles de volúmenes y de su difusión. ¿Por dónde debemos empezar? Nunca como ahora la oferta para leer ha entrado en una fase de crecimiento enloquecido, a través de la circulación de publicaciones en cantidad mucho mayor de cuanto se ha producido en toda la historia de la cultura escrita en el mundo. El lector ha perdido las fronteras que le permitían moverse en un campo de referencias bibliográficas con relativa seguridad. Ya en tiempos de los romanos se vivía una verdadera bibliomanía.

“La biblioteca es un centro cultural y no un depósito silencioso de libros, propicia leer el texto en relación con el contexto.” Paulo Freire

*Montaigne se declara un
hombre ocioso, un lector
desordenado que hojea
libros sin intención,
hasta que encuentra
el hilo que lo guía por
entre los acontecimientos
cotidianos, por entre el
azar de las lecturas.*

*El quehacer del
bibliotecario se centra
en brindar a cada lector
las herramientas que le
permitan tejer su propio
hilo que lo guíe por entre
los demasiados libros*

Petronio nos cuenta cómo los “nuevos ricos” se jactaban con sus huéspedes de poseer dos bibliotecas, una griega y otra latina. Séneca hace referencia de los que compraban libros por millares, pero sin siquiera haber llegado a leer, asegura, los títulos de todos sus libros. Eran meros adornos, complementos de la casa, como cualquier mueble nuevo en la estancia o en la sala del baño. Luciano también se burla de esos lugares de esparcimiento (las bibliotecas) “para los ratones, un asilo para la polilla y un terror de los criados”.

Entonces, ¿cuál es la misión del bibliotecario cuando se menciona la promoción de la lectura en la biblioteca pública? Regresemos por un momento a Montaigne en su biblioteca, a ese desorden que nos describe Jorge Larrosa (2003) y que “tiene sentido por el orden que lo centra, la confusión por la claridad que lo ilumina, la multiplicidad por la unidad que finalmente recoge”. Porque Montaigne sin ningún empacho se declara no sólo un hombre ocioso —recordemos que la ociosidad es la madre de la lectura—, sino, a su vez, un lector desordenado, hojea los libros sin orden y sin intención, cual lector errante en cualquier biblioteca pública de la actualidad, hasta que por entre esa superabundancia que asemeja un laberinto móvil, encuentra el hilo que lo guía por entre sus propias ocurrencias, por entre los menudos acontecimientos cotidianos, por entre el azar de las lecturas y los impulsos más espontáneos. En el caso de Montaigne, el hilo está conformado por la escritura misma. Es ya un monstruo escribiente, al grado que confiesa: “Soy yo mismo la materia de mi libro”.

El quehacer del bibliotecario se centra, precisamente, en brindar a cada lector las herramientas que le permitan tejer su propio hilo que lo guíe por entre los demasiados libros (Gabriel Zaid *dixit*). En la antigüedad clásica existía ya la costumbre conocida entre los griegos, y muy difundida por los romanos, de las “recitaciones” o lecturas públicas. Así, el papel del bibliotecario, en primera instancia como lector, es la de preguntarse cuál es el verdadero valor de los libros en el momento que se pretende fomentar la lectura. Retomando a Silvia Castrillón en *Lectura: educación*

y *democracia*, la lectura debe permitir la reflexión, el autoconocimiento, y el conocimiento y la aceptación del otro. Leer es pensar, y tiene que ver con un mejoramiento en la calidad de vida, no porque se considere la lectura como un artículo de primera necesidad, sino porque es útil. Es la mejor herramienta que se conoce para cambiar nuestras condiciones socioculturales, por difíciles que parezcan.

Para Borges, el libro “es una extensión de la memoria y de la imaginación”. No la memoria y la imaginación, sino un medio para llegar a la memoria y a la imaginación. En el mismo tenor, la biblioteca encarna esa memoria colectiva, subordinada a la lectura y puesta a su servicio. La supuesta crisis de la cultura contemporánea reside al parecer en que el lector no encuentra asidero alguno en el sinnúmero de pasadizos que se abren ante él, y que toman la forma de los anaqueles de nuestra biblioteca.

Así, esa frágil experiencia que es la lectura —de la mano del bibliotecario, no del custodio, sino del guía— le permite al lector apropiarse de lo que está recogido, guardado. El hilo a través del cual podemos encontrar la salida.

En este sentido, la experiencia de la lectura, la experiencia del libro, tiene que ver con la apropiación de la palabra: el reconocernos y celebrarnos mediante el habla. No obstante, la biblioteca ha dejado de ser en la actualidad un espacio privilegiado. El libro, por su parte, ha abandonado su función anteriormente exclusiva de transmisor de conocimientos. En suma, tanto la biblioteca como el libro están desacralizados.

De igual manera, la experiencia de la lectura como experiencia de formación, como apropiación de nuestra identidad significa, entonces, apropiarnos de nuestra propia experiencia lectora. Y la biblioteca, en su calidad de espacio habitual, ordinario y profano, puede ser la extensión de dicha experiencia.

Así pues, palabras clave como biblioteca, libros, lectores, lectura y formación, que para algunos pueden sonar anacrónicas, en un poema de Roberto Juarroz nos llenan de posibilidades:

*Para Borges, el libro
“es una extensión
de la memoria y de
la imaginación”.*

*No la memoria y la
imaginación, sino un
medio para llegar a
la memoria y a la
imaginación.*

*En este sentido, la
experiencia de la
lectura, la experiencia
del libro, tiene que ver
con la apropiación de la
palabra: el reconocernos
y celebrarnos mediante
el habla.*

Los servicios de la biblioteca pública se prestan sobre la base de la igualdad de acceso para todas las personas, sin tener en cuenta su edad, raza, sexo, religión, nacionalidad, idioma o condición social.

Heriberto considera que las bibliotecas públicas antes de ser lugares para cubrir necesidades de información, son centros de lectura.

También las palabras caen al suelo

[...]

Pero hay algunas que permanecen caídas,
y a veces uno las encuentra
en un casi larvado mimetismo,
como si supiesen que alguien va a ir a recogerlas
para construir con ellas un nuevo lenguaje,
un lenguaje hecho solamente con palabras caídas.

Hagamos, entonces, con esas palabras caídas que nuestras bibliotecas sean espacios para la lectura.

Entrevista 3

Heriberto (35 años) es originario de Ocampo, municipio al norte del estado de Guanajuato, que colinda con San Luis Potosí. Lleva 10 años como bibliotecario en una biblioteca pública municipal en esa localidad, a pesar de contar con estudios hasta la preparatoria.

En su historia lectora recuerda que su afición por la lectura se inició a través de cuentos que las maestras de preescolar y primaria relataban, así como de las historias que sus padres les narraban a sus hermanos y a él. De ahí su afición desde temprana edad por adquirir los cuentos clásicos de los hermanos Grimm y Hans Christian Andersen, además de historietas y otros textos de carácter lúdico y de fácil comprensión. Esto lo llevó a ser también lo que él considera un “buen usuario” de biblioteca, pues no sólo asistió a consultar para apoyo de las tareas escolares, sino para leer y solicitar libros en calidad de préstamo a domicilio.

Heriberto considera que las bibliotecas públicas antes de ser lugares para cubrir necesidades de información, son centros de lectura. En el mismo tenor, para él, un bibliotecario es un profesionalista (aunque él no cuente con un título en bibliotecología), cuyo objetivo principal es la de fomentar el hábito de la lectura.

Reconoce, no obstante, que esta competencia no es extensiva a todas las personas que laboran en una biblioteca, debido, sobre todo, a que no tienen en muchos casos el perfil adecuado, o como él dice, “actitud y aptitud” ante un compromiso de servir a la sociedad.

*El tiempo de la lectura
no decepciona; la
realidad, al parecer,
siempre lo hace.*

La lectura y la vida

La vida siempre está en otra parte. Así define Marcel Proust ese estado de conciencia que durante su infancia vivió acompañado por su libro favorito: “Con los ojos todavía fijos en algún punto que en vano hubiéramos buscado dentro de la habitación o fuera de ella, pues está situado a una distancia anímica, una de esas distancias que no se miden por metros o por leguas, como las demás, y que es por otra parte imposible confundir con ellas cuando se mira a los ojos ‘perdidos’ de aquellos que están pensando ‘en otra cosa’”.

De este modo, la lectura deviene viaje estacionario en busca del tiempo perdido. El tiempo de la lectura no decepciona; la realidad, al parecer, siempre lo hace. Habrá que mudar el día en noche, suplir eso que falsamente llamamos vida por lo que consideramos como verdadera vida: la experiencia de la lectura, o eso es lo que piensa el escritor francés.

Experiencia que, en la práctica —lo sabemos— se topa con el principal obstáculo para cualquier lector: el tiempo que se le dedica a este quehacer. Porque leer requiere de tiempo. Si consideramos que la experiencia lectora puede sustituir al hecho mismo de vivir, corremos el riesgo de llegar a olvidar que la lectura es sólo una herramienta más para acrecentar nuestras experiencias vitales, pero no es su fin sustituirlas.

Experiencias lectoras no para evadirnos de la vida, sino, por el contrario, para acercarnos a ella; no para contemplar los problemas, sino para reflexionar en torno a ellos; no sólo como divertimento, sino para aprender a discernir; no para escuchar las voces de los demás, sino

*Leer requiere de tiempo.
Si consideramos que la
experiencia lectora puede
sustituir al hecho mismo
de vivir, corremos el
riesgo de llegar a olvidar
que la lectura es sólo
una herramienta más.*



para empezar a compartir nuestra propia opinión; no como forma de escape, sino como asidero de la vida misma.

De vuelta a la coyuntura entre la lectura y el tiempo que se le dedica, imaginemos por un instante que estamos frente a una estantería, en la cual se han colocado todos los libros que hemos leído, aquellos que actualmente estamos leyendo y los que leeremos durante el resto de nuestra vida. Pues esta biblioteca personal de cualquier lector promedio no sería rebasada en mucho por la de alguno de los que se autodenominan lectores profesionales.

Esto, por supuesto, contrasta mucho con la oferta que tenemos en este preciso momento para leer, sin contar con lo que en el futuro se publicará sólo en nuestra lengua materna. Para muestra, las siguientes cifras: en 1975 fueron producidos en el mundo 572 000 títulos; en 1980, 715 000; en 1983, 772 000. Tan sólo en Japón se producen casi 40 000 títulos al año, mientras en Iberoamérica alcanza la cifra de 100 000. ¿Cuántos libros de este universo puede leer en el lapso de su existencia un lector consumado?

Esta inmensa producción editorial convertida en industria cultural pone a disposición del público lector productos o mercancías (libros) para todos los gustos. Así, tenemos desde literatura de entretenimiento, clásicos en ediciones modernizadas o abreviadas, ensayos filosóficos, de divulgación científica o sobre temas políticos, hasta recetarios, recopilación de chistes, *comics*, poesía, novela histórica, del género policiaco, *best-sellers*, ciencia ficción, pasatiempos, guías de viajes, novela rosa, y un largo etcétera.

Esta problemática de la lectura y el libro desdibuja al lector tradicional, individualizado en su práctica, por un modo de lectura de masas que lee no por una determinada inclinación intelectual (un deber de estar informado y formado por la cultura escrita), sino influida por una feroz y permanente campaña mediática que no se contrasta con cualquiera otra que promocióne el consumo de alimentos, muebles, decoración de interiores, ropa, electrodomésticos, automóviles, entre otros.

No obstante el incremento de un sinnúmero de “productos” para leer, ¿corresponderá éste a un aumento de la actividad lectora? De entrada, pareciera que existen en el mundo globalizado muchos más lectores que nunca en los siglos pasados, pero en el mismo tenor el número de personas analfabetas es mayor. Pareciera que cada vez más carecemos del tiempo necesario para leer. El hombre ocioso, a la manera de Michel de Montaigne, quien se vanagloriaba de serlo, ya no tiene cabida en el mundo actual. La vida pública y privada han llegado a racionalizarse al grado de que ahora estructuramos nuestras actividades con el reloj en mano, cuando nuestros antepasados lo hacían mediante el ritmo natural que imponía la noche, el día y las estaciones (Young, 1988). Lo curioso es que en plena revolución de la información nos ahogamos en la ignorancia. Para complicar aún más el asunto, la lectura ya no es el principal instrumento de culturalización del hombre contemporáneo. Los medios electrónicos, sobre todo los audiovisuales, han asumido el papel de vehículos de información y formación colectivas. Por si esto no fuera suficiente, Markoff (1988) se aventura al afirmar que en un futuro cercano la mayor parte de la información que tienen las bibliotecas podrá “leerse en una máquina”.

Así las cosas, lo primero que aprende quien se precia de ser buen lector es que, cuanto más lee, más se quedará por leer. Este vértigo ante la infinita vastedad que conforman todos los libros que se han escrito desde el origen de la cultura escrita, se ve reflejada en los miles de libros que no sólo se exhiben en los escaparates de las librerías, en los anaqueles de una biblioteca, sino en los que son destruidos porque no se vendieron, por un incendio, una inundación; pero, sobre todo, por los que por la circunstancia que sea, jamás leeremos. La lectura y la vida son caminos que no siempre confluyen.

La lectura ya no es el principal instrumento de culturalización del hombre contemporáneo. Los medios electrónicos, sobre todo los audiovisuales, han asumido el papel de vehículos de información y formación colectivas.



Entrevista 5

Carmen, de 59 años, ha sido narradora oral escénica, bibliotecaria, bailarina de danza folclórica, profesora, actriz y promotora de lectura. Como vendedora confiesa muy orgullosa: “Yo vivo de los libros y de su lectura”.

Nació en Cortázar, Guanajuato, pero su vida se ha desarrollado profesionalmente en la vecina ciudad de Irapuato. En el ámbito cultural de la entidad se le reconoce como fundadora y organizadora de varias de las ferias del libro y festivales de lectura en diferentes municipios.

*Ante la infinita
vastedad que conforman
todos los libros que se
han escrito desde el
origen de la cultura
escrita, está ese vértigo
que da el pensar en los
que jamás leeremos.*

Por su profesión como promotora de lectura, ha viajado por invitación a varios países de América del Sur. Ha impartido un sinnúmero de cursos y talleres en casas de cultura, bibliotecas públicas municipales y centros educativos.

Su padre y abuela paterna fueron grandes lectores y quienes iniciaron en ella el gusto por la cultura escrita. Recuerda que siempre hubo libros en la casa familiar y que, por lo mismo, cuando los trae a la memoria es siempre con un libro en la mano.

Carmen señala que si bien los vendedores de libros se enfrentan día con día con varios problemas (las sucesivas crisis económicas, los libros “pirata”), no queda sino reconocer que los libreros son personas que ofertan al público libros, así que a la mayoría sólo le interesa “vender” y no tiene el gusto por la cultura escrita.

Entre los géneros que más le agradan como lectora consumada, de manera indistinta se encuentran la novela, el cuento, la poesía, las ciencias, el arte y la recreación. Pero independientemente de que el género narrativo es el género que arroja mayor número de ventas, también vende manuales de mecánica, para aprender guitarra sin maestro, de carpintería, para cría de animales, cocina, entre otros.

Para finalizar, lanza la siguiente sentencia que, de alguna manera, engloba el concepto que maneja sobre la relación entre el lector o lectores y los libros: “El consumidor compra lo que sea; el lector selecciona lo que le gusta o lo que le sirve”.

¡Qué extraño es lo mismo!
Descubrir lo mismo.
Llegar a lo mismo.

Elogio de lo mismo, GABRIEL ZAID

Lectura y democracia

Liminar

En el momento preciso en que escribo estas líneas, un sinnúmero de personas sale a la cacería de la experiencia más inmediata: una pareja entra en el videoclub de su barrio con la intención de rentar el último éxito de la industria cinematográfica *hollywoodense*; al mismo tiempo, en un café internet, un adolescente fantasea —frente a una pantalla— que tiene una relación virtual con una desconocida al otro lado del mundo; a unos pasos, a resguardo de miradas indiscretas, otro joven recorre sitios en la red dedicados a la pornografía; mientras, en el exterior de un teatro, varias personas están haciendo fila en espera para entrar y presenciar algún espectáculo, concierto o película; o están a punto de saltar desde el puente más alto, el edificio más alto o la montaña más alta como otra actividad más de lo que conocemos como turismo de aventura.

De la misma manera, se menciona hasta el cansancio que vivimos o “padecemos” una sociedad de la información. No obstante, cada día se generaliza más la opinión de que a la par del consumo voraz de datos, se presenta un consumo a la alza de estímulos o excitaciones igualmente fugaces y efímeras. Estas “experiencias” nos son “vendidas” como productos o mercancías en diferentes formatos: embotelladas en envases de refresco de una marca por demás conocida, en discos compactos de un anónimo cantante del momento; en revistas de chismes sobre el mundo del espectáculo; en paquetes todo pagado para disfrutar del sol y la playa; en cambios de *look* con todo e implantes; en dosis de alguna droga sintética; en frases publicitarias plasmadas en anuncios espectaculares o escritas en un objeto llamado “libro”.



*Leer tiene "sentido"
porque nos hace pensar,
sentir, escuchar la vida
desde otros ojos, otros
oídos, desde otras formas
de asumir la existencia
siendo ésta, en el fondo,
la misma.*

Empero, para que una verdadera experiencia sea posible, esa unidad entre vida y pensamiento, es preciso estar consciente de "lo que nos pasa". Jorge Larrosa lo dice de manera más clara y directa: "La experiencia es lo que nos pasa, o lo que nos acontece, o lo que nos llega. No lo que pasa, o lo que acontece, o lo que llega, sino lo que nos pasa, o nos acontece, o nos llega".

Cabe preguntarnos, entonces, ¿por qué si en nuestro mundo nunca han pasado tantas cosas, la experiencia es cada vez más rara? ¿Por qué no nos suceden "cosas" y, cuando nos suceden, no somos conscientes de ellas? María Zambrano, en *Notas de un método*, nos propone hacer posible la experiencia, es decir, la vida dotada de cierto sentido:

La experiencia precede a todo método. Se podría decir que la experiencia es "a priori" y el método "a posteriori". Mas esto solamente resulta valadero como una indicación, ya que *la verdadera experiencia no puede darse sin la intervención de una especie de método* [las cursivas son mías]. El método ha debido estar desde un principio en una cierta y determinada experiencia, ya que por virtud de aquél llega a cobrar cuerpo y forma, figura. Mas ha sido indispensable una cierta aventura y hasta una cierta perdición en la experiencia, un cierto andar perdido el sujeto en quien se va formando. Un andar perdido que será luego libertad.

Esa posibilidad de que algo nos pase requiere acoger la vida de otra manera. La experiencia lectora es algo similar. Leer tiene "sentido" porque nos hace pensar, sentir, escuchar la vida desde otros ojos, otros oídos, desde otras formas de asumir la existencia siendo ésta, en el fondo, la misma. Por eso, lo expuesto en este texto en lugar de animar al promotor de lectura en su afanosa incursión en la cultura escrita, está más bien dirigido al lector, cuya afición por la palabra, esa fascinación por lo que nosotros hacemos con las palabras, lo que las palabras hacen con nosotros, tiene incidencia, además, con compartir esa experiencia, la suya, "lo que le pasa", con los otros.

Sabemos que gestionar es hacer, provocar, encaminar. Hacer que las cosas sucedan. Pero para que el promotor cultural (en este caso de lectura) esté consciente de “lo que le pasa” y “lo que nos pasa” es necesario que se detenga. Pensar más despacio, mirar más despacio, escuchar más despacio le permitirá generar procesos que brinden experiencias verdaderas y satisfactorias frente a interrogantes generales sobre qué es leer y para qué sirve.

La ausencia de lectura se acompaña, generalmente, de la ausencia del sentimiento de esta ausencia.

Parafraseando una sentencia que Pierre Bordieu dejó escrita, ésta podría sonar así: la ausencia de lectura se acompaña, generalmente, de la ausencia del sentimiento de esta ausencia.

Éste es el tamaño del reto: la lectura para la vida, lectura de la diferencia, de la complicidad. Porque lo importante no es la lectura por sí misma. El fin son los lectores: su vida.

Leer la cultura

Alguien dijo en alguna parte que todo hecho humano es “culturalmente culpable”. Entonces, nada más cierto que lo que menciona Aldous Huxley respecto a que “somos víctimas y beneficiarios de nuestra propia cultura”.

Somos víctimas y beneficiarios de nuestra propia cultura.
HUXLEY

Repensar la problemática de la lectura —qué leemos y por qué—, nos lleva por necesidad a profundizar en los distintos niveles de tal acción cultural. No obstante, la noción de cultura ha presentado sin remedio una constante evolución histórica. Ya en 1952, Kroeber y Kluckhohn publicaron un libro (*Culture. A critical review of concepts and definitions*), en el cual registraron 164 definiciones de cultura, y clasifican dichas acepciones en seis grandes grupos de la antropología social: *descriptivas*, aquellas que presentan la cultura como “ese todo complejo que incluye conocimiento, creencias, arte, moral, ley, costumbres y otras capacidades y hábitos adquiridos por el hombre en tanto perteneciente a una sociedad determinada” (Edward B. Taylor); *históricas*, cuyo énfasis recae en la herencia cultural; *normativas*, la cultura como orientadora de conductas;

psicológicas, como manifestación de comportamientos; *estructurales*, la cultura vista como significante universal; hasta llegar a los tiempos actuales con nuevas definiciones e interpretaciones de cultura como recurso (George Yúdice), reserva disponible o como catalizador del desarrollo humano, producto de su relación no reciente, sino percibida con la esfera política y económica. En otras palabras, la cultura como práctica o, debería decir, prácticas.

La globalización incluye las costumbres que conforman la vida cotidiana, y el futuro de las identidades nacionales tendrá relación con la preservación y administración del patrimonio histórico, artístico y cultural, así como con los bienes e industrias culturales.

Esta diversidad de expresiones derivan a su vez en un sinnúmero de políticas y discursos de la animación sociocultural que son posibles de englobar en dos grandes ejes: aquellos que piensan que la cultura es “algo ya establecido” y que, por tanto, es preciso acercar/llevar/mostrar a la población. De allí surgen las políticas centradas en la difusión cultural que, en el caso específico de la promoción de la lectura, podemos sintetizar en una sola frase célebre: *Dar de leer*. Esta visión vertical y unilateral se contrapone a ese otro eje que reconoce el pluralismo cultural al repartir “en forma equitativa entre los diversos grupos sociales los espacios y recursos de la cultura para que puedan desarrollar su propia cultura” (Adolfo Colombres). Esta cultura que podemos nombrar como democratizada, busca de manera más clara: QUIÉN (grupo o sector social) DECIDE y SOBRE QUÉ (elementos culturales) decide. Su campo, a diferencia de la anterior visión patrimonialista, es el campo de “LO PROPIO”.

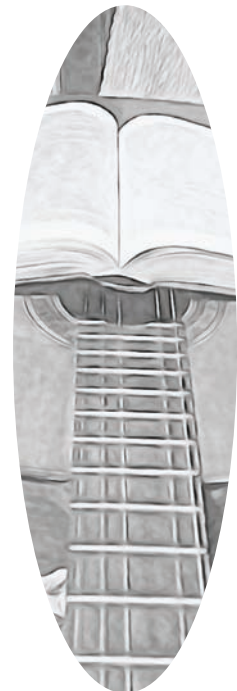
Del mismo modo, al referirnos a la “globalización”, se tiende a identificarla de manera exclusiva como una serie de procesos de intercambio económico (políticas de regulación comercial y de producción, acuerdos sobre aranceles, promoción de inversión nacional y extranjera, derechos de propiedad intelectual y otras cuestiones de hábitos de consumo), que coloca los aspectos políticos, ecológicos y sociales en un segundo término, pero abandona por completo su dimensión cultural, es decir, el conjunto de prácticas o costumbres que conforman la vida cotidiana, cuando el futuro de las identidades nacionales (sea lo que sea que entendamos como identidad nacional) —para bien o para mal— tendrá relación no sólo con la preservación

y administración del patrimonio histórico, artístico y cultural: sitios históricos, arqueológicos, museos, obras de arte (visión patrimonialista de la identidad), sino con los bienes e industrias culturales: libros, música, industrias como la radio, televisión, cine; así como con la formación de creadores, públicos, consumidores, lectores, usuarios; en resumen, ciudadanos. La globalización deviene difusor de los procesos simbólicos que, a su vez, impulsa la economía y el quehacer político.

Surge, entonces, la pregunta sobre la naturaleza de este nuevo ciudadano y dónde se inserta en la recomposición de las culturas nacionales, cuando éstas no son uniformes ni cuentan con los mismos escenarios. La diversidad de identidades culturales posee residencia permanente y las instituciones del sector parecen desbordadas ante lo que podríamos nombrar un fenómeno multicultural, en el que las culturas nacionales ya dejaron de ofrecer un rostro uniforme. Esta nueva sociedad requiere de una nueva integración cultural, pero, lamentablemente, las instituciones aún no representan de manera adecuada esta nueva existencia sociocultural. Porque en el caso de los lectores, éstos no emergen de la nada, sino de escuelas, facultades, bibliotecas, salas de lectura y del propio hogar. Es cierto, decir que los lectores tienen la última palabra en cuanto a lo que merece circular en forma de material de lectura es una verdad engañosa, porque carecemos de equilibrio entre el interés público y lo que el Estado piensa que es su misión en la formación de lectores.

Esto nos lleva a lo que, con acierto, Graciela Montes reflexiona en torno a lectura y poder. En sociedades como la nuestra, con enormes desigualdades en la apropiación de bienes culturales, no cabe la menor duda de que la lectura tiene que ver con la noción del poder. Quien opine lo contrario sólo percibe la lectura como algo inocuo, adorno que nos brinda prestigio intelectual y, en consecuencia, sirve de escalafón social o, por otra parte, funge como un entretenimiento más. De aquí se deduce que si la lectura es poder, debe ser mantenida bajo control. “Ponerse a

Decir que los lectores tienen la última palabra en cuanto a lo que merece circular en forma de material de lectura es una verdad engañosa.



El lector está siempre insatisfecho. Un lector lee, y al leer cuestiona. Una lectura viva es una lectura rebelde, por lo que se requiere de lectores desobedientes. Lectores que al leer, lean de otra manera.

leer”, significa asumir una actitud, tomar una decisión. De vuelta con Graciela Montes, ella menciona que “el que lee no está ‘pegado a las cosas’, se ha despegado de ellas [...] pega un salto, descree de lo automático, siente perplejidad, curiosidad [...] busca indicios y, encontrados los indicios, tiene la audacia de construir pequeñas ciudades de sentido, pequeños universos que habita durante un tiempo, sin enraizar definitivamente en ellos porque habrá que seguir leyendo”. El lector está siempre insatisfecho. Un lector lee, y al leer cuestiona. Una lectura viva es una lectura rebelde, por lo que se requiere de lectores desobedientes. Lectores que al leer, lean de otra manera.

Así pues, si la lectura es una de tantas prácticas culturales o recursos para alcanzar un fin, esto implica, sin lugar a dudas, una toma de posición, una acción política. La lectura no puede ser considerada, y menos asumida como un acto neutral si su naturaleza tiende a consolidar la participación activa de la ciudadanía.

En los tiempos actuales, la lectura ya no como concepto, sino como accionar, oscila entre aquellos promotores de lectura que optan por la lectura de escaparate:

la lectura como moda, espectáculo, la lectura por el simple hecho de leer: leer a toda costa, sin importar siquiera que se tenga que sacrificar la esencia o naturaleza de la propia lectura (la reflexión), y aquellos otros promotores culturales (qué es un promotor de lectura sino un promotor cultural) que viven un regreso a la lectura viva, regreso a los ciudadanos, creadores de su destino personal y colectivo. Esto es, una lectura —como la nombraría Toni Puig— de la creatividad y la cohesión ciudadana. Porque qué es la lectura sino “cosa de los ciudadanos”. De los ciudadanos y con los ciudadanos.

El promotor de lectura debe hacernos recordar que la lectura es, ante todo, un valor cívico.

Por lo tanto, el promotor de lectura debe recordar y, por qué no, hacernos recordar que la lectura ante todo es un valor cívico. Lectura que parte “desde y con la cultura”, desde y con los ciudadanos. Son ellos quienes desean, ne-

cesitan, buscan y proponen. Si la lectura es un actuar, éste debe darse con base en ideas generadoras, sensibilizadoras, en búsqueda permanente de sentido.

Escuchar, hablar, leer y escribir son habilidades y competencias fundamentales para lograr un proceso de comunicación integral con un enfoque en permanente construcción de significación y sentido. Porque de qué sirve leer si no sabe uno comunicarse.

¿De qué sirve leer si no sabe uno comunicarse?

Los otros libros y los otros lectores

Silvia Castrillón, en su ya mencionado ensayo *Lectura: educación y democracia*, hubiera podido decir que la lectura sirve para el diálogo y la comunicación. Una lectura para el descubrimiento de las potencialidades de cada individuo, y capaz de desarrollar estas potencialidades. Una lectura que forme y respete la autonomía. Que permita descubrirnos como ciudadanos de un país sin renunciar a ser ciudadanos del mundo. Una lectura apasionada por la ciencia, y no por eso menos alegre. Una lectura que retome sus principios humanísticos. Que coloque al ser humano en el centro de las preocupaciones y que lo trate como sujeto.

En consecuencia, la lectura conlleva una vocación democrática y tiene que ver con un mejoramiento en la calidad de vida, no porque leer resuelva una distribución de la riqueza más justa y equitativa, sino por ser un medio que genera posibilidades de actuar en el mundo. Marcia Abreu sentencia que quien entra en contacto con un texto siempre está envuelto en cuestiones culturales, políticas, históricas y sociales.

Sobre este punto, es posible afirmar que el lector es un ser ético y político. Si la lectura, como se ha señalado, implica elección y acción, es por tanto necesariamente política. No obstante, se menosprecia intervenir en el mundo. Se piensa que el lector debe sólo *disfrutar* la cultura escrita sin asumir una postura a favor o en contra de algo, acaso porque la política se ha ganado la fama de lucrar para fines

La lectura conlleva una vocación democrática y tiene que ver con un mejoramiento en la calidad de vida, no porque leer resuelva una distribución de la riqueza más justa y equitativa, sino por ser un medio que genera posibilidades de actuar en el mundo.

particulares. El pensamiento político no requiere saber *cómo* se hacen las cosas, sino *por qué*.

Se habla mucho de leer la realidad. Para ello, se requiere ser crítico y reflexivo para comprender, pero, sobre todo, para construir puentes entre el pensamiento y la acción. Si la lectura es considerada una actividad inútil, ¿cuál es el valor de dicha práctica en un contexto dominado por los medios masivos de comunicación, donde el ciudadano es, antes que nada, consumidor? La lectura requiere de muchas horas libres. Contemplar exige ocio (Roland Barthes). Según confiesa Michel de Montaigne en el ensayo *De la ociosidad*, el proyecto general de su obra nace, precisamente, del ocio y del reposo al que se aplica en su retiro voluntario. Quietud, seguridad y reposo lo alejaron de la vanidad del mundo para consagrarse en la libertad de su retiro. Semejante a un viajero estacionario, vive, alrededor de sus libros, como conviene saber vivir uno mismo, en sí mismo y para sí mismo.

*Se piensa que el lector
debe sólo disfrutar
la cultura escrita sin
asumir una postura a
favor o en contra de algo.*

Este estadio al que se refiere Montaigne es un estadio en constante movimiento, pero, a la vez, refrenado y constreñido en labor concreta, y para ello se vale de la imagen de un jardín abandonado: “Como vemos los terrenos baldíos, si son fecundos y fértiles, tupirse con cien mil clases de hierbas silvestres e inútiles, y que, para hacerlas provechosas es preciso cultivarlas y emplear detenidamente semillas para nuestro servicio”.

Harold Bloom ha dicho de Montaigne que cuando habla de sí mismo en los *Ensayos* no representa al “hombre medio” sino a casi todos los hombres que tienen el deseo, la capacidad y la oportunidad de pensar y leer. Montaigne, cual perfecto espectador o paciente jardinero, se declara a menudo, y con placer, un hombre ocioso. Lector desordenado, lee sin ninguna precaución. Y, en esa lectura errática que sirve como una especie de espejo, podemos vernos reflejados en la forma entera de nuestra condición humana: leemos sin pretensión ni exactitud; sin conciencia. Lectores errantes, hojeamos los libros sin orden y sin intención. Nos extraviarnos frente a la fascinación por la palabra.

Carecemos de un aparato crítico que nos salve del objeto llamado “libro”. El problema no es sólo cuestión de cómo apropiarse de los libros, sino también, de cómo apropiarse de su propio libro (Jorge Larrosa); en otras palabras, de cómo y para qué apropiarnos de un bien cultural.

Montaigne, desde la seguridad de su laberinto, nos lanza una mirada reflexiva que nos advierte sobre lo que significa la autoapropiación. Esto es, hacernos dueños de los libros, de la lectura, de nuestra propia existencia y destino:

Cuando últimamente me retiré a mi casa, resuelto, mientras pudiera, a no ocuparme más que en pasar en reposo y apartado lo poco que me quedare de vida, me pareció que no podía hacer favor mayor a mi espíritu que dejarlo divertirse solo en plena ociosidad, sosegándose y deteniéndose en sí mismo. Esperaba que sería lo mejor que podría hacer y que con el tiempo se haría más firme y más maduro. Pero hallé que “la ociosidad disipa la mente en todos los sentidos” y que caballo que escapa da cien veces más carrera que sirviendo a otros. En efecto, tantas quimeras y fantásticos monstruos engendró mi ánimo, sin orden ni concierto, que para contemplar a mis anchas sus inepticias y extravagancias, he comenzado a escribirlos, esperando que con el tiempo avergüencen a mi mismo espíritu.

Si la lectura es considerada una actividad inútil, ¿cuál es el valor de dicha práctica en un contexto dominado por los medios masivos de comunicación, donde el ciudadano es, antes que nada, consumidor?

Lectura democrática

No hay concepto de la sociología más manoseado y, por lo mismo, tergiversado, que el término “democracia”. Palabra con una larga trayectoria en lo que concierne al estudio de las estructuras sociales, más pobre en cuanto a su práctica como elemento de promoción sociocultural (política cultural), en el sentido de “asegurar que individuos, organizaciones, comunidades y pueblo dispongan de los instrumentos y espacios necesarios para que con libertad, responsabilidad y autonomía puedan promover procesos

*Ser sujeto cultural no
corresponde a una
decisión centralizada,
sino a un esfuerzo
continuo e individual.*

*Definir la promoción
de lectura como medio
institucional en la
formación de lectores
activos no tiene sentido
si sólo promueve el
acceso a la cultura
escrita.*

de participación y de vida asociativa en la realización de las actividades culturales” (Ezequiel Ander-Egg).

Con frecuencia definimos democracia mediante el uso de términos igualmente vagos e imprecisos: igualdad, libertad del individuo, participación del pueblo, pero ninguno de estos conceptos nos acerca a ese conjunto de valores y prácticas que intervienen en una determinada organización social si no tenemos como eje central una *política del sujeto* (Robert Fraisse). Esto es, el sujeto visto como construcción del individuo (o del grupo) “por la asociación de su libertad afinada y su experiencia vivida, asumida y reinterpretada” (Alain Touraine).

Democracia no significa imponer el poder de la mayoría sobre los derechos de las minorías, ni reducir al ser humano a ser únicamente un ciudadano, sino reconocer que el individuo es un sujeto en la medida que asocia en sus conductas el deseo de libertad y la pertenencia a la cultura de un grupo social determinado en cuanto que éste la posee, no como conocimiento sino como vivencia. Así, en alusión a Charles Taylor, la democracia cultural es una política de reconocimiento del otro.

Si partimos de esta premisa, ser sujeto cultural no corresponde a una decisión centralizada, sino a un esfuerzo continuo e individual; es, en otras palabras, un constante “ir al encuentro”, ejercicio jamás acabado a través de lo que Alasdair MacIntyre nombra como “la unidad narrativa de una vida”, o lo que nosotros podríamos señalar como “proyecto de vida” que permita al sujeto en libertad organizar sus experiencias.

Este sujeto cultural es la respuesta a la pregunta que el promotor de lectura se hace en su afán por construir democracia cultural. Definir la promoción de lectura como medio institucional en la formación de lectores activos no tiene sentido si sólo promueve el acceso a la cultura escrita sin un espíritu democrático que impregne todos los aspectos de la vida social del lector (tanto en la escuela, como en el trabajo; en la comunidad como en la salas de lectura).

La lectura no trata, como se ha querido pretender en forma retórica, de brindar exclusivamente gozo y disfrute (¿qué significa el eslogan “Leer para ser mejores”?). Esta visión aséptica y políticamente correcta inhibe, precisamente, la libertad del sujeto porque no le interesa que el actor modifique por medio de la lectura su entorno.

Si bien todas las concepciones del ser humano en sociedad se traducen en ideas sobre la educación, debe ser prioridad que en la formación de lectores prevalezca el reconocimiento que orille al lector a la acción. Lectura que no transforme, no es sino simple pasatiempo, llámese “entretenimiento cultural” si así se prefiere nombrarlo.

La lectura democrática no puede existir sin una reconstrucción del entorno. El promotor de lectura no puede darse el lujo, por su naturaleza, de ser neutral. Su labor: crear las condiciones de apropiación de la cultura escrita por parte del ciudadano, lo obliga a visualizar el libro y, por ende, la lectura, como uno de tantos bienes culturales susceptibles de ser apropiados.

Entonces, ¿cómo nombrar lo que el promotor de lectura hace si, al parecer, leer es un acto subversivo? ¿Cómo extender esta confianza en el proceso lector si leemos lo que las instancias culturales de gobierno desean que leamos? ¿Qué sucederá cuando la promoción de la lectura deje de ser una moda cultural?

Es sabido que la palabra democracia es considerada demasiado seria como para dejarla al arbitrio exclusivo de los políticos —sean éstos bienintencionados o no—, sobre todo cuando estamos en la búsqueda del “lector libre”, constructor de su historia lectora con el basamento de su identidad personal y colectiva. Así, la lectura democrática genera su propio “espacio político” acorde con su vida social. No se trata de un mero “encuentro con los otros”, sino de diálogo e intercambio sobre otras tantas respuestas a las mismas interrogantes generales. El papel del promotor de lectura tiene que ver más con esa labor de reparar un tejido social que se ha visto debilitado.

Lectura que no transforme, no es sino simple pasatiempo.

¿Cómo extender esta confianza en el proceso lector si leemos lo que las instancias culturales de gobierno desean que leamos? ¿Qué sucederá cuando la promoción de la lectura deje de ser una moda cultural?

*Lectura para todos, sí,
en la medida en que la
lectura contribuya a que
cada quien viva y realice
su cultura.*

*La lectura debe señalar,
apuntalar y, llegado el
caso, crear un destino
personal y colectivo.*

Una lectura libre, autónoma, ejercida como forma de vida, como afición placentera y satisfacción personal, requiere de sujetos libres. En una sociedad con graves desigualdades es común confundir la acción del sujeto con variadas formas de simular su participación o, ¿no es así cuando se pretende que la gente tome parte en las decisiones de quienes disponen lo que hay que hacer?

Como lo indica su etimología, la palabra participar, del latín *participare*, significa tomar parte. Expresión que en el contexto de la vida de una comunidad requiere de medios e instrumentos de acción cultural “a fin de que todos los individuos puedan participar plena y libremente en la creación de la cultura y en sus beneficios” (Ander-Egg). En la Conferencia General de la Unesco (19ª Reunión de Nairobi, 1976) se promulgó por primera ocasión la preocupación de hacer efectiva y garantizar “para todo grupo o individuo [la posibilidad] de expresarse, comunicar, actuar y crear libremente, con objeto de asegurar su propio desarrollo”.

De esta manera, la finalidad del promotor de lectura en un ambiente de democracia cultural es generar procesos de participación cultural de la manera más amplia. No se trata de si la lectura está al alcance de todos. Lectura para todos, sí, en la medida en que la lectura contribuya a que cada quien viva y realice su cultura. A la lectura democrática no le interesa el lector-receptor, lector-espectador, lector-consumidor, sino aquel que, a través de la lectura, sea actor y productor de su propia vida cultural y, por consiguiente, de su propia historia lectora. Porque la lectura debe señalar, apuntalar y, llegado el caso, crear un destino personal y colectivo.

Del libro a la lectura

Existen en la historia lectora de cualquier lector anónimo libros que, por decir algo, lo acompañan a lo largo de la vida. En mi caso, *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury es uno de ellos. Tomando prestada una frase del autor, en el *posfacio* de su

novela (edición de 1993), no leí *Fahrenheit 451*, él me leyó a mí; sea porque cuando leí, en mi adolescencia, esa novela clásica de ciencia ficción —escrita en 1953— sobre un futuro posliterario que desafortunadamente ya nos alcanzó (pantallas interactivas de televisión del tamaño de una pared, avenidas donde los coches corren a 150 kilómetros por hora, una población que no escucha otra cosa que una corriente constante de música y noticias transmitidas por unos minúsculos auriculares insertados en las orejas, bomberos que se dedican a quemar libros, prohibidos porque son causa de discordia y sufrimiento), yo, al igual que el héroe (el bombero Montag), estaba confundido, sin saber qué hacer con mi vida, sea porque determinados libros literalmente llegan en el momento oportuno y derriban esa supuesta confianza en la cual tenemos por costumbre refugiarnos. El propio Bradbury lo explica todo al inicio de su novela:

*No leí Fahrenheit 451,
él me leyó a mí.*

Era un placer quemar.

Era un placer especial ver cosas devoradas, ver cosas ennegrecidas y *cambiadas*. Empuñando la embocadura de bronce, esgrimiendo la gran pitón que escupía un queroseno venenoso sobre el mundo, sintió que la sangre le golpeaba las sienes, y que las manos, como las de un sorprendente director que ejecuta las sinfonías del fuego y los incendios, revelaban los harapos y las ruinas carbonizadas de la historia. Con el simbólico casco numerado —451— sobre la estólida cabeza, y los ojos encendidos en una sola llama anaranjada ante el pensamiento de lo que vendría después, abrió la llave, y la casa dio un salto envuelta en un fuego devorador que incendió el cielo del atardecer y lo enrojeció y doró y ennegreció. Avanzó rodeado por una nube de luciérnagas. Hubiese deseado, sobre todo, como en otro tiempo, meter en el horno con la ayuda de una vara una pastilla de malvavisco, mientras los libros, que aleteaban como palomas, morían en el porche y el jardín de la casa. Mientras los libros se elevaban en chispeantes torbellinos y se dispersaban en un viento oscurecido por la quemazón.

*Yo, al igual que el héroe,
estaba confundido, sin
saber qué hacer con mi
vida.*



Montag sonrió con la forzada sonrisa de todos los hombres chamuscados y desafiados por las llamas.

Sabía que cuando volviese al cuartel de bomberos se guiñaría un ojo (un artista de variedades tiznado por un corcho) delante del espejo. Más tarde, en la oscuridad, a punto de dormirse, sentiría la feroz sonrisa retenida aún por los músculos faciales. Nunca se le borraba esa sonrisa, nunca —creía recordar— se le había borrado.

Libros con los cuales nos topamos cada determinado lapso o, debería decir, que salen a nuestro encuentro. Y los leemos y releemos por completo no sé cuántas veces o, simplemente, los hojeamos y acaso nos detenemos en alguna frase o escena que guarda sin importar el paso del tiempo algún significado especial para nosotros.

A pesar de que la historia sobre una civilización esclavizada por los medios masivos de comunicación, las drogas y el conformismo me atrapó desde las primeras páginas, confieso que en aquel entonces no lograba entender del todo el motivo por el cual el jefe de bomberos (Beatty) pensaba que “un libro, en manos de un vecino, es un arma cargada”. Motivo que lo obliga a considerar como deber el hecho de quemarlo; en otras palabras, sacar la bala del arma, porque ésta —según la opinión de la mayoría de los habitantes de esa sociedad futurista— abre la mente del hombre. En este sentido, y de manera semejante, me hacía la misma pregunta que la esposa de Montag: “¿Por qué debo leer? ¿Para qué?”.

Esa búsqueda de congruencia entre el mundo del libro y el mundo del lector no estaba aún clara dentro de mí. Sin entrar de lleno en el discurso acerca del proceso lector, el ser o no lector, tenía que ver más con una postura personal en relación con categorías absolutas (ser o no ser), que con una práctica cuya justificación se aloja en una historia individual o familiar, en una necesidad por comprender el mundo. No se es lector o no lector de la misma manera durante toda la vida, ha escrito Michel Peroni. No obstante, esta historia lectora —la personal—, construida

a partir de encuentros y desencuentros, se puede resumir en una constante expectativa y en la voluntad por buscar y encontrar; por no quedar ileso.

Porque la lectura no sólo transforma el ocio en virtud, nos dice Eliana Yunes, sino, además, nos revela el verdadero valor del libro, el acto social que entraña desde un punto de vista crítico el proceso lector: el compromiso tanto en el plano de la reflexión como de la acción. Si el libro vale en relación con la lectura, entonces esa construcción social de la realidad que significa la lectura vale en cuanto a experiencia viva.

Si el libro vale en relación con la lectura, entonces esa construcción social de la realidad que significa la lectura vale en cuanto a experiencia viva.

Coda

Yo sé quién soy —le respondió don Quijote a un labrador que desconfiaba de que el maltrecho hidalgo con quien charlaba fuera caballero andante—, y sé que puedo ser no sólo lo que he dicho, sino todos los doce pares de Francia, y aun todas las nueve de la Fama, pues a todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron se aventajarán las mías.

Estoy por completo de acuerdo con aquellos que señalan que Alonso Quijano leía novelas de caballerías, como nosotros leemos novelas de misterio, historias del Oeste, romances eróticos, historietas y ciencia ficción. No obstante, también es cierto que en el mundo moderno leer novelas a la manera cervantina es algo cada vez más difícil.

Leer el Quijote es leer acerca de un adicto a la lectura. De hecho, Susan Sontag describe el Quijote como “la primera y más importante epopeya acerca de la adicción”. De esta manera, al igual que el ajeño hidalgo, uno se deleita con el “ordenado desorden” de la lectura, que no es otra cosa que la relación de la lectura con la vida. Relación recíproca entre experiencia y aventura. Somos, pues, en todo caso, réplicas en miniatura de Alonso Quijano: lectores que defendemos a *capa y espada* lo que amamos.

Estoy por completo de acuerdo con aquellos que señalan que Alonso Quijano leía novelas de caballerías, como nosotros leemos novelas de misterio, historias del Oeste, romances eróticos, historietas y ciencia ficción.

*De todos los males, el
mío difiere; me gusta;
me regocijo en él; mi
mal es lo que yo quiero
y mi dolor es mi salud.*

Don Quijote, sin dudar un ápice, recomienda: “Vuestra merced créame [...] lea estos libros, y verá cómo le destierran la melancolía que tuviere, y le mejoran la condición, si acaso la tuviere mala”. Inmersos cada vez más en el “ahora”, en la experiencia presente, el Quijote nos ofrece una ilusión extraordinaria: vivir la aventura como una isla en la vida (Georg Simmel). Experiencia acumulada. Es, pues, la lectura “enfermedad incurable y pegadiza”. En efecto: “él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio, y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio”.

Si en el caso de don Quijote, no son los molinos de viento sino su baciuelmo, lo que denota su condición de criatura cervantina; en nosotros —lectores— se revela en el tránsito de experiencias, paso necesario para entrar en acción. Una aventura, sea existencial, o como en este caso literaria, se experimenta, no se atesora; en especial cuando uno sabe “poco de achaque de aventuras”.

Chrétien de Troyes, autor de *Percival*, en un fragmento nos habla de cómo vive su pasión: “De todos los males, el mío difiere; me gusta; me regocijo en él; mi mal es lo que yo quiero y mi dolor es mi salud. No veo de qué puedo quejarme, pues mi mal me viene de mi voluntad; es mi querer lo que constituye mi mal; pero tengo tanto cuidado de querer así que sufro agradablemente y gano tanta alegría en mi dolor que estoy enfermo con delicia”.

*La lectura es la suma
sinfín de insistencias
y resistencias,
de encuentros y
desencuentros.*

Algo en claro resulta de lo arriba dicho, a saber, que la lectura, al igual que la pasión, insiste. Una y otra vez aparece y reaparece. Dicho de otra manera, la lectura es la *summa* sinfín de insistencias y resistencias, de encuentros y desencuentros. Así, “a quien incansable se esfuerza, podemos concederle la salvación, la redención...”, como bien lo señala una cita del *Fausto* de Goethe.

Para finalizar, y a la par de Jorge Larrosa, leo y escribo; escribo y leo para darle sentido a lo que no lo tiene. Para llenar de poco en poco, de libro en libro, la vida. Leo para

llegar a una lectura propia. Sin embargo, hasta la lectura más desordenada se hace costumbre.

Ahora bien, y a todo esto, ¿qué es leer? En rigor, y desde lo más recóndito de su vida salvaje, el eterno amante y aventurero, Giacomo Casanova, nos responde: “Yo no teorizo, practico”.

Hasta la lectura más desordenada se hace costumbre.

Entrevista 6

Cuando Laura era una niña pequeña —en algún municipio de los Altos de Jalisco—, lo que más le gustaba era soñar e inventar sus propias historias.

Como en el ámbito familiar los únicos libros que circulaban eran los dedicados a la escuela, no había quien se pudiera preciar como lector, y fue hasta la adolescencia, con su primer novio, cuando podríamos considerar que conoció a un lector consumado.

Los únicos libros que circulaban eran los dedicados a la escuela, no había quien se pudiera preciar como lector.

Así las cosas, para tener un tema de conversación, sobre todo cuando su novio la visitaba por las noches a la puerta de la casa familiar, Laura tuvo que recurrir a Juan Rulfo (*El llano en llamas*) y a Carlos Fuentes (*Aura*), y si bien no siempre consiguió los libros que buscaba —en el poblado al que se hace mención no había por aquel entonces una biblioteca pública—, sí fueron muchos más los que recibió en calidad de recomendaciones de tantos otros lectores de la comunidad (por ejemplo: el cura del pueblo, o el doctor Ramón Vargas, que tenía fama de ser un “hombre culto”).

Como suele suceder en estos casos, a este primer novio le llegó el momento de partir, pero las lecturas se quedaron acompañando a Laura.

Fue tanta la fascinación que le causaron los libros, las lecturas y las múltiples maneras de acercar el texto a los potenciales lectores que, sin menoscabo de haberse titulado como licenciada en derecho y ejercer como abogada litigante, esa pequeña niña que llevaba dentro y a la que le gustaba hacer y deshacer, logró convencer a la persona adulta de llegar a ser una contadora de cuentos profesional.

Esa pequeña niña logró convencer a la persona adulta de llegar a ser una contadora de cuentos profesional.

*La lectura es una
necesidad de vida,
de sobrevivencia.
No concibo la vida
sin un buen libro
que me acompañe.*

Laura (48 años) vive actualmente en Celaya, Guanajuato, es promotora de lectura y narradora oral. Oficio por demás placentero porque le permite ser: “constructora de sueños, sembradora de palabras, albañil de puentes de comunicación”.

Para ella la narración oral es “uno de los instrumentos más valiosos con los que contamos para la promoción a la lectura, rescate de tradiciones, identidad, descubrimiento de nosotros mismos como seres humanos, pues el lenguaje y el uso de éste nos da otra categoría dentro del reino animal”.

En calidad de lectora, entre los libros que la han marcado, señala *Momo*, de Michel Ende; el cuento *Un mango rechupete*, relato africano recopilado por Zoraida Vázquez; la novela *Ensayo sobre la ceguera*, de José Saramago; y, en poesía, uno de sus favoritos es el poeta chiapaneco Jaime Sabines. De cualquier manera, manifiesta de manera definitiva que el cuento es su género preferido.

Por lo que respecta a la relación entre la lectura y la vida, Laura no distingue una frontera definida: “La lectura es una necesidad de vida, de sobrevivencia. No concibo la vida sin un buen libro que me acompañe”, afirma.

Bibliografía

- Ander-Egg, Ezequiel, *Léxico de la promoción sociocultural*, México, Espacio Espiral, 2002.
- Báez, Fernando, *Historia universal de la destrucción de los libros. De las tablillas sumerias a la guerra de Irak*, México, Random House Mondadori (col. Debate), 2004.
- Bahloul, Joëlle, *Lecturas precarias. Estudio sociológico sobre los “pocos lectores”*, México, FCE (col. Espacio para la lectura), 2002.
- Benítez Reyes, Felipe, *Los libros errantes*, Madrid, Anaya (col. Sopa de libros 81), 2002.
- Bradbury, Ray, *Fahrenheit 451*, Barcelona, Minotauro, 2002.
- Castrillón, Silvia, *El derecho a leer y a escribir*, México, Conaculta (col. Lecturas sobre lecturas 10), 2004.
- Cavallo, Guglielmo y Roger Chartier, *Historia de la lectura en el mundo occidental*, México, Santillana (Taurus), 1998.
- Cervantes, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Sol 90 (col. Biblioteca de la Literatura Universal), 2000.

- Conaculta, *Manual del I Módulo de Capacitación para Coordinadores de Salas de Lectura*, Programa Nacional Salas de Lectura, Dirección General de Publicaciones.
- Ferreiro, Emilia, *Acerca de las no previstas pero lamentables consecuencias de pensar sólo en la lectura y olvidar la escritura cuando se pretende formar al lector*, México, Conaculta (col. Lectura sobre lecturas 3), 2002.
- Freire, Paulo, *Pedagogía de la autonomía*, México, Siglo XXI, 1999.
- Gilman, Stephen, *La novela según Cervantes*, México, FCE (col. Lengua y Estudios literarios), 1993.
- Hernández Zamora, Gregorio, *Pobres pero leídos: la familia (marginada) y la lectura en México*, México, Conaculta (col. Lectura sobre lecturas 14), 2005.
- Larrosa, Jorge, *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*, México, FCE (col. Espacios para la lectura), 2003.
- Millares Carlo, Agustín, *Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas*, México, FCE, 1971.
- Olmos, Héctor Ariel y Ricardo Santillán Güemes, *Educación en cultura, ensayos para una acción integrada*, Argentina, Ciccus, 2003.
- Ovidio Nasón, Publio, *La metamorfosis*, Barcelona, Juventud, 1999.
- Peroni, Michel, *Historias de lectura. Trayectorias de vida y de lectura*, México, FCE (col. Espacios para la lectura), 2003.
- Petit, Michele, *Leer & liar. Lectura y familia*, México, Conaculta (col. Lecturas sobre lecturas 16), 2005.
- Puig, Toni, *Se acabó la diversión*, Buenos Aires, Paidós, 2004.
- Sartori, Giovanni, *Homo videns. La sociedad teledirigida*, México, Punto de lectura, 2006.
- Sen, Amartya, "El concepto de desarrollo", trad. cap. 1, en Hollis Chenery y T. N. Srinivasan (eds.), *Handbook of Development Economics*, vol. I, Ámsterdam, Elsevier, 1988.
- Touraine, Alain, *¿Qué es la democracia?*, México, FCE, 2000.
- Trías, Eugenio, *Tratado de la pasión*, México, Conaculta/Grijalbo, 1991.
- Yunes, Eliana, *El ocio como virtud: la contemplación contra la masificación*, México, Conaculta (col. Lecturas sobre lecturas 128), 2004.
- Xirau, Ramón, *Sentido de la presencia*, México, FCE (col. Tezontle), 1997.

¿Qué es lectura sino mar?

*La Biblioteca del
Congreso de Estados
Unidos, la más grande
del mundo, cuenta con
33 millones de libros
en 470 idiomas y 63
millones de manuscritos.*

El caso de Antonio Magliabecchi (1633-1714), lector voraz y bibliotecario de Cósimo III, gran duque de la Toscana, es muy interesante. Examinaba decenas de libros al día, dormía en sillas entre las pilas de libros, no se peinaba ni se cambiaba de ropa, comía tres huevos y un trago de agua para no derrochar el tiempo, no cobraba su sueldo y recordaba todo lo que había leído. Llegó a comprar 30 000 volúmenes. Un día el duque le preguntó sobre un rarísimo título y Magliabecchi le contestó que la única copia de esa obra estaba en Constantinopla en la biblioteca del sultán, “el séptimo volumen del segundo estante a la derecha según se entra”. Nunca había salido de Florencia, pero pudo responder porque se sabía de memoria los catálogos de las bibliotecas de su época. Él no usaba registros bibliográficos, sólo amontonaba los papeles, pero recordaba qué tenía y dónde lo tenía. Fue definido como una gran biblioteca. Sin embargo, tanto su retentiva como su vocación son parte de un mundo que se desvanece.

La Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, la más grande del mundo, cuenta con 33 millones de libros en 470 idiomas y 63 millones de manuscritos. Hace unos años puso en línea 60 000 libros históricos y actualmente ofrece, además, 11 millones de documentos entre textos, grabados, mapas e ilustraciones. Google lleva digitalizados más de la mitad de los 32 millones de títulos que programa alcanzar. Hay miles de libros de dominio público disponibles en internet. De repente, los lectores del mundo tienen

acceso a una biblioteca con un acervo inimaginable para las generaciones anteriores. Es posible ser como Magliabecchi y llevar en el bolsillo dispositivos electrónicos con 3 000 o 5 000 títulos.

Antes del año 1500, Europa producía unos mil títulos al año. Desde la difusión de la imprenta de tipos móviles hasta 1900 se imprimieron 20 millones de libros en el mundo. En 1950 se producían unos 120 000 títulos anuales. En la mitad de la década de 1960 aparecían mil títulos diarios y en la mitad de la de 1990, un título cada medio minuto. Hoy por hoy, 3.5 títulos salen de las imprentas cada minuto. Desde la mitad del siglo XV se han impreso alrededor de 130 millones de títulos. Ante esa marea, Federico Ibáñez señaló en 1993 que habría que ampliar la idea del lector con la noción de personas que tienen facilidad en el manejo de libros.

Me he pasado la vida leyendo libros por obligación, por consulta y, de vez en cuando, por placer estético e intelectual. Mi compás ha sido errático y no llego a calcular cuánto he leído. Marisol Schulz, quien fuera editora de Alfaguara y Taurus y que ahora dirige la Feria del Libro en Español de Los Ángeles, hace poco calculó haber leído más de dos mil libros. Es una cifra respetable, de lector mayor, de lector profesional, de editor. Es la que calcula haber leído también el editor argentino Mario Muchnik, autor de *Lo peor no son los autores*. Está comprobado que el narcotraficante Miguel Ángel Félix Gallardo, a lo largo de 20 años de prisión, también leyó 2 000 volúmenes. Lehmann-Haupt, que entre 1965 y 2001 se encargó de la crítica literaria para el *New York Times*, se quejaba de no sobrepasar los tres libros a la semana. Juan Domingo Argüelles, en *Leer es un camino*, indaga el comportamiento lector de Alfonso



Lehmann-Haupt, que entre 1965 y 2001 se encargó de la crítica literaria para el New York Times, se quejaba de no sobrepasar los tres libros a la semana.

*Un buen lector común
podrá leer en su vida
200 o 300 libros.
Sin embargo, cuando
hablamos de esa clase
de lectores estamos en un
terreno arcaico.*

*Si alguien leyera todo
internet a un ritmo de
24 horas todos los días,
tardaría 57 000 años
en acabar.*

Reyes y establece que en su vida profesional de 60 o 63 años analizó unos 1 500 títulos, sin contar sus relecturas. Jorge Luis Borges llegó a descifrar 5 000 libros.

Hay casos extremos. El norteamericano Kim Peek, que padecía del síndrome del Sabio, leía en ocho segundos dos páginas a la vez, usando un ojo para cada folio, y memorizaba un libro en una hora llegando a leer 12 000 títulos. Recordaba perfectamente 98% de ellos. La biblioteca escocesa Castle Douglas documentó que Louise Brown, hasta los 91 años, leyó 25 000 volúmenes. El ucraniano Andrew Slyusarchuk afirma poder recitar sin inexactitud 20 000 libros. Se dice que Carlos Monsiváis alcanzó los 30 000 títulos. Ramón Menéndez Pidal se adentró en 60 000 libros durante su vida. El dictador comunista Kim Il Sung afirmó haber leído la cifra inverosímil de 180 000 libros y todo norcoreano debe creerlo así.

Felipe Garrido confiesa que en una vida longeva dedicada a los libros se podrían leer 4 000 de ellos, y aunque esa cantidad se doblara, lo que jamás se podría leer nos tendría abrumados. Un buen lector común podrá leer en su vida 200 o 300 libros. Sin embargo, cuando hablamos de esa clase de lectores estamos en un terreno arcaico. Las nuevas generaciones, los nativos digitales, leen mucho más pequeños contenidos y lo hacen de manera constante. Cristóbal Cobo, el coautor de *Aprendizaje invisible*, pregunta: “Si el mundo funciona con internet, ¿por qué la escuela debe ser *off line*?” Hay una lectura invisible. En los mensajes cruzados por teléfono móvil y redes sociales, en la navegación por internet, los jóvenes tienen la vigencia implícita de una cultura escrita.

La muy citada en informática Ley de Moore, de 1965, expresa que aproximadamente cada 18 meses se duplica el número de transistores en un circuito integrado. La hemos alcanzado en cuanto a contenidos: cada 18 meses se duplica la corpulencia de la información digital. CreativeCloud elaboró una infografía en 2009 que comunica que si alguien leyera todo internet a un ritmo de 24 horas todos los días, tardaría 57 000 años en acabar. Para 2015 la cantidad de

datos necesarios para ser almacenados en forma digital será superior a los ocho zettabytes, lo que equivale a multiplicar por 800 000 millones todos los libros de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos.

Estamos, como humanidad, ante una encrucijada. Con la nube de datos virtual se habla de una era poscomputadora en la que serán innecesarias las memorias particulares. Habría un archivo y cada quien tendría su lista de lecturas favoritas. En ese modelo de negocio la noción de autonomía personal no tiene sentido. Hay otra elección. Un equipo japonés incorporó, en 2007, la fórmula $e = mc^2$ al ADN de un microorganismo. En 2010 los científicos chinos almacenaron 90 gigas de información en una bacteria. Es la bioencriptación. Las bibliotecas se cargarán en nuestro ADN y leeremos los libros con unos lentes de realidad aumentada, es decir, con imágenes superpuestas a la realidad.

En 2011, Martin Hilbert y Priscilla López, de la Universidad del Sur de California, calcularon la información guardada en todos los dispositivos analógicos y electrónicos del mundo, incluyendo archivos, libros, fonotecas y programas de televisión: eran 295 exabytes. El número de bytes de un exabyte tiene 19 cifras. Pues bien, el ADN del hombre puede almacenar cien veces más que eso.

Como decía Ibn Jaldún en el siglo XIV, citado por Gabriel Zaid, los demasiados libros sobre un tema hacen más difícil estudiarlo. Ya Ortega y Gasset, en 1935, en la conferencia *Misión del bibliotecario* señalaba la impotencia de un autor que no puede leer todo lo que debería. Ése es el problema actual: existe demasiada información y no puede ser procesada, ordenada o editada de la manera tradicional. Roberto Igarza habla de paradigmas de transición y no de paradigmas de destino, porque no es posible saber hacia dónde nos llevarán las nuevas tecnologías y sus formas de consumo.

La industria editorial está cambiando sin tropiezos y de manera que aturde. Sólo tenemos que levantar la vista más allá de México. Los periódicos se mudan al ciberespacio, las imprentas abandonan el sistema *offset*, las librerías

Calcularon la información guardada en todos los dispositivos analógicos y electrónicos del mundo, incluyendo archivos, libros, fonotecas y programas de televisión: eran 295 exabytes.

Ése es el problema actual: existe demasiada información y no puede ser procesada, ordenada o editada de la manera tradicional.

virtuales tienen mejor y mayor catálogo, las bibliotecas están descontinuoando sus acervos de papel, en las escuelas la mochila digital sustituye a los útiles, las nuevas generaciones leen en pantalla, el sistema *copyright* tiene sus años contados y la publicidad va perdiendo espacios. Eso no significa que en el futuro no se impriman libros o revistas e incluso se encuadernen, pero serán algo así como objetos de lujo y artesanales.

*Es posible imaginar
que los libros
intelectualmente
valiosos se seguirán
imprimiendo en papel,
pues la cultura de libros
exige competencias muy
diferentes*

Juan José Salazar Embarcadero escribe en su libro *Leer o no leer (Libros, lectores y lectura en México)* que “es posible imaginar que los libros intelectualmente valiosos se seguirán imprimiendo en papel, pues la cultura de libros exige competencias muy diferentes que no se pueden desarrollar con los dispositivos electrónicos”. Es posible, pero no probable.

Neil Postman ha observado que el cambio tecnológico no es aditivo, sino ecológico. Una nueva tecnología importante no “agrega” algo a una sociedad, sino que lo cambia todo. El *e-book* es una tecnología disruptiva: produce una ruptura brusca. Para varios neurólogos, como Maryanne Wolf y Gary Small, el cerebro de las nuevas generaciones es trocado por el entorno digital. Hay un cibercerebro que maneja información de distinta forma.

*Las nuevas tecnologías
atrofian la memoria
episódica que está
relacionada con sucesos
autobiográficos y
mejoran la memoria
operativa que permite
interrelacionar
situaciones.*

Nicholas G. Carr, autor de *Superficiales. ¿Qué está haciendo internet por nuestras mentes?*, dice que el lector actual es desconcentrado e inquieto. Algunos expertos indican que las nuevas tecnologías atrofian la memoria episódica que está relacionada con sucesos autobiográficos y mejoran la memoria operativa que permite interrelacionar situaciones. La generación *net*, la que creció con computadora en casa y está formada por los nacidos después de 1977, prefiere el ordenador a la televisión. Está aquí.

Una investigación de consumo de medios digitales, efectuado en 2010 por Millward Brown, destaca que los mexicanos pasan en promedio más tiempo navegando en internet (4.11 horas) que frente a la tele (2.29). El 33% de los mexicanos con acceso a internet son superinternautas, es decir, pasan cerca de ocho horas al día en la red.

En el mundo del libro, los soportes electrónicos representan nuevas posibilidades de creación y expresión para los autores, y de acceso a la cultura para los lectores. La sociedad actual escribe y lee en *e-mails, chats, blogs, tweets, wikis*, redes sociales, mensajes SMS y códigos QR. Tenemos no un lector, sino un *prosumidor* que es la mezcla de productor y consumidor. Aunque también hay que señalar, como lo hace Javier Celaya, la escasa creación de contenidos originales en la red.

*Tenemos no un lector,
sino un prosumidor
que es la mezcla de
productor y consumidor.*

El ciberespacio multiplica las posibilidades de la escritura: ciberliteratura, literatura colaborativa, literatura interactiva, posliteratura, narrativa transmedia, ciberpoesía, twitteratura, hiperficción, hiperpoesía, holopoesía, son nuevos modos de expresión. Eso ha provocado nuevas manifestaciones no contempladas en las legislaciones. La autoría participativa, la autoría descentralizada o la autoría ramificada se da en obras que modifican los lectores y que pueden reformar los lectores de esa obra modificada y así sucesiva y aleatoriamente. Son obras inconclusas, puntos suspensivos interminables; y esa lectoautoría es inducida por el uso de hipermedia, multimedia, interactividad, hipervínculos, menús y pantallas. Nuevas formas de lectura aparecen: lectura compartida, lectura social, lectura hipertextual, lectura hipermedia y lectura rizomática.

*Ahora, en vez de diálogo
hay una muchedumbre
usando libremente un
texto, cambiando su
inicio, su trama y su
final.*

Un buen ejemplo de hipertextualidad es *En las montañas de la locura* de H. P. Lovecraft, cuyo hipotexto es *La narración de Arthur Gordon Pym* de Edgar Allan Poe. Hay un dialoguismo literario como el que se desarrolla en la intertextualidad y la metatextualidad. Ahora, en vez de diálogo hay una muchedumbre usando libremente un texto, cambiando su inicio, su trama y su final. El texto se enriquece con herramientas que permiten una lectura grupal, un comentario de textos en tiempo real. Incluso esa inmediatez puede llevarnos a intervenir en el mismo proceso creador. Lev Manovich señala la singularidad autoral de la pérdida de identidad y originalidad personal que deriva de este juego de elecciones. Con ese panorama de uso liso, a Jane Austen, la autora inglesa del siglo XIX, le aparecieron



Rowling ha puesto en jaque el modelo de negocios tradicional al vender directamente en formato digital la serie del niño mago con algo de contenido adicional.

y otras razas luchaban con Sauron contra los pueblos de la Tierra Media para escapar de las desoladas tierras de Mordor. En esa visión de los vencidos hay un dramático enfrentamiento entre la ciencia y la tecnología de Sauron contra las creencias mágicas y feudales de los elfos.

La saga de siete libros de Harry Potter de J. K. Rowling ha vendido la friolera de 500 millones de ejemplares en papel. Rowling ha puesto en jaque el modelo de negocios tradicional al vender directamente en formato digital la serie del niño mago con algo de contenido adicional. Su tienda es Pottermore. Las grandes librerías electrónicas, como Amazon y Barnes & Noble, son sólo comisionistas. Durante los primeros tres días, las ventas del Harry Potter para pantalla en Inglaterra fueron de 200 000 unidades. Las versiones en español, francés, alemán e italiano de las aventuras del alumno más famoso del Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería se difundirán bajo un esquema de sociedad con las editoriales originales. Se está mostrando el camino a los escritores profesionales. Muchos de ellos verán

los coautores Seth Grahame con *Orgullo, prejuicio y zombies*, y Amanda Grange con *Mr. Darcy, vampiro*.

También podemos llamar a cuento a las *fanfiction*, es decir, las historias derivadas de una obra hechas por un espectador embelesado. Las *fanfiction* pueden provenir de personajes o argumentos de novelas, cuentos, películas, programas de televisión, videojuegos o lo que uno guste. Hay, por ejemplo, todo un arsenal de historias escritas por *fans* de Harry Potter o Star Wars.

El científico ruso Kiril Yeskov escribió *El último portador del anillo*, que es *El señor de los anillos* de J. R. R. Tolkien desde la perspectiva de los malos. Yeskov explica que los orcos

que los porcentajes de ganancia son mayores al eliminar a editores, distribuidores y libreros. De la autoedición, que es el uso de programas de cómputo que permiten al autor la formación de los prototipos editoriales, estamos pasando a la ciberautoría, que es el control directo del autor sobre sus obras incluidos los aspectos de difusión, comercialización y administración de sus derechos de autor.

Muchos especialistas comentan que el peligro actual del mundo editorial es homologar los gustos de los lectores, porque las editoriales apuestan a pocos libros. Es la *bestsellerización*, que es el sometimiento del lector a la comercialización. Noah Gordon dice que existen *best sellers* que son muy buenos libros y libros buenos que no tienen éxito. Creo que el mundo mágico y sumamente imaginativo de Harry Potter ha inducido a muchos niños y jóvenes a la lectura. Como dice David Viñas Piquer en *El enigma best seller*: “Sin el poder seductor de una obra literaria, la mercadotecnia, por muy sofisticada que sea, no tiene nada que hacer”. Las 3667 páginas de la saga Potter o las 2529 páginas de la saga *Crepúsculo* de Stephenie Meyer que leen nuestros jóvenes son, en cantidad y calidad, mucho más de lo que la inmensa mayoría de sus contemporáneos leerá en su vida. Son una puerta abierta a la lectura. Esos jóvenes han leído más que cualquier monje medieval, estudioso renacentista o estudiante universitario de la mitad del siglo XX. Todo si consideramos que en 882 la gran biblioteca del monasterio de Reichenau tenía 145 volúmenes y el de San Gall, 400; y en el siglo X, en Lorsch, había 590, y en San Emmeran, 513. Antes del siglo XVIII, los universitarios sólo podían ingresar a su biblioteca una vez a la semana. Nuestros estudiantes tienen accesibilidad ilimitada.

Stephen King, un superventas que tiene excelentes libros, como *La historia de Lisey*, *Desesperación*, *El resplandor* o *Un saco de huesos*, ha formado no sólo lectores sino escritores. En su libro *Mientras escribo* plantea: “Escribir no es cuestión de dinero, hacerse famoso, ligar mucho ni hacer amistades. En último término, se trata de enriquecer las vidas de las personas que leen lo que haces, y al mismo

Sin el poder seductor de una obra literaria, la mercadotecnia, por muy sofisticada que sea, no tiene nada que hacer.

Antes del siglo XVIII, los universitarios sólo podían ingresar a su biblioteca una vez a la semana. Nuestros estudiantes tienen accesibilidad ilimitada.

*En el mundo del libro
lo más importante
no es brindar un
servicio eficiente y
oportuno, sino lograr la
comunicación constante
con el cliente, con el
lector.*

*Hay tres clases de
mentiras: las mentiras,
las malditas mentiras y
las estadísticas.*

tiempo enriquecer la tuya. Es levantarse, recuperarse y superar lo malo. Ser feliz, vaya. Ser feliz”.

Comenta Jeremy Rifkin que “la economía de mercado, caracterizada por el intercambio de bienes y servicios entre vendedores y compradores, está demostrando ser demasiado lenta para adaptarse a la nueva velocidad a la que se mueve la vida comercial”. Y es que actualmente no hay mercados sino redes de comunicación. En ese sentido, en el mundo del libro lo más importante no es brindar un servicio eficiente y oportuno, porque quien no lo haga tendrá que dedicarse a otra cosa. El verdadero reto es lograr la comunicación constante con el cliente, con el lector.

La Encuesta Nacional de Lectura efectuada por el Conaculta y la Universidad Nacional Autónoma de México estableció que en 2005 los mexicanos promediaban 2.9 libros leídos al año. Hay que apuntar que ese promedio toma en cuenta los libros de texto. Tenemos a 34384971 de personas estudiando en México en los diferentes niveles, que representan el grueso de la población lectora. En 2011 se repartieron 189 millones de libros de preescolar, primaria, secundaria, telesecundaria y educación indígena a 25 millones de alumnos. No es todo lo que leen nuestros escolares. Por ejemplo, los estudiantes de primaria, en promedio, cuentan con 10 libros, y las personas con educación universitaria leen 5.1 libros al año. Sin embargo, tan sólo al quitar de la estadística los libros de texto gratuitos y a la población que se beneficia de ellos, tendremos que los mexicanos leen una media de 1.5 libros al año.

Pero, ya lo decía Benjamin Disraeli, hay tres clases de mentiras: las mentiras, las malditas mentiras y las estadísticas. Esa sentencia se ha atribuido también a Mark Twain, Leonard H. Courtney y Winston Churchill, y si la seguimos hasta sus últimas consecuencias, podríamos reconocer una autoría de 25% en Disraeli, Twain, Courtney y Churchill, o quizá una aportación promedio de 2.75 palabras de los autores a la frase en inglés. El punto es que la estadística no es tan real y menos si se basa en sondeos.

Cada vez que pregunto a alguien por el título del libro que está leyendo resulta, por lo general, que es *Don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes o *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez, pero no pueden contestar en qué parte van. Todos están leyendo lo mismo porque es lo que recuerdan. Y es que a la pregunta de cuántos libros se leen hay quien dice cualquier número porque contesta la vergüenza, a menos que no se tenga y uno se llame Enrique Peña Nieto. El candidato priista, dentro de la Encuesta Nacional de Lectura, pertenece al 51% de quienes declararon leer, pero no recordaron el último título que leyeron, y al 52.3% que no sabe cuál es su autor favorito. Ésas son encuestas contantes y sonantes. A la pregunta del libro que están leyendo, los más pícaros contestan: *El padrino*, de Al Pacino; *El señor de los anillos*, de Peter Jackson o *El código Da Vinci*, de Tom Hanks.

El candidato priista, dentro de la Encuesta Nacional de Lectura, pertenece al 51% de quienes declararon leer, pero no recordaron el último título que leyeron,

El Estado mexicano adquiere 39.9% de la producción nacional privada. Además, las principales editoriales mexicanas son la UNAM, que publica 1 400 títulos al año y tiene un catálogo histórico de unos 44 000 volúmenes, y el Fondo de Cultura Económica, que tiene un catálogo de 7 000 volúmenes. Son organismos descentralizados del Estado.

El 9.5% de la población mexicana es analfabeta y otro 15% es analfabeta funcional. No hay una librería en 94.56% de los municipios del país. El 13% de los mexicanos nunca ha leído un libro. Tenemos en México un panorama de pocos lectores, improductivas políticas de fomento a la lectura, editoriales dependientes del presupuesto público y catálogos de lectura extranjeros. Un proverbio argentino habla de una situación semejante: “A la luz de un farol apagado estaba un ciego leyendo mientras un sordo le escuchaba”. Y es que la industria editorial en México es una broma; aunque para los que vivimos de ella, en ella y por ella, es una broma cruel y maravillosa. No es negocio poner una editorial o una librería, como no lo es ser autor o corrector de estilo, pero no faltan personas aprendiendo el oficio. No se vende ni se gana lo que se debe. Por eso, parafraseando un dicho marinero, digo que hay tres clases

La industria editorial en México es una broma; aunque para los que vivimos de ella, en ella y por ella, es una broma cruel y maravillosa.

Hay tres clases de individuos: los que viven, los que mueren y los que están entre libros.

de individuos: los que viven, los que mueren y los que están entre libros.

La novela *Dublinesca* de Enrique Vila-Matas está protagonizada por Samuel Riba, que es un editor retirado que pertenece a una estirpe en extinción: la de los editores literarios, los editores cultos, los editores lectores. Riba decide ir a celebrar los funerales de la galaxia Gutenberg a la catedral de Dublín y se conmueve con un artículo que encuentra en internet que dice:

Al parecer, el rumbo está definido y la suerte de la tinta y el papel está echada. No habrá alegato que logre distraer su penoso destino, ni clarividente o profeta que pueda preaver su supervivencia. El funeral ha iniciado su marcha, y de nada vale que quienes conservamos nuestra fidelidad a las hojas impresas protestemos y rabiemos en medio de la desesperanza.

Eso es así a menos que, como en el cuento de Borges “El jardín de los senderos que se bifurcan”, exista una red creciente y vertiginosa de tiempos divergentes, convergentes y paralelos, y quienes así lo prefiramos continuemos liados en papel, felices de dejar manchas de tinta con nuestras manos.

Como quien naufraga en mar abierto sufre de sed, esos lectores se ahogan en lecturas frívolas.

No hay negocio en vender un libro. Las personas están adquiriendo en formato electrónico lotes de libros o bibliotecas y forman libros con capítulos de varios libros. Lo que compran no es una oportunidad de lectura, sino la sensación o la experiencia de ser lectores. Son disfraces. Paradójicamente, como quien naufraga en mar abierto sufre de sed, esos lectores se ahogan en lecturas frívolas.

¿Para qué leer? Filón de Alejandría en el siglo I identificó el término *thyein*, dar a Dios lo suyo, con *methyein*, embriagarse. Lo cierto es que hay una expresión de la Antigüedad, la *ebrietas spiritus*, la embriaguez espiritual, que indicaba el encuentro del hombre con lo divino, un acto supremo de conocimiento al que no se podía llegar por medio de la razón o la inteligencia, sino por un estado

de contemplación y luego de arrebató, un éxtasis. Lo que empleó Johannes Gutenberg para construir su prensa de tipos móviles fue un lagar, una prensa para obtener vino apisonando uvas. Desde la mitad del siglo XV se han impreso millones de títulos y algunos de ellos producen embriaguez espiritual. Dicen que el tequila se toma en copas pequeñas: la primera con agua, la segunda sin agua y la tercera como agua; pues bien, debemos contagiar la lectura leyendo junto con los niños, llevándolos a las ferias de libros, regalándoles libros y llegará con suerte un día en el que buscarán sus lecturas.

En ese sentido, hay que valorar una estrategia que tiene 11 años. Se trata del Programa Nacional Salas de Lectura del Conaculta, conformado por aproximadamente 4000 salas de lectura en la República mexicana, y 231 de los estados norteamericanos de Arizona, California, Florida, Georgia, Illinois, Oregón y Texas. El Programa sólo representa 3.3% del acceso a los libros según la Encuesta Nacional de Prácticas y Consumos Culturales, pero vaya que trasciende, porque hay personas y poblaciones que se han transformado a través de esa lectura compartida. Las salas han sido abiertas por mediadores de lectura que adaptan un espacio en una casa de cultura, acondicionan un cuarto en su humilde domicilio, defienden los libros en la cárcel, hacen más emocionante una escuela multigrado, iluminan hospitales, dignifican albergues, dan esperanza a los asilos, quitan solemnidad a las parroquias, hacen palpar las jardineras o convierten los sepulcros en escritorios.

En una escena de la película *El lado oscuro del corazón*, de Eliseo Subiela (1992), el protagonista pide dinero a los conductores mientras esperan el siga del semáforo. Les declama fragmentos de poesía o frases. Uno de los poemas que utiliza es del argentino Oliverio Girondo que se llama "Pleamar" que dice: "Nada ansío de nada, mientras dura el instante de eternidad que es todo, cuando no quiero nada". Ése es el placer de la lectura.

Las salas de lectura han sido abiertas por mediadores de lectura que adaptan un espacio, defienden los libros en la cárcel, hacen más emocionante una escuela, iluminan hospitales, dan esperanza a los asilos...

Piedra, papel o pantalla*

Si se trata de elegir entre pantallas y libros en papel, éstos ya están derrotados de antemano.

La realidad no puede estar siempre a la medida de nuestros deseos. No comprender esto es lo que lleva a muchas personas a la desesperación. Creen que el mundo debe funcionar tal como lo demandan o, peor aún, según su nostalgia; es decir, semejante a un mundo pretérito que sólo sobrevive en sus cabezas. Cuando perdemos de vista la realidad, nos encontramos en problemas.

Hay cosas absolutamente inviables por irreales. Por ejemplo, conseguir que los nativos digitales (niños, preadolescentes, adolescentes y jóvenes) abandonen sus pantallas y teclados y se pongan a leer, exclusivamente, libros en papel.

Si se trata de elegir entre pantallas y libros en papel, éstos ya están derrotados de antemano. Si no se trata de elegir, y sólo de imponer, los impositores del libro en papel ya tienen perdida también esta batalla.

¿Por qué insistimos tan ciegamente en plantear esta falsa disyuntiva cuando bien podemos aprovechar las tecnologías digitales (a las que ya no podemos renunciar) para favorecer la lectura y la escritura independientemente del papel?

Muy simple: porque nos falta imaginación y porque creemos, con fundamentalismo religioso, que fuera del libro

* Conferencia dictada en el Primer Coloquio sobre el Futuro del Libro, celebrado el 11 y 12 de octubre 2012 en el Tecnológico de Monterrey campus México.



en papel no hay salvación, aunque de lo que se trata no es de “la defensa del libro” sino del fomento de la lectura.

La “defensa del libro” y, especialmente, la “defensa del libro en papel”, está basada en un equívoco y, más aún, en una superstición: suponer que el mundo y la cultura se acabarán cuando se acabe el libro en papel. Es absurdo, pero así es: muchos lectores lo creen y lo propalan, histéricos, todo el tiempo. Su histeria niega la historia, pues es bien sabido —y está, por cierto, en los libros— que los seres humanos nos hemos ido adaptando a las tecnologías, y que cada nueva tecnología surge sobre el conocimiento de otra.

Los seres humanos nos hemos ido adaptando a las tecnologías, y cada nueva tecnología surge sobre el conocimiento de otra.

En todo caso, si la desaparición del libro en papel ocurriera (cosa que incluso parece muy lejana), lo que se acabaría sería *una forma de leer*, pero por supuesto no la cultura ni mucho menos el mundo.

La gente que hoy lee en papel seguirá leyendo así hasta el fin de sus días, y por lo que toca a los que no están habituados a leer libros en papel, leerán de otro modo, o seguirán sin leer, pero, por supuesto, algo más habrá en lugar de la forma de leer que hoy conocemos. ¿Por qué tendríamos que angustiarnos por ello?

Si la desaparición del libro en papel ocurriera (cosa que incluso parece muy lejana), lo que se acabaría sería una forma de leer, pero por supuesto no la cultura ni mucho menos el mundo.

Muchos viejos lectores viven es una especie de ansiedad de sólo imaginar que el mundo del libro tradicional se desmorone, y lamentan que se esté resquebrajando por culpa de las tecnologías y, especialmente, de internet. Piensan que la lectura *no puede y no debe* ser de otro modo que “a la antigua”.

Se olvidan de que quien manda es la realidad y no el simple deseo, y cometen un olvido no menos evidente: los libros en papel son incontables y sólo con los que existen pueden pasarse toda su vida sin siquiera agotar el uno por ciento de todo cuanto puedan leer antes de que fallezcan, incluso si pudieran vivir mil años.

Me temo que estos lectores están demasiado influidos por las angustias de la novela *Fahrenheit 451*, de Ray Bradbury, y confunden la ficción con la realidad. Llegan a creer incluso que todo lo que está en esa novela es *la verdad*. Pero sólo se trata de una ficción y nada más; de un libro imaginativo. La realidad, seguramente, es más increíble. La destrucción, la quema, la prohibición y la censura de los libros ha acompañado a toda la historia de la cultura escrita durante siglos. Son como las erratas en los libros. Ahí donde haya poder, y sobre todo poder autoritario, habrá embates contra la cultura, incluida la pretensión de destruirla.

Pero sabemos también que ahí donde se prohíba leer, la gente de todos modos leerá, como lo ha hecho a lo largo de los siglos, porque los lectores, si son lectores, si realmente gozan y disfrutan la lectura, leerán contra todo obstáculo,

como lo han venido haciendo en todo momento negro de la historia.

Ahora bien, ¿es contra las tecnologías digitales que hay que emplazar las baterías militares y militantes del libro tradicional? No parece muy inteligente. Es más, no parece siquiera un poco inteligente. Internet ha llegado para quedarse un buen rato entre nosotros y mucho tiempo entre los que nos sobrevivan. No se acabará simplemente porque no nos guste o porque consideremos que es mejor la lectura del libro en papel. La disyuntiva entre lectura en papel y lectura en pantalla es una disyuntiva falsa por inviable y por estar fuera de la realidad.

La opción de retornar a la era de las cavernas tampoco se le puede proponer a nadie hoy, como algo válido, a cuento de decirle que la vida entonces era mejor, más solidaria, menos banal, menos consumista, menos angustiada, etcétera. ¿Quién quiere regresar a la máquina mecánica de escribir, e incluso a la eléctrica, teniendo la computadora como un buen procesador de palabras? ¿Quién quiere volver a los discos de acetato y a las cintas de música, si ya tiene reproductores de discos compactos y otros dispositivos aún mejores que los discos compactos? ¿Quién quiere regresar al telégrafo cuando ya tiene el correo electrónico? ¿Quién pide carretas jaladas por caballos cuando ya tiene automóvil?

La nostalgia nos juega muchas malas pasadas y nos vuelve, muchas veces, irracionales. Pongamos los pies en la tierra: nos guste o no, tenemos que vivir con las nuevas tecnologías.

Leer a la luz de una vela se ha convertido en una imagen idílica que los nostálgicos siempre oponen a la lectura frente a una pantalla, pero estrictamente el ejercicio de leer es el mismo, salvo que, en el caso de la imagen nostálgica, la lectura seguramente es más incómoda, más dificultosa, por muy plácida que nos parezca. (La selva es también muy hermosa en la noche, vista desde lejos o en buenos videos, pero si nos internamos en ella veremos que tiene cientos de inconvenientes: hay mosquitos y otros insectos, víboras, depredadores, mucha humedad, calor, etcétera, y

La nostalgia nos juega muchas malas pasadas y nos vuelve, muchas veces, irracionales. Pongamos los pies en la tierra: nos guste o no, tenemos que vivir con las nuevas tecnologías.

si el asunto es quedarse en ella a dormir entonces lo idílico se convierte en una pesadilla.)

La bombilla eléctrica nos trajo más luz para poder leer más tiempo por las noches. Los libros que antes tenían que cerrarse pronto, a causa de la muy tenue claridad que arrojaba una mecha parpadeante llena de sombras, pudieron permanecer abiertos por horas y horas ante los ojos ávidos del lector, gracias al fulgor eléctrico que prácticamente hizo que desapareciera la noche.

Los nostálgicos, a quienes les fascinan las imágenes idílicas de viejos siglos, les da a veces por pensar que todo tiempo pasado fue mejor, y en este caso el del lector que se sumergía con pasión y abandono dentro de un libro, a la luz de esa pálida claridad, casi penumbra, arrojada por una vela o por un quinqué de petróleo.

Invariablemente, estas personas oponen a dicha imagen “positiva” la otra imagen, “negativa”, de la gente de hoy que, con todas las ventajas de la luz eléctrica, no se pierden en un libro en papel, sino que se obnubilan frente a las pantallas

—llámense monitores de computadoras, televisores, cine y demás dispositivos electrónicos—, perdiendo absolutamente el tiempo.

Y suelen decir: “Antes se leía más y la gente era más culta”. No estemos tan seguros de ello. Antes (si nos referimos a un *antes* siempre habrá que ser cuidadosos) había un mayor analfabetismo y la gente que leía a la luz de una vela era mucho menos que la gente que hoy lee con bombilla eléctrica. Que la



gente era más culta ayer que hoy, es otra cosa que tampoco se puede probar con una simple afirmación. En todo caso, eran más cultos los que pertenecían a los sectores sociales privilegiados y que, además de estar alfabetizados, tenían suficientes medios económicos para educarse y cultivarse.

¿Qué quieren los nostálgicos de la lectura: que sigamos leyendo a la luz de una vela? No: no quieren eso. Lo que quieren es que todo el mundo abandone las pantallas y se ponga a leer libros en papel. Pero esto no representaría un avance en la cultura y en la educación, sino más bien un retroceso. Los nostálgicos son, por lo general, retrógrados, y lo que desean es que las cosas sean siempre como ayer.

Nos recuerdan a esos apologistas de las utopías que primero pugnan por una sociedad igualitaria donde todos sean ricos, y cuando no la pueden conseguir (porque es inalcanzable, es decir imposible), entonces les da por pugnar por una sociedad igualitaria donde todos sean pobres. Claro, con excepción de ellos que son los impulsores de la utopía.

La verdad es que la lectura en papel sigue teniendo sentido para aquellos que leen en papel, pero no podemos obligar a los que leen en pantallas a que abandonen la nueva tecnología para que se dediquen de ahora en adelante a leer libros en papel. Otra vez, lo mismo: ya que no los pudimos hacer ricos, habrá que empobrecerlos.

¿Por qué insistimos en el discurso maniqueo de *lo bueno* del pasado y *lo malo* del presente? ¿Por qué creemos que la *lectura buena* era la de ayer y la *lectura mala* o perniciosa es la de hoy? Porque tenemos una fe ciega en el pasado y porque nos aterra el porvenir. Pero, además, y sobre todo, porque no queremos aceptar la realidad.

Toda tecnología que mejora otra tiene que ser funcional (es decir, tiene que funcionar), y las pantallas son un paso superior en la lectura del libro tradicional en papel. Tampoco se trata de hacer la apología de internet; simplemente de situarnos en la realidad. Internet ha modificado

La verdad es que la lectura en papel sigue teniendo sentido para aquellos que leen en papel, pero no podemos obligar a los que leen en pantallas a que abandonen la nueva tecnología para que se dediquen de ahora en adelante a leer libros en papel.

las formas de leer y de escribir, aunque, por supuesto, no cambie en esencia al ser humano. Es un instrumento y, como tal, modifica hábitos y costumbres, pero no tiene el poder de acabar, por arte de magia, con la soledad, el conflicto, la desdicha, la maldad, el terror, etcétera, de los seres humanos. Poder que tampoco tiene, por cierto, el libro en papel.

*No nos interesan tanto
los libros en sí, sino
lo que contienen los
libros, es decir las ideas,
los pensamientos, el
conocimiento, la riqueza
intelectual.*

No se trata de plantear entre esto y aquello, sino de utilizar lo que hay para un fin que, presuntamente, es el que nos mueve y nos inspira: conseguir que la gente lea y escriba. En este sentido, razonablemente, no nos interesan tanto los libros en sí, sino lo que contienen los libros, es decir las ideas, los pensamientos, el conocimiento, la riqueza intelectual.

Si todo nuestro esfuerzo lo vamos a dar para conservar los libros en papel, entonces inmolémonos en nombre del papel. Esto no es algo que me interese, y sé que no es algo que les interese a una buena cantidad de lectores sensatos. No es el soporte de los libros lo que realmente importa, y ni siquiera los libros mismos (independientemente de su soporte), sino el enriquecimiento intelectual y espiritual que propician, entre otras cosas, los libros.

A propósito del libro electrónico y de nuestras nostalgias de viejos e irreductibles lectores del papel impreso, el diseñador de tipografía Cyrus Highsmith escribe un texto polémico y satírico, *El olor de los libros*, que es una delicia para quienes ya hemos ido perdiendo esta nostalgia y, seguramente, un retortijón para quienes insisten en ella. Escribe Highsmith:

*No es el soporte de los
libros lo que realmente
importa, y ni siquiera
los libros mismos sino
el enriquecimiento
intelectual y espiritual
que propician.*

Hay quienes no gustan de los libros electrónicos —y están en su derecho—, pero hay que decir que esta gente a veces es obsesiva. Los más feroces detractores tienen una curiosa fijación: el olor de los libros impresos. Hablan todo el tiempo de ese aroma cautivador que, evidentemente, es una característica que los libros electrónicos no tienen. Tal vez esto se convierta en una excelente oportunidad publicitaria para las editoriales de libros impresos: “¡Aproveche

esta edición limitada, empastada y con 20 por ciento extra de olor a libro!”

Es obvio que, en lo personal, a Highsmith no le interesa mucho el olor que puedan despedir los libros en papel y ni siquiera le parece fundamental, aunque sí probable, que la tecnología del libro electrónico consiga esta “virtud” odorífera: libros electrónicos que huelan a papel. En lo que sí insiste y llama nuestra atención es en que la sustancia fundamental de los libros no está en sus materiales de confección sino en sus contenidos: no en cómo huelen ni en cómo se perciben al tacto, sino en lo que nos dicen.

Quienes se preocupan más por el olor y por las texturas de los libros pueden perder incluso de vista el valor real del libro, que no está en su soporte sino en lo que contiene ese soporte. Paradójicamente, la *esencia* del libro no es su olor, sino su sabor, es decir su sustancia.

Habrán quienes lean muy felizmente libros privilegiando el olor y la textura del papel, pero sin duda están confundiendo el envase con el perfume. El auténtico perfume inolvidable de un libro está entre las líneas del texto y no en el olor del objeto. *Mi lucha*, de Hitler, puede oler muy bonito en una edición especial hecha por neonazis, pero esto no evitará que sea, esencialmente, un libro appestoso y nauseabundo.

Highsmith lo dice muy bien con el siguiente sarcasmo: “Tras algunas semanas de practicar esta nueva forma de lectura [oler los libros] descubrí un problema muy elemental y me sorprendió no haberlo notado antes: no tenía ni idea de qué libro estaba leyendo”.

En cuanto a las nuevas tecnologías y a los cambios de época, incluso más allá del libro, simplemente en la utilización de nuevos dispositivos, y de los hábitos y cambios de costumbres que ocasionan en los usuarios, lo malo de la nostalgia irracional es que ataca hasta a los más inteligentes. Escritores que fueron jóvenes brillantes y renovadores, de pronto se hallan convertidos en viejos nostálgicos e

Mi lucha, de Hitler, puede oler muy bonito en una edición especial hecha por neonazis, pero esto no evitará que sea, esencialmente, un libro appestoso y nauseabundo.

Escritores que fueron jóvenes brillantes y renovadores de pronto se hallan convertidos en viejos nostálgicos e intransigentes para quienes lo nuevo es poco menos que una calamidad.

intransigentes para quienes lo nuevo es poco menos que una calamidad. No sólo lamentan que los jóvenes no sean aficionados al olor de los libros, sino que quisieran un mundo estático, inmóvil y, por supuesto, viejo. Se angustian y aterrizan ante la simple realidad.

*El arte de envejecer
tendría que
cultivarse antes de
estar viejo, porque,
desafortunadamente,
cuando la vejez ha
llegado, llegan con
ella muchos achaques,
prejuicios y necedades en
relación con los jóvenes y
con la actualidad.*

Envejecer tendría que ser un arte. El arte de envejecer tendría que cultivarse antes de estar viejo, porque, desafortunadamente, cuando la vejez ha llegado, llegan con ella muchos achaques, prejuicios y necedades en relación con los jóvenes y con la actualidad. El arte de envejecer implicaría conseguir llegar a viejo con algo de la vitalidad y el arrojo del joven, pero sobre todo con algo de comprensión por esa realidad juvenil que ya no compartimos.

Es algo complicado, desde luego, porque muchos seres humanos llegan a la vejez cuestionados incluso por los jóvenes que fueron. Pienso en muchas personas y en no pocos escritores, pero especialmente, y en este tema, en Mario Vargas Llosa, narrador extraordinario, ensayista estupendo, pero que en los últimos años se ha convertido en un tenaz cultivador de prejuicios y simplezas.

*Para Vargas Llosa los
jóvenes que, en sus
mensajes electrónicos,
acortan palabras,
abrevian el idioma
con signos y símbolos
y vulneran las reglas
gramaticales ¡piensan
como monos!*

A sus 75 años y con el peso del prestigio que confiere el Premio Nobel de Literatura, Vargas Llosa se mesa los cabellos, se irrita y, con pedantería senil, considera “aterrador” (así lo dice) el lenguaje que usan los jóvenes en internet y en sus dispositivos móviles. (Hay cosas *más aterradoras* que el uso del lenguaje habría que decirle; por ejemplo la situación social adversa que padecen millones de jóvenes.)

Tal declaración la hizo a finales de abril de 2011 en Montevideo, Uruguay. Para él, los jóvenes que, en sus mensajes electrónicos, acortan palabras, abrevian el idioma con signos y símbolos y vulneran las reglas gramaticales ¡piensan como monos! “Internet —sentencia— ha acabado con la gramática, la ha liquidado. De modo que se vive una especie de barbarie sintáctica”.

Y, acto seguido, califica del siguiente modo a los jóvenes internautas: “Si escribes así, es que hablas así; si hablas así, es que piensas así, y si piensas así, es que piensas como

un mono. Y esto me parece preocupante”. Y luego remata con una injusta ironía: “Tal vez la gente sea más feliz si llega a ese estado. Quizá los monos son más felices que los seres humanos. Yo no lo sé”.

Dice que no lo sabe, pero su sarcasmo es revelador: piensa que los jóvenes que usan internet, con las características de lenguaje que describe, han involucionado en el primate; es decir, se han deshumanizado, se han animalizado. Afirma, irónicamente, que no sabe si estos muchachos que han igualado a los primates han llegado al estado de la felicidad, pero lo cierto es que no entiende ni acepta una realidad que lo ha rebasado.

Miembro de la Real Academia Española, Vargas Llosa envejece junto con sus ideas y con la momificada institución que representa, y así como se escandalizaban los viejos ante los *hippies* de los años sesenta, hoy él se muestra incómodo ante las licencias gramaticales, ortográficas y sintácticas que utilizan los jóvenes en internet. Son los *hippies* de hoy frente a los viejos de hoy.

Pero Vargas Llosa, el joven, no había cumplido aún treinta años de edad cuando sorprendió al mundo con una novela fresca y desenfadada como *La ciudad y los perros*, y apenas tenía 31 años cuando publicó *Los cachorros*, un relato singularmente experimental con el idioma donde las licencias sintácticas y gramaticales se revelan desde las primeras líneas: “Todavía llevaban pantalón corto ese año, aún no fumábamos, entre todos los deportes preferían el fútbol y estábamos aprendiendo a correr olas, a zambullirnos desde el segundo trampolín del ‘Terrazas’, y eran traviesos, lampiños, curiosos, muy ágiles, voraces”.

¿Conque monos, no? Pues qué mono era Vargas Llosa en 1967 cuando retorció tan estupendamente la sintaxis con la vital desfachatez de romper el orden gramatical y deleitarse con la experimentación sin respetos preconcebidos por las normas:

Eran hombres hechos y derechos ya y teníamos todos mujer, carro, hijos que estudiaban en el Champagnat, la

No sabe si estos muchachos que han igualado a los primates han llegado al estado de la felicidad, pero lo cierto es que no entiende ni acepta una realidad que lo ha rebasado.

Qué mono era Vargas Llosa en 1967 cuando retorció tan estupendamente la sintaxis con la vital desfachatez de romper el orden gramatical y deleitarse con la experimentación sin respetos preconcebidos por las normas.

Inmaculada o el Santa María, y se estaban construyendo una casita para el verano en Ancón, Santa Rosa o las playas del sur, y comenzábamos a engordar y a tener canas, barriguitas, cuerpos blandos, a usar anteojos para leer, a sentir malestares después de comer y de beber, y aparecían ya en sus pieles algunas pequitas, ciertas arruguitas.

Envejecer se convierte en una triste fatalidad cuando comenzamos a enfurecernos, a inquietarnos, a “aterrorizarnos” con los jóvenes y con lo que hacen los jóvenes: cómo hablan, cómo se visten, cómo escriben, qué leen, qué escuchan, cuáles son sus intereses, cómo pierden el tiempo, cómo ofenden la lógica, cómo son insolentes, como destrozan el idioma, etcétera. Nos parecen abominables y bestiales (¡unos monos!) porque los juzgamos desde el ayer: desde la petulancia, la santurronería, el puritanismo y la desmemoria intelectual.

Hace muy poco también, ante la rebeldía y la insolencia de los jóvenes españoles autodenominados “los indignados”, que sitiaron el Parlamento catalán, el filósofo Fernando Savater los descalificó llamándolos “hatajo de mastuerzos que quieren imponerse a los representantes de la votación popular” y exigió que fueran desalojados por la policía. (Mastuerzo equivale a persona grosera, vulgar, impertinente, maleducada.) No parece una buena manera de filosofar.

Tanto en el caso de Vargas Llosa como en el de Savater hay algo sintomático que los emparenta: cuando un gran escritor “bestializa” a los jóvenes (piensan como monos) y cuando un filósofo racional por excelencia los llama “hatajo de mastuerzos” y pide que la policía cargue contra ellos (es decir, exige la violencia del Estado), algo anda mal en sus cabezas. La realidad los ha dejado atrás.

Volviendo al tema de la lectura, leer y escribir en tiempos de internet es leer y escribir de otro modo, con otros mecanismos, con otras herramientas, con otros conceptos, muchos de ellos banales, triviales, sin profundidad, sin peso intelectual, pero es leer la misma realidad humana

Tanto en el caso de Vargas Llosa como en el de Savater hay algo sintomático que los emparenta: cuando un gran escritor “bestializa” a los jóvenes y cuando un filósofo racional por excelencia los llama “hatajo de mastuerzos” y pide que la policía cargue contra ellos, algo anda mal en sus cabezas. La realidad los ha dejado atrás.

con sus angustias, su soledad, sus dudas, sus preguntas, sus ansiedades. La lectura, en particular, sigue siendo una lectura del mundo y de nosotros y si a alguien le parece “aterrador” este presente es que a lo largo de su vida no aprendió nada de sus propios terrores.

La lectura en tiempos de internet refleja sin duda la realidad real y las realidades virtuales paralelas. Lamentar la pobreza de la gramática y la vulneración de la sintaxis al grado de comparar con monos a los jóvenes es no entender absolutamente en qué tiempo se vive. Internet le dice adiós a Vargas Llosa como nos lo dice a cada uno de nosotros, los que no somos nativos digitales. Nos dice que nos vaya bien o que nos vaya mal, pero que no olvidemos que el tiempo pasado no fue mejor sino distinto.

Los niños, los preadolescentes y los adolescentes que escriben tan “mal” en internet son parecidos a los niños, los preadolescentes y los adolescentes que escribían, hace años, muy “mal” en sus cuadernos. Los jóvenes que no leen libros supuestamente porque internet los distrae, son equivalentes de aquellos jóvenes de ayer que no leían libros aunque entonces no existiera internet para distraerlos.

En junio de 2011, una investigación del Interactive Advertising Bureau México concluyó que los mexicanos que tienen entre 12 y 18 años de edad utilizan internet —y sus diversas aplicaciones— cuatro horas al día en promedio. Entre los usos más frecuentes están las redes sociales y los videos y la música en línea y no se imaginan prescindir del envío de fotos y la escritura y lectura de mensajes a través de la red. Cabe añadir que, según este

Los jóvenes que no leen libros, supuestamente porque internet los distrae, son equivalentes de aquellos jóvenes de ayer que no leían libros, aunque entonces no existiera internet para distraerlos.



estudio del IAB-México, ocho de cada diez adolescentes mexicanos son internautas “y se encuentran altamente vinculados con internet, muy por encima de otros medios”.

Ésta es una realidad que no podemos evadir ni mucho menos negar al momento de diseñar programas y campañas de lectura. ¿Piedra, papel o tijera? No, más bien: piedra, papel o pantalla. El papel impreso relevó a la piedra y sus inscripciones. Hoy la pantalla significa un paso más allá de la piedra y el papel. Acrecentar nuestros llores nostálgicos ante esta realidad no resuelve ni resolverá nada para aquellos que no están contentos con lo que hay y desean que el mundo vuelva al estado en el que se encontraba antes de internet.

El problema del lector precario no es culpa de internet ni de las otras tecnologías diferentes a la cultura impresa en papel, sino de la forma en que hemos hecho llegar los libros y la lectura a los potenciales lectores.

Sea en el papel o en la pantalla, la finalidad de la lectura no puede reducirse, simplistamente, a acumular “libros leídos” para presumir en las reuniones sociales. Los libros, más allá de sus formatos o soportes, tendrían que ayudarnos a alcanzar, como dijera André Comte-Sponville, “una vida más lúcida, más libre, más feliz: más sabia”, y, por supuesto, no puede ser más sabia esa vida si la hacemos depender absolutamente de los libros. Antes que los libros están la realidad y el presente de todos los días que, por supuesto incluyen los libros, pero que no los sustituyen, porque los libros nunca valen más que la vida, sino que tan sólo nos ayudan a vivir.

La humanidad, en general, proviene de una misma cultura de la obligación de leer, y en todo tiempo se ha quejado de lo poco que se lee. Entonces, es hora de ir pensando que el problema del lector precario no es culpa de internet ni de las otras tecnologías diferentes a la cultura impresa en papel, sino de la forma en que hemos hecho llegar los libros y la lectura a los potenciales lectores: casi siempre desprovistos de placer y cargados de múltiples y enojosas obligaciones.

Laura Márquez Elenes. Licenciada en Periodismo y Comunicación Colectiva (UNAM), maestra en Ciencias de la Comunicación (Universidad de Montreal), profesora de cátedra en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, campus Monterrey.

Jenny Teresita Guerra. Cursa el doctorado en Estudios Latinoamericanos en la UNAM, enfocada a la edición universitaria latinoamericana. Es miembro del comité editorial de la revista *Arenas* de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Sinaloa. Ha trabajado la edición independiente en Colombia y la concentración mediática regional con la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación.

Jesús Eduardo García. Doctor en Literatura Hispánica por El Colegio de México; profesor-investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, donde imparte cursos de Corrección de Estilo y Producción Editorial y coordina el servicio social Cuidado de la Edición; miembro de la primera generación de la Maestría en Diseño y Producción Editorial de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco; ha sido corrector de estilo en diversas editoriales comerciales (Santillana, Trillas, FCE) y universitarias (UAM, UNAM).

Adolfo Castañón. Oriundo de la ciudad de México, realizó estudios de Literatura y Lingüística Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Gerente editorial del Fondo de Cultura Económica de 1985 a 2003, investigador del Centro de Estudios Literarios, del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM e investigador de El Colegio de México. Premio Nacional de Literatura Mazatlán en 1995, el gobierno francés lo distinguió con la orden de Caballero de las Artes y de las Letras en 2003, y en 2004 como oficial de la Orden de las Artes

y de las Letras. Desde 2005 es miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua, en 2008 recibió el Premio Xavier Villaurrutia, y en 2009 se le brindó un homenaje como bibliófilo en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara.

Alejandro Zenker (México, 1955). Editor, traductor y fotógrafo. Director general de Solar, Servicios Editoriales, y de Ediciones del Ermitaño. Es director de la colección Minimalia, de la revista *Quehacer Editorial*, creador y principal promotor de la Red Internacional de Editores y Proyectos Alternativos (RIEPA), de la Red Independiente de Proyectos Artísticos y Culturales (RIPAC) y del Instituto del Libro y la Lectura (ILLAC). Fue fundador y presidente de la Asociación de Traductores Profesionales (ATP), director general del Instituto Superior de Intérpretes y Traductores y prosecretario de la Asociación Mexicana de Lingüística Aplicada (AMLA).

Stefanie Gerhold (Múnich, 1967). Traductora de varios autores españoles y latinoamericanos, como Elsa Osorio, Horacio Castellanos Moya y Max Aub, y autora de textos teatrales.

Claudia Cabrera (México, 1970). Entre otros autores, ha traducido a Robert Musil, Franz Kafka, Monika Maron y Hansjörg Schertenleib. En el ámbito teatral, obras de Roland Schimmelpfennig, Anja Hilling y Falk Richter, entre otros. En la FIL 2011, con Alemania como país invitado, codirigió el primer Taller de Traducción Literaria Español-Alemán.

Gonzalo Vélez (ciudad de México, 1964). Escritor y traductor literario. Su obra literaria ha recibido premios y reconocimientos; becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes [México]; autor de una novela y dos libros de poesía, además de ensayos en varios libros sobre arte mexicano contemporáneo.

Carmen Gutiérrez. Autora amateur, colabora activamente en *El Edén de los Novelistas Brutos*.

Raúl Bravo (México, 1965). Realiza su quehacer cultural en Guanajuato. Lector apasionado, poeta por convicción, ensayista por satisfacción y promotor cultural. Ha desempeñado diversas funciones gubernamentales relacionadas con la promoción y difusión de la literatura. Autor, entre otros títulos, del libro de ensayos *Lectura y democracia*, y de los poemarios *Quebrantamientos* (1992) y *A la orilla de los días* (2007).

Camilo Ayala Ochoa. Licenciado en Historia por la UNAM con 25 años de experiencia en el mundo editorial como bibliotecario, corrector, ilustrador, escritor, guionista, redactor, editor, encuadernador y catalogador, entre otras actividades. Miembro del comité editorial de la colección Pequeños Grandes Ensayos de la UNAM. Consultor y asesor de diversas editoriales y autores. Ha publicado en revistas como *Orden*, *Pórtico de América*, *Obra Negra*, *Etcétera*, *Humanidades*, *UNAM Hoy*, *Eutopía* y *Acalán*. Es jefe del Departamento de Planeación Editorial de la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial dependiente de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Juan Domingo Argüelles. Poeta, ensayista, editor, divulgador y promotor de lectura. En Ediciones del Ermitaño se han publicado *Del libro, con el libro, por el libro, pero más allá del libro*; *Estado, educación y lectura*; *Fragmentario parcial* y *Pero no odas*. Sus más recientes libros: *Escribir y leer con los niños, los adolescentes y los jóvenes* (Océano, 2011), *Estás leyendo... ¿y no lees?* (Ediciones B, 2011), *Lectoras* (Ediciones B, 2012) y *Antología general de la poesía mexicana* (Océano/Sanborns, 2012).

¿Nos echamos un tiro?

Tirajes desde diez ejemplares hasta miles

CUIDADO EDITORIAL

TIPOGRAFÍA Y DISEÑO

IMPRESIÓN DIGITAL

PEQUEÑO Y GRAN FORMATO

TIRO CORTO

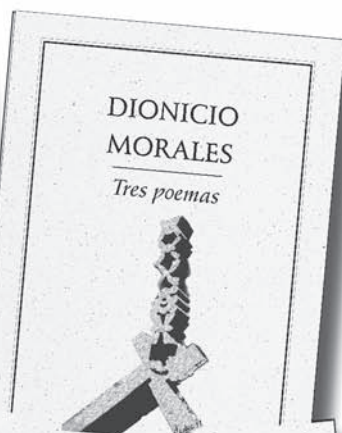
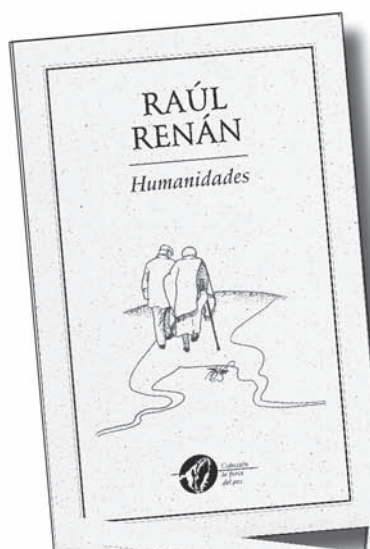
ENCUADERNACIÓN Y ACABADOS



www.solareditores.com • solar@solareditores.com • 55151657

E Ediciones del Ermitaño

Presentan los nuevos títulos de la
Colección La furia del pez



www.solareditores.com



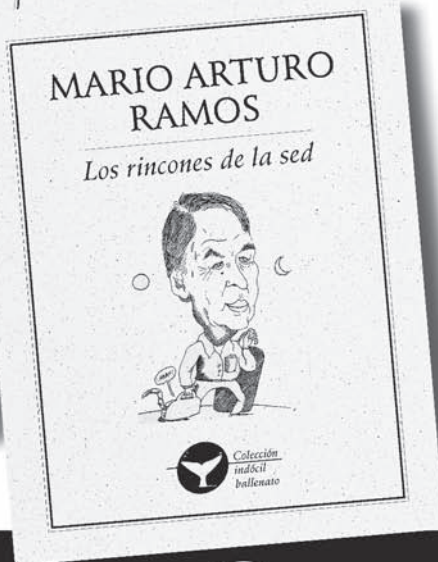
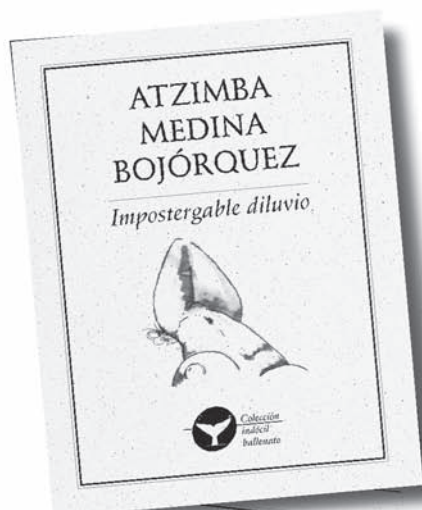
Colección
*la furia
del pez*

E

Ediciones del Ermitaño

E Ediciones del Ermitaño

Presentan los nuevos títulos de la
Colección Indócil ballenato



www.solareditores.com

 Colección
indócil
ballenato

E
Ediciones del Ermitaño



*Colección
de literatura
coreana*

E

Ediciones del Ermitaño

LA FAMILIA ITINERANTE

Gong Sun-Ok

¿SEGUIRÁ SOÑANDO?

Park Wan Suh

LOS ÁRBOLES EN LA CUESTA

Hwang Sun-won

CUANDO FLORECE EL ALFORFÓN

Lee Hyo-seok

YA QUEDA POCA LUZ DEL DÍA

Kim Jong-gil

RAZÓN DE LAS SINRAZONES

Kim Chunsu

EL HUÉSPED

Hwang Sok-yong

EN BUSCA DEL ELEFANTE

Jo Kyung-ran

MONSIL

Kwon Jeong-saeng

LLUVIAS

Yun Heung-gil



한국문학선집

www.solareditores.com

Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V. Calle 2 #21,
San Pedro de los Pinos, 03800 México, D.F. Tel. (55)5515 1657
solar@solareditores.com

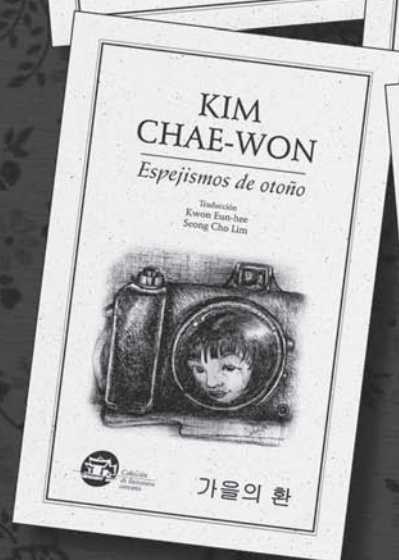
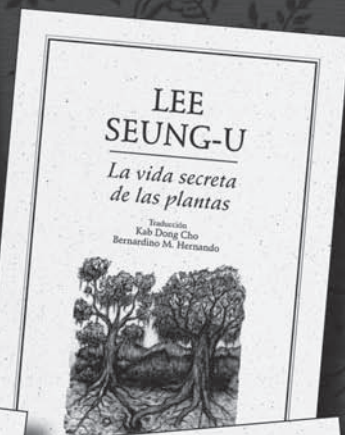
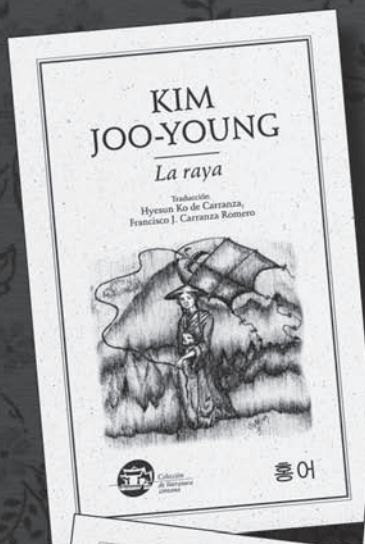



LTI Korea

E Ediciones del Ermitaño

y el Instituto de Traducción de Literatura Coreana

Presentan los nuevos títulos de la
Colección de literatura coreana



www.literaturacoreana.com
www.solareditores.com



Colección
de literatura
coreana





 **Biblioteca
Gustavo Sainz**

Obras esenciales de uno de
los más célebres escritores
contemporáneos
de México

Quehacer Editorial

Es una revista especializada, dirigida no sólo a los editores o a quienes se conciben como tales, sino a todos los que componen la cadena de producción y el ciclo de vida del libro: autores, traductores, correctores, tipógrafos, diseñadores, distribuidores, libreros, promotores, bibliotecarios, en fin, ese amplio mundo de especialistas que hace llegar la palabra del autor al lector.

La revista se propone como un foro abierto de información, análisis y debate en torno al libro en una época de rápida evolución, no sólo tecnológica, sino también política, cultural y social. Queremos contribuir a la preservación del libro en cualquiera de sus soportes presentes y futuros, y a su progreso e innovación. Percibimos el libro como una herramienta para el desarrollo de la cosmovisión de la humanidad, tanto desde el punto de vista de la adquisición de conocimientos, como de la recreación y el goce hedonista, lúdico.

Esperamos colaborar con quienes comparten el oficio de hacer llegar la palabra del autor al lector, para comprender mejor la época que nos tocó vivir y saber no sólo adecuarnos a lo que la tecnología y las transformaciones políticas, económicas, sociales y culturales nos imponen, sino aventajarlas, adelantarnos a los tiempos y hacer propuestas que favorezcan, ante todo, la lectura.

www.solareditores.com

E

Ediciones del Ermitaño





ILLAC

**Instituto del Libro
y la Lectura, A.C.**

El objetivo general del ILLAC es realizar y fomentar la investigación, la docencia y la difusión en materia de las ciencias del libro y de los procesos y hábitos de lectura. Lo hemos creado como una iniciativa de la sociedad civil convencidos de que somos los individuos que intervenimos tanto en el proceso de producción como en el ciclo del libro quienes tenemos que atacar de frente los grandes retos que este país enfrenta en materia del libro y la lectura.

www.illac.com.mx

La RIEPA es una red incluyente de editores y proyectos alternativos independientes, abierta a todas las expresiones que promueven la libertad de expresión y la bibliodiversidad. Impulsada inicialmente por el ILLAC (Instituto del Libro y la Lectura, A.C.), con sede en México, y EDITA (Encuentro Internacional de Editores Independientes y Ediciones Alternativas), con sede en Punta Umbría, España, busca congregarse en una red social la enorme variedad de expresiones editoriales y culturales que luchan por abrir espacios en un mundo cada vez más ahogado por los intereses de los grandes conglomerados de empresas que comercian con la edición y la cultura.

RIEPA

**Red Internacional de
Editores y Proyectos
Alternativos**

www.riepa.org

La producción se realizó íntegramente
en las instalaciones de
Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.
5515-1657
solar@solareditores.com

www.solareditores.com

En su composición se utilizaron tipos Eras y Schneidler Light
de 8, 9, 10, 11, 12 y 14 puntos

El tipo Schneidler, usado en la colección *Minimalia*,
se basa en la tipografía de los impresores venecianos
del periodo renacentista y comparte con ella su gracia,
belleza y proporciones clásicas. Es un tipo fino y legible
tanto para textos extensos como para carteles y folletos.
Una de las características más originales de esta fuente
son sus signos de interrogación. F. H. Ernst Schneidler,
diseñador de fuentes y maestro tipógrafo, concibió
originalmente la *Schneidler Old Style* en 1936
para la Fundidora Bauer.



*De la galaxia Gutenberg a la aldea global, **Laura Márquez Elenes** • Alexandra Meléndez, "El trabajo editorial en una universidad pública es una práctica burocrática interminable", **Jenny Teresita Guerra** • Observaciones sobre la corrección de textos de ciencias sociales, **Jesús Eduardo García** • La misión del librero en el siglo XXI, **Adolfo Castañón** • Paradigma digital y nuevos modelos de negocio para el libro, **Alejandro Zenker** • La singularidad de los ahuehuetes mexicanos, **Stefanie Gerhold y Claudia Cabrera** • Crónica de un taller anunciado, **Gonzalo Vélez** • El Edén de los Novelistas Brutos, **Carmen Gutiérrez** • Malestar en la lectura, **Raúl Bravo** • ¿Qué es la lectura sino mar?, **Camilo Ayala Ochoa** • Piedra, papel y pantalla, **Juan Domingo Argüelles***



Ediciones del Ermitaño

MINIMALIA es una colección que aprovecha y explora las nuevas tecnologías de composición y producción digital con el fin de crear nuevos paradigmas que lleven la palabra del autor al lector.



www.edicionesdelermitano.com